AMBROISE GARDEIL

EL ESPÍRITU SANTO EN LA VIDA CRISTIANA

Segunda edición

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID

ÍNDICE

PRÓLOGO

El Espíritu Santo en la vida cristiana

En primer lugar, hemos de precisar el lugar que ocupa el Espíritu Santo —y especialmente sus inspiraciones— en nuestra vida cristiana, tratando de lograr una visión de conjunto de las maravillas de esa vida a cuya plenitud estamos llamados todos. Y será más plena cuanto mayor sea el amor, tanto si rechaza lo prohibido como si renuncia a lo permitido, como en el caso de la vida religiosa. El mandamiento divino es idéntico para todos: «Amarás a Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas». Las almas más santas son las que viven su vida cristiana de un modo más profundo, más sacrificado y más heroico; en una palabra: más perfecto, aunque no hayan hecho una profesión pública de tender a esa perfección.

1. La vida cristiana

La vida cristiana, llamada así porque nos ha sido comunicada por Cristo, es nuestra vida del cielo,

que se inicia aquí con todo lo que la compone y la llena, con todos sus elementos excepto uno: no vemos a Dios. Y, en consecuencia, nuestro amor no es tan intenso como lo será ante la visión divina. Además, aquí tenemos la posibilidad de perder esa vida, mientras que en el cielo no existirá tal posibilidad.

¿Poseemos ahora a Dios tan real y sustancialmente como en la vida eterna? Sí: nuestra alma goza ya de esa felicidad cuando reina en ella la gracia santificante y posee a Dios tan realmente como los bienaventurados.

Dios está todo entero en todas partes, pero no nos lo podemos imaginar fácilmente. Nuestra alma está en nuestro cuerpo y Dios en toda la Creación, a la que mantiene en el ser y en el obrar. Decir que Dios es inmenso significa que está absolutamente presente en todo, real y sustancialmente.

Pero ¡cuánto más en el alma del justo! Determinadas cosas a las que da el ser ignoran su existencia. En el alma humana Dios ha puesto una lejana capacidad de conocerle y amarle; y, cuando esa alma posee la gracia santificante —que es una participación de la misma naturaleza divina que le permite hacer los actos reservados a Dios, como conocerle y amarle—, es capaz de adueñarse de Dios y de divinizarse. En el interior de la criatura, Dios, por su conocimiento y su amor, se posee a Sí mismo en su vida eterna y mora doblemente en el alma en gracia: en primer lugar, por esa presencia divina en todo lo creado; y después, porque el alma que se abre a esa presencia a través del conocimiento y el amor es capaz de recibir a su Huésped y «albergarle» en su interior. Se abre para recibir al Espíritu

divino, para conocerle, amarle y entablar con Él unas relaciones —desiguales pero íntimas— en las que hay conocimiento y amor por ambas partes.

Esta es la vida cristiana: la inhabitación de Dios en el alma que le ofrece hospitalidad; y la conseguiremos si, por la misericordia divina, vivimos en gracia. Dios mora en nuestro interior y ahí hemos de buscar a nuestro Huésped, al amigo con quien compartir esa familiaridad, esa intimidad santificadora.

En este estado el alma es una especie de semilla de eternidad. En la semilla está todo lo que un día será la planta; para que se desarrolle, basta que el sol y la humedad la alimenten, aunque eso no cambiará su naturaleza. Con la proximidad de Dios y con Él como germen fecundante, nuestra alma es la semilla del cielo, de la bienaventuranza. En el fondo, el cielo y el alma justa son una misma cosa: todo está preparado en ella, pero aún no ha llegado el tiempo de la siega. El don se nos concede en el bautismo: el niño bautizado tiene a Dios sustancialmente presente y, por la gracia santificante, se adueña de Él.

Cuando la alcancemos, la vida eterna surgirá del interior de nuestra alma santificada por la gracia, y será la revelación de lo que éramos. Como dice San Pablo, «todavía no se ve lo que seremos», pero ya es. En el fondo del alma llevamos ya todo lo que hará nuestra felicidad, pues Dios está ahora sustancialmente presente en ella: está el Padre, está el Hijo y está el Espíritu Santo. Allí, el Padre engendra al Verbo; el Verbo, expresión perfecta del Padre, refleja al Padre; y los dos se aman infinitamente y de ese amor procede el Espíritu Santo: vida de inti-

midad del Perfecto consigo mismo en el conocimiento y el amor. El alma cristiana, por la fe, es testigo del extraordinario espectáculo que se produce en ella y que la impulsa a la adoración.

Dios está ahí, pero nosotros todavía hemos de recorrer un camino. Por un lado, hemos llegado al término, pues tenemos a Dios; pero, por otro, no lo poseemos para siempre ni gozamos del espectáculo de su visión y de su gloria: hemos de ganar la eternidad definitiva con los actos de nuestra vida cristiana. El niño que muere después de recibir el bautismo ha llegado al lugar de la visión divina y, sin embargo, nosotros debemos hacer fructificar los dones que Dios nos concede. Hemos visto el panorama y nuestro esfuerzo es ahora imprescindible. El camino que nos separa de la eternidad es largo, difícil y está sembrado de obstáculos. Y hemos de llegar más o menos deprisa, más o menos perfectamente, hasta obtener una visión más o menos completa de ese espectáculo y una posesión más o menos grande de ese Bien infinito.

2. El papel del Espíritu Santo en la vida cristiana

Dios no se muestra indiferente ante nuestros esfuerzos por recorrer el camino que nos conduce al destino definitivo. En primer lugar, ha creado nuestra alma, le ha otorgado la gracia a través de unas virtudes infusas llamadas virtudes teologales y morales y le ha concedido los dones del Espíritu Santo. Además, mantiene y estimula en nuestro interior

esa vida que procede de Él, pues en ella no existe ni un solo gesto en el que Dios no esté presente.

Y es aquí donde surge el papel del Espíritu Santo. La Creación es común al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. El Padre quiso que el Hijo se encarnase y sufriera por nosotros para llevar a cabo la obra de la salvación que, una vez culminada, continúa a cargo del Espíritu Santo para santificación de las almas. Por supuesto, Cristo está siempre presente: como Cabeza de la Iglesia nos vivifica por medio de sus sacramentos, distribuye entre nosotros las gracias actuales, nos instruye a través de la Iglesia y nos acompaña con su acción. Pero, sobre todo, nos envía perpetuamente el Espíritu Santo: «Él os enseñará todo y os recordará todas las cosas que os he dicho» (Jn 14, 26). De un modo misterioso, el Espíritu Santo ha tomado a su cargo nuestra santificación. Es el Maestro al que el Padre y el Hijo han confiado la misión de conducirnos a la vida eterna.

El Espíritu Santo nos guía de dos formas diferentes. Como fruto del amor del Padre y del Hijo, obra por medio de mociones dirigidas en dos sentidos: en algunas ocasiones se limita a dejarnos actuar por nosotros mismos: por ejemplo, cuando hacemos actos de fe, esperanza y caridad, o de prudencia, justicia, fortaleza y templanza. El Espíritu Santo vela sobre este comportamiento, pero, aunque estamos bajo su acción, todavía regimos nuestra conducta. Así, al tratar de llevar a cabo un acto de justicia o de caridad, reflexionamos sobre el mejor modo de realizarlo cuidando de no herir con nuestras palabras y actuando con fortaleza para reprimir los sentimientos personales. El Espíritu Santo no está ausente, ya

que —aunque nosotros conservemos la dirección— es la Causa primera que aplica nuestras energías sobrenaturales a estos actos.

Y ese es el fundamento de la vida cristiana: nuestro personal dominio sobrenatural sobre las virtudes cristianas.

Esto tiene sus inconvenientes: ¡poseemos las virtudes cristianas de un modo tan imperfecto...! Con enorme facilidad caemos en pecados más o menos graves. ¡Y son tantas las dificultades y tentaciones a las que sucumbimos! ¿No podría el Espíritu Santo, que tanto ha hecho por infundirnos esas energías que son las virtudes, acudir en nuestro socorro de un modo más eficaz? ¡Qué beneficioso sería que tomara la dirección y nos defendiera de nuestras debilidades! Pues bien, así es. El Espíritu Santo nos garantiza esta segunda intervención por medio de sus siete Dones: don de Sabiduría, de Entendimiento, de Consejo, de Fortaleza, de Ciencia, de Piedad y de Temor de Dios. A través de las distintas mociones relacionadas con estos dones, el Espíritu Santo actúa en nosotros impulsándonos. Estamos en sus manos como instrumentos y ya no encabezamos la dirección de nuestra conducta. Con su ayuda, no tenemos más que consentir en su obra y así el trabajo es más fácil y los obstáculos desaparecen.

Tal es la diferencia entre los dos modos de luchar por nuestra salvación. Podríamos compararlos con el desplazamiento de una barca que navega a remo o a vela. A remo, tenemos que moverla a fuerza de brazos y, además, dirigirla. A vela, si sopla el viento, no necesitamos tomarnos esa molestia: vamos más aprisa y nos cansamos menos.

Exige un gran esfuerzo vivir las virtudes activas de fe, esperanza y caridad y las virtudes morales de prudencia, justicia, fortaleza y templanza con todas sus derivaciones. Esa es la realidad de nuestra vida, pues no siempre sopla el Espíritu. Sin embargo, tenemos garantizado su apoyo por el hecho de que, a través de la gracia santificante, poseemos los dones que nos han sido infundidos en el Bautismo.

3. Algunas observaciones importantes

1.ª Los dones no son propiamente las inspiraciones del Espíritu Santo, sino los influjos que hacen a nuestras almas sensibles a dichas inspiraciones: son como cepos o como velas destinadas a captar su soplo. Nuestra alma no es tan sensible por naturaleza, pero, cuando por gracia ama a Dios, se abre al Espíritu de Amor, de Ciencia, de Fortaleza, de Entendimiento, etc. Así, con la ayuda ordinaria de la gracia nosotros mismos desplegamos nuestras velas y el Espíritu Santo sopla y guía nuestra navegación. Con respecto a las inspiraciones, podemos comparar los dones con los receptores de telegrafía sin hilos, que permiten recibir mensajes a distancias incalculables[1].

Ciertos filamentos suspendidos tienen el poder de captar las ondas eléctricas centralizándolas y

[1] El autor utiliza para sus fines un ejemplo hoy obsoleto. Por otra parte, se advierte que la divulgación técnica en su tiempo no era tan precisa como en nuestros días. El lector lo entenderá sin dificultad.

transmitiendo así los pensamientos que cruzan por el aire. Los dones son como esos sensibles filamentos capaces de captar las inspiraciones del Espíritu Santo en beneficio del alma. Y, cuanto más ama a Dios un alma, más sensible es.

2.ª La caridad es más importante que los dones, pues no existirían en un alma en la que no reinara ya esta virtud, que sigue siendo la principal. El alma que ama a Dios posee esas sensibilidades, esos siete dones: podemos desplegar nuestras velas o extender nuestros filamentos, y el soplo o la onda depositarán en ellos las fuerzas —procedentes de la divinidad— que nos guían.

El Espíritu Santo es, pues, el director del camino. Nos impulsa desde nuestro interior en el que habita, bien dejándonos actuar, o bien, ante nuestras llamadas, dirigiendo nuestro caminar. Si nuestra vela está desplegada, atravesaremos la tormenta en medio de las dificultades, de las tentaciones y las pruebas, y llegaremos a puerto. Esto no se logra sin esfuerzo, pero contamos con la gracia para afrontarlo: basta con ser dóciles y abrir continuamente nuestra alma a las mociones divinas. Y tendremos la certeza de triunfar con mayor eficacia por ese medio que por el más ordinario en el que nosotros mismos conducimos nuestros pasos.

3.ª No hablamos de fenómenos extraordinarios ni de etéreas vías espirituales. Es cierto que el Espíritu Santo dirige nuestros pasos hacia más arriba, pues habita en las regiones superiores. Pero la Sabiduría divina que alcanza a todo, de un extremo a otro, nos facilitará también la represión de nuestras malas tendencias, como la impaciencia, el desa-

liento, las distracciones en la oración, etc. Y, como es propio de un Espíritu infinitamente perfecto, actúa tanto en lo pequeño como en lo grande, pues su poder se extiende desde los detalles más menudos hasta los hechos más importantes.

Bajo su inspiración podemos ahora pasar revista a todos los sucesos de nuestra vida cotidiana. La acción de los dones del Espíritu Santo no difiere de la actuación de las virtudes de las que se ocupa. Pero el soplo del Espíritu Santo les afecta de un modo distinto. En lugar de obrar por nuestra propia iniciativa, lo hacemos como instrumentos y no como dueños. Y en esto consiste la única vida cristiana.

4.ª Según San Agustín y Santo Tomás, las siete primeras bienaventuranzas (Mt 5, 3-9) representan la obra propia del Espíritu Santo. El gobierno que ejerce sobre nuestras almas tendría por objeto suscitar en ellas la pobreza, la mansedumbre, etc. De este modo, cada bienaventuranza se relaciona con un don, mientras el Espíritu se limita a inspirar los principales puntos. Por ejemplo, en lugar de tener que luchar detalladamente contra las concupiscencias a través de la pobreza de espíritu, nos da el don de desprendimiento que lo purifica todo y pone en orden este aspecto de nuestra vida. Lo mismo ocurre con las demás bienaventuranzas: el soplo del Espíritu se apodera de nosotros y produce al momento los frutos de un trabajo prolongado.

En lo que se refiere al orden a seguir, y al ser nuestro Señor plenamente dueño de todos los dones y disponer de ellos, era normal que la Sagrada Escritura empezara por atribuirle el más perfecto: la Sabiduría (Is 11, 2-3). Nosotros comenzaremos por

el final: «el temor de Dios es el inicio de la Sabiduría» (Sal 111,10).

Si somos dóciles a la obra del Espíritu Santo, descubriremos las cosas que pueden proporcionarnos ayuda en la vida sobrenatural, es decir, nuevos impulsos hacia la santidad. Reflexionemos con gratitud y docilidad sobre el Espíritu divino que habita en nosotros y así atraeremos sus bendiciones.

I. EL DON DE TEMOR

El principio de la sabiduría
es el temor de Dios.

(Sal 111, 10)

El primer efecto que el Espíritu Santo produce en el alma, su primera inspiración —como convertir un alma del mal al bien, dar pie a un progreso, etc.—, es el temor de Dios.

La expresión «temor de Dios» nos desconcierta, pues preferimos hablar de amor de Dios y no de temor. Y nos sobra razón. Sin embargo, es un temor que no podemos ignorar.

1. El temor de Dios, don del Espíritu Santo

Hay un temor que no es otra cosa que miedo, es decir, la pasión del miedo: una pasión muy poco honrosa y puramente humana. Algunas almas mediocres temen a Dios así y, por miedo, se ocultan de Él. Adán y Eva sintieron miedo en el Paraíso terrenal porque habían pecado, lo mismo que el criado infiel que, temiendo la severidad de su amo, escondió su talento. Fue tan grande el pánico de San Pedro ante una criada que llegó a renegar de su Maes-

tro. Este miedo no tiene cabida en el Reino de Dios, porque es malo y hace pecar.

Hay otro tipo de temor: el de los sirvientes. Cuando este temor, llamado temor servil, es el *único motivo* de nuestras buenas acciones, las vicia profundamente. Es la actitud del que sólo sirve a Dios por temor a sus juicios y al infierno. Piensa: si no hubiera infierno, yo me comportaría de otro modo. Este temor servil es malo porque es capaz de engendrar pecado.

Sin embargo, un determinado temor del sirviente, el temor a los juicios de Dios y a sus castigos, puede utilizarse para fines buenos. Se emplea, por ejemplo, en la educación de los niños que aún no son capaces de obrar por motivos elevados. Si no excluye el amor de Dios, aunque no sea el único motivo, en este temor late cierta bondad: da pie a algunas conversiones y mantiene al alma en el camino recto. El Concilio de Trento, en contra de los protestantes, lo define como un don de Dios.

Por último, hay un temor filial: el de los hijos. El alma que ama realmente a Dios con todo su corazón, que ve en Él la Bondad perfecta, el único Bien, y que sabe que es su Padre, no deja de captar lo grande y majestuoso que —encerrado en su misterio impenetrable— aparece ante nuestra vista, lo terrible de sus juicios y su infinito poder. ¿Qué hará esa alma ante ambas perspectivas: un Dios *terrible* y un Dios *paternal*? ¿Hacia dónde se inclinará su corazón? ¿Huirá de ese Padre a causa de su majestad? ¿Rechazará cualquier temor ante su bondad, una bondad que no excluye la justicia? Si realmente ama a Dios, no tiene más que una opción: volcarse

hacia su Padre. En efecto: ¿qué puede temer, sino separarse de Él? Esa alma sentirá temor porque Él es santo y ella pecadora, porque Él es grande y ella insignificante. Es el temor del niño ante un Padre bueno, que le llevará a arrojarse en sus brazos para tranquilizarse ante el espectáculo de tanta grandeza.

Por supuesto, este tipo de temor no olvida la majestad de Dios, su justicia y sus castigos, pero se convierte en cariño y en un ardiente deseo de pertenecerle y de no separarse nunca de Él. ¡Qué diferencia entre el temor a verse apartado de Dios y el temor servil que obliga a obedecer! En el fondo, el temor filial está basado en el amor; sigue siendo temor, temor de ser indigno de la majestad, la perfección y la santidad de Dios, pero es un temor nacido del amor. Es el temor que nos inspira el Espíritu Santo cuando ponemos en acto este don que sólo surge en el alma que ama a Dios.

Como vemos, la inspiración de temor está íntimamente ligada a la *piedad*, ese aspecto de la virtud de religión que nos hace ver a Dios como Padre. Por eso, y según Santo Tomás, el don de temor es uno de los auxiliares de esta virtud. Las almas verdaderamente piadosas, que ven a Dios como Padre, reciben con este don una superabundancia de fortaleza para aferrarse a Él.

2. Efectos del don de temor

El alma que se entrega a la acción del Espíritu Santo se abandona en Dios poniéndose ciegamente

en sus manos. Dice: «Señor, tómame, hazme tuya, te pertenezco; abrázame para que no pueda separarme de Ti». Este abandono, esta entrega plena del ser con todas sus energías, a fin de que Dios se haga su Dueño, es el efecto inmediato del don de temor.

Para que un instrumento suene adecuadamente, el artista lo debe tener bien sujeto entre las manos. El gobierno del Espíritu Santo goza de esta peculiaridad. Dios, como hemos visto, se sirve de nosotros como instrumentos a través de sus dones y nos gobierna por medio de sus mociones. Así, el don de temor será el primero en el orden del perfeccionamiento del alma. «El temor es el principio de la sabiduría» (Sal 111, 10). En efecto, lo mismo que para emprender una tarea necesitamos un instrumento, el Espíritu Santo se apodera de nosotros como el obrero que empieza por tomar su herramienta. Después vendrán la fortaleza, la piedad, la ciencia, el consejo, el entendimiento y la sabiduría. De momento no estamos más que al principio, y ese principio consiste en nuestra entrega en manos del Espíritu Santo que, por sucesivas ascensiones, nos conducirá a la sabiduría.

Al hacerse realidad nuestra entrega en manos de Dios, el don de temor se convierte en el auxiliar de la virtud teologal de la esperanza. La esperanza es una virtud por la que aspiramos a la felicidad eterna con la ayuda de la gracia divina. No confiamos en nosotros, muy poco en nuestros méritos, y sólo contamos con la ayuda de Dios. En efecto, sólo la ayuda divina está en proporción a la felicidad. Y así, bajo esta influencia, el don de temor pasa a ser el auxiliar de la esperanza, con la que se compene-

tra. Entregados en las manos de Dios, nos sabemos bien situados para recibir su apoyo y obtener de Él el paraíso.

Profundicemos ahora en las características del don de temor. ¿Qué tememos? ¿Por qué tememos a Dios? Por una sola razón: como dueños de nuestra voluntad y de nuestra libertad, llevamos en nosotros el terrible poder de separarnos de Él. Por lo tanto, tememos menos a Dios que a nuestro deseo de pecar. Gracias a la todopoderosa inspiración del Espíritu Santo, el efecto del don de temor será el de enfrentarnos a nuestra perversa voluntad para combatirla, renunciar a ella y aniquilarla, crucificando nuestra carne según las palabras del salmo: «Se estremece mi carne por temor a Ti» (Sal 119, 120). Si tememos separarnos de Dios, temeremos al pecado y a todo lo que es ocasión de pecado: nuestros vicios, los pequeños fallos, la debilidad y la impotencia.

Después de una buena confesión, experimentamos los efectos del don de temor. Quizá habíamos cometido un pecado grave y, arrepentidos a la luz de la fe, sentimos a Dios muy cerca, le vemos como a nuestro Padre que es y nos decimos: «¿Cómo he podido hacerle eso a mi Padre? ¿Cómo he podido separarme de Él por algo tan insignificante?». Experimentamos un sentimiento de contrición y nuestro apenado corazón desearía borrar la falta que ahora detesta por amor de Dios. En el sacramento de la Penitencia el don de temor actúa poderosamente en el alma. Durante y después de la absolución, continuamos bajo la influencia del temor filial que nos llama a la penitencia, al arrepentimiento de

nuestras faltas y, como consecuencia, al deseo de luchar contra ellas para vencerlas.

Santo Tomás afirma también que el don de temor es una poderosa ayuda de la virtud de la templanza. Los que, como hijos, temen verdaderamente a Dios y ven el origen de sus culpas en su carne siempre recurrente, son castos, mortificados, sobrios y humildes. La templanza no tiene mejor auxiliar que este espíritu de temor, que nos pone en guardia contra nuestra tendencia al pecado.

El don de temor es, pues, una ayuda tanto para la piedad, a la que favorece, como para la esperanza, a la que acrecienta y para la templanza, a la que hace reinar.

El alma que ha recibido el don de temor y siente miedo de separarse de Dios; que se entrega plenamente en sus manos para no verse abandonada de Él; que hace su voluntad y trata de huir del pecado y de sus ocasiones, entra en el estado de temor de Dios. El alma es ahora «temerosa» según el Espíritu Santo.

No es escrupulosa, porque los escrúpulos no tienen nada que ver con este don, sino que constituyen una enfermedad, una prueba natural o sobrenatural.

Tampoco tiene una conciencia laxa, pues, a pesar de su amplitud de espíritu, no desprecia las cosas pequeñas. Se sitúa en el punto medio, a igual distancia de un temor exagerado y de una excesiva confianza: tiene una conciencia recta regida por el temor de Dios.

Estas almas son notables por la rectitud de su comportamiento: ocupan su puesto, correctas, alejadas de cualquier exceso; son amables, incluso agradables sin exageración, pues se saben poseídas

por Dios; ese sentimiento anima sus pensamientos, sus juicios, su modo de obrar; muestran una actitud modélica; las posee el temor, el auténtico temor según el Espíritu Santo: un temor que no paraliza de espanto porque es filial, pero que impone respeto e impide ceder a los impulsos de la naturaleza. El Espíritu Santo mantiene a esas almas en aquel punto medio que a nosotros nos resulta tan difícil de alcanzar, pero que Él ha fijado definitivamente.

3. Grados del Espíritu de temor

A medida que crece nuestro amor, el don de temor nos encuentra más dóciles; el alma se libera; el resto de rígido temor que le quedaba se funde y la confianza se desborda. El temor filial tiene ciertos grados: al principio trata de contenerse, pero el alma se libera cada vez más y llega a repetir con gozo las palabras del salmo de Completas: «El que habita al amparo del Altísimo mora bajo su protección», y también, «hallarás seguridad bajo sus alas» (Sal 91, 1 y 4), comparando a nuestro Señor con la clueca que cobija a sus polluelos. Dios se ha convertido en esta madre y, bajo sus alas, el alma sólo conserva del temor un sentimiento de amor, un estremecimiento de admiración: es la suprema transformación del temor.

Estos eran los sentimientos de Santa Rosa de Lima, florecida como la rosa que tiembla al final de su tallo, y que fue, sin embargo, una gran penitente. Recorrió todos los grados del temor, pero, en su plenitud, no fue más que una hija del Padre.

Así están los ángeles ante la majestad de Dios. Son felices mientras cantan día y noche «Santo, Santo, Santo», profundizando en el misterio de la santidad divina y encontrándose absolutamente imperfectos e insignificantes en su presencia. Permanecen absortos en un trance de admiración que es la cumbre del don de temor en la gloria. Dulce emoción, pues tiene por objeto la majestad que resplandece en el rostro del Padre.

Vivamos en medio de este temor e intentemos recorrer todos sus grados. El Espíritu Santo trata de inspirarnos, de inflamar nuestro corazón en el amor filial, para que temamos la menor ocasión de pecado. Abramos nuestras almas y despleguemos las velas generosa y confiadamente. Eso depende de nosotros y, con el socorro ordinario de la gracia, habremos de emplear nuestros dones habituales. Entonces, el Espíritu divino soplará. Gracias a su actuación, nos veremos libres del cúmulo de dificultades entre las que nos debatimos.

Gemimos al sabernos irritables, desobedientes, perezosos en la oración, etc.; luchamos en un campo o en otro; nos arrepentimos y somos perdonados; nos mantenemos durante algún tiempo y caemos de nuevo; nos debatimos en medio de oscuras tentaciones. Y debemos hacerlo así. La venerable Agnès de Langeac dice: «Cada tentación exige un buen combate». Sin embargo, no tenemos por qué luchar solos. Ya que el Espíritu Santo desea gobernar nuestras vidas, aprovechémoslo: llegaremos antes, y con mayor eficacia, al mismo resultado que a través de la lucha.

Pero hemos de decidirnos a amar más. Dios ha

de ser todo para nosotros y hemos de amarle sobre todas las cosas. ¿Es difícil amarle? Es cierto que Dios nos desconcierta; incluso no le vemos ni debemos verle en la Eucaristía; para verle hemos de alcanzar la eternidad. Y, sin embargo, hay momentos en los que somos capaces de atravesar el velo, de experimentar su dulzura y de entrar en su intimidad.

Por lo tanto, estemos cada vez más unidos a Dios y seremos uno con el Espíritu Santo: «El que se une al Señor (por el amor) se hace un espíritu con Él» (I Cor 6, 17). Su Espíritu se vierte en el alma que le ama y que bajo su imperio camina alegremente de virtud en virtud. Si encuentra obstáculos los supera, en lugar de derribarlos uno a uno. La tarea es así más eficaz y menos trabajosa. Intentémoslo: pongamos nuestra alma bajo la inspiración del Espíritu de amor entregándonos aún más a la acción de Dios. Dios empieza a reinar en el alma cuando el alma está bajo la inspiración del don de temor de Dios que la hace pobre de Espíritu.

II. BIENAVENTURADOS LOS POBRES DE ESPÍRITU

> Bienaventurados los pobres de espíritu,
> porque de ellos es el reino de los cielos.
>
> *(Mt 5,3)*

1. El don de temor y la pobreza según el Espíritu

En principio, no vemos la relación entre pobreza de espíritu (o pobreza buscada) y el don de temor. ¿Cuál es, pues, esta relación?

Recordemos que el don de temor no es el miedo servil que aparece en los pecadores. Por el contrario, el don del Espíritu Santo se encuentra únicamente en las almas que ya aman a Dios. Gracias a sus efectos, nos acercamos a Dios como a un Padre para no separarnos de Él y para abandonarnos ciegamente en sus manos a fin de que disponga de nosotros.

La primera acción del Espíritu Santo será la de ponernos en guardia contra el único obstáculo en la tierra capaz de separarnos de la voluntad divina, es decir, nuestro amor al pecado. Pues bien, el amor al pecado se nutre de objetos sin los cuales no puede subsistir, y es el mundo y son nuestras propias pasiones quienes lo alimentan con las riquezas que lo

mantienen vivo. ¿Qué alimento es ese? San Juan dice: «Porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida» (I Jn 2, 16). En la tierra y en el mundo —ese mundo que nuestro Señor detesta— hay objetos que nos atraen y que favorecen la concupiscencia de la carne con las tentaciones más bajas, la concupiscencia de los ojos con los bienes materiales y la concupiscencia del espíritu con la soberbia y la independencia. En el mundo no hay otra cosa y, por eso, nuestro Señor detesta esos tres atractivos que, para hacernos pecar, tienden a arrancar del Reino de Dios nuestros afanes, nuestras aspiraciones y nuestra voluntad.

El don de temor de Dios nos arma contra esas tendencias pecaminosas —contra esas tres concupiscencias que buscan las riquezas de este mundo— por medio del desprendimiento de la carne, del desprendimiento de una independencia exagerada y del desprendimiento de las riquezas. Pues bien, eso es el espíritu de pobreza. El temor perfecto nos inspira un sentimiento de rechazo hacia nuestra tendencia al pecado y hacia los bienes con los que se alimenta, que se traduce por el deseo de desprendimiento de todos esos bienes.

¡Qué diferencia con el espíritu mundano que, en su carrera desenfrenada, se vuelca en los placeres, los honores, el libertinaje y la fortuna! La llamada del Espíritu de Dios es absolutamente opuesta. San Pablo dice: «Lo que eran para mí ganancias lo considero basura» (Fil 3, 8). El Espíritu de temor hace que convirtamos el objeto de nuestros deseos mundanos en un objeto rechazable. Rechazable porque,

aun aceptándolo en cierta medida, nos asusta el peligro de ligarnos a él y separarnos de nuestro Señor; porque tememos su justicia; y porque no contamos con más refugio que Él ni con más seguridad que la que el espíritu de pobreza nos inspira frente a todo lo que podría alimentar nuestra tendencia al pecado.

De este modo se relaciona el don de temor con la bienaventuranza de los pobres de espíritu.

2. El efecto esencial del don de temor

Ese sentimiento, ese deseo de carecer de todo lo que es objeto de la concupiscencia humana, es una muestra representativa de lo que el espíritu de temor sugiere en el interior del alma. Lo encontramos en la admirable vida de San Benito-José Labre. Este santo tenía una auténtica pasión por la pobreza, hasta el extremo de decir «poco, poco» al pedir una limosna, temiendo siempre recibir demasiado. En el momento de su muerte aquel pobre de Dios murmuró estas mismas palabras: «poco, poco».

La misma palabra que nos insinúa el Espíritu Santo ante las concupiscencias de este mundo. ¡Poco! Basta con lo necesario; el resto sobra. En el mismo sentido decía San Pablo: «Teniendo, pues, qué comer, contentémonos con ello» (I Tim 6, 8). La Regla de San Agustín aconseja disminuir las necesidades en lugar de aumentar los recursos en busca de una mayor felicidad. Son dos ejemplos de cómo Dios infunde en nuestras almas el deseo del

desprendimiento de los bienes de este mundo. «Nos inspira el desprecio de toda criatura para poder encontrar al Creador», dice la *Imitación de Cristo*. Y volvemos a San Agustín: «Cada vez que disminuye en nosotros la concupiscencia, aumenta el amor de Dios». El amor de Dios reinará plenamente cuando sea nula nuestra concupiscencia.

Por otra parte, ese desprendimiento debe proceder realmente del Espíritu Santo y no de un movimiento de orgullo, como en el caso de Diógenes quien, al ver a un hombre beber en las manos, rompió su vaso —que consideraba indispensable— decidiendo que desde aquel momento le resultaba inútil. Este hombre centraba su orgullo en el desprendimiento; nosotros, al contrario, nos alejamos del pecado y de todas sus causas por amor de Dios y bajo la divina inspiración del don de temor. Somos hijos del Espíritu de temor y en él encontramos la ayuda para la lucha.

Hemos de subrayar que no hablamos aquí de la pobreza como virtud que exige sacrificio: esa forma de pobreza es excelente, pero aquí tratamos de la pobreza que procede del Espíritu Santo y que es como un viento que agosta y prepara el corazón para el desprendimiento.

El modelo es nuestro Señor. Nos predica la pobreza en todos sus aspectos: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo» y también: «Vende todo lo que tienes y sígueme» (Mc 8, 34; 10, 21). Quiere inculcarnos ese espíritu fundamental que el don de temor nos comunica como consecuencia del amor. Este espíritu de pobreza total pretende que, aun conservando lo necesario, no

nos apeguemos a ello y nos despojemos de todo lo demás.

El espíritu de pobreza se valora en muy poco a sí mismo: es como el grano de mostaza del Evangelio. Le basta con insinuar en nuestro interior una sola palabra: «poco». Pero esa palabra, tan corta, es algo muy poderoso.

El espíritu de pobreza nos previene contra cualquier concupiscencia antes de que se presente la ocasión e inmediatamente si se presenta; por lo tanto, estamos preparados para rechazarla. Este espíritu late en nuestro interior como un instinto que nos alerta de los riesgos de alimentar nuestras tendencias pecaminosas, de enriquecer nuestras concupiscencias o del peligro de separarnos de Dios, obligándonos a retirarnos inmediatamente diciendo: «poco, lo menos posible». Así obra el Espíritu de Dios, el don de temor.

Las almas sensibles a las mociones de este don, que prefieren menos que más en todo lo temporal, recibirán una espléndida recompensa. «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos». Estas almas no tienen más que perseverar, pues han elegido el camino infalible y, aunque no las posean definitivamente, ya son dueñas de las riquezas del cielo. Han aceptado el espíritu de pobreza y lo han cultivado. Se dicen: «Considero como basura todo lo creado, no quiero tener comercio con las cosas inferiores». Todo su tesoro está en Dios y poseen el reino de los cielos. No es, por supuesto, más que el comienzo. El Espíritu Santo, que las tiene bajo su inspiración, no las abandonará jamás y, por medio de otras mociones,

las hará ascender en el camino de la santidad y las conducirá hasta la posesión definitiva del reino de los cielos, del que la pobreza de espíritu encierra ya la esperanza cierta.

III. EL DON DE FORTALEZA

> Que Dios os conceda el ser fortalecidos por su Espíritu en el hombre interior.
>
> *(Ef 3,16)*

Gracias al don de temor nos vemos, pues, en las manos de Dios. El Padre Todopoderoso nos ha concedido este refugio para que seamos buenos instrumentos suyos y ahora nos hará ascender por la vía de la vida interior hasta la vida eterna.

Si contamos con la herramienta apropiada, podemos iniciar una tarea cuya eficacia depende de nuestro vigor. Y, naturalmente, para llevarla a cabo debemos emplear el don de fortaleza —después del de temor— para, con la ayuda del Espíritu Santo, ser capaces de emprenderla vigorosamente, salvar cualquier obstáculo y despejar el camino hasta la vida definitiva.

1. La virtud de la fortaleza

La fortaleza es una virtud de extraordinaria importancia en la vida cristiana. No basta que tengamos pensamientos elevados y deseos fervientes: hemos de contar con una firme voluntad al servicio de

esos pensamientos y deseos. Nuestro Señor lo dijo claramente al hacer el elogio del Precursor: «¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento?» ¿Qué hay de común entre una frágil caña y aquel cuya voz clamaba en el desierto? Nada. Juan Bautista era un hombre fuerte.

Al pronunciar el Sermón de la Montaña, nuestro Señor enseñaba «como quien tiene autoridad, y no como los escribas» (Mt 7, 29). Jesús era fuerte: fuerte para superar su agonía y, venciendo su tristeza, cumplir la voluntad de Dios. Se mantuvo fuerte ante Pilatos, ante Herodes y ante la muchedumbre delirante. Y en el último momento, finalizada su misión, entregó el alma al Padre en un acto supremo de dominio de Sí mismo, diciendo: «En tus manos encomiendo mi espíritu».

Nuestro Señor tenía la plenitud de la fortaleza y se complacía en elogiarla: «Cuando un hombre fuerte y bien armado custodia su casa, están seguros sus bienes» (Lc 11, 21). Esa es la imagen del justo que posee esta virtud: custodia su casa; es fuerte; todo lo suyo está seguro. Contra un hombre armado no existen asechanzas suficientes ni bastantes tentaciones. Por contraste, vemos que nuestro Señor critica la debilidad: «¿Qué rey, cuando va a salir a luchar contra otro rey, no se sienta antes a considerar si puede enfrentarse con diez mil al que viene contra él con veinte mil? Si no, envía una embajada para negociar la paz» (Lc 14, 31, 32). Cuando se trata de la vida interior, pedir la paz es darse por vencido.

La fortaleza es, pues, necesaria. Y, puesta al servicio de la verdad, de la justicia y del deseo de ha-

cer el bien, es la mejor colaboradora de nuestra tarea, así como la mejor protectora de la ya realizada. Hay que ser fuerte para llevar a cabo una obra y para mantenerla.

Por esta razón, el Espíritu Santo ha incluido la virtud de la fortaleza entre los dones que nos otorga con la gracia. Podemos adquirir la virtud de la fortaleza a base de repetir sus actos, llevando una vida honesta y realizando las obras que tal vida implica. Esta virtud debe ser aún mayor cuando se trata de afrontar la tarea de la salvación —una obra tan excelsa y que encuentra tantos obstáculos— con medios humanos, inteligencia y voluntad humanas y pasiones humanas. Y para que, cuando un hijo de Dios llegue a la edad de la razón, no se encuentre a merced de los obstáculos que puedan surgir ante él, Dios le ha dado en el bautismo, junto con la gracia santificante, la virtud de la fortaleza. Una virtud que llevamos en germen y que debemos cultivar. El cristiano ya es fuerte, pues posee la virtud de la fortaleza que le permite trabajar y luchar. Es importante que nos convenzamos de que, si somos débiles y no hacemos todo lo que podemos, se debe a que no hemos empleado el recurso que Dios ha puesto en nuestras manos: la virtud de la fortaleza.

2. El valor del cristiano

El Espíritu Santo nos concede la fortaleza sobrenatural que necesitamos. Debemos, pues, hacer crecer nuestros deseos hasta la altura de los designios divinos. El alma cristiana más humilde tiene un

destino excelso: convertirse en una elegida, en una santa merecedora del cielo según el deseo de Dios: «Nos eligió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos e inmaculados en su presencia» (Ef 1, 4).

No podemos ser almas pusilánimes, insignificantes, que se contenten con un destino mediocre y que vivan una vida anodina en medio de la gran vida cristiana. Debemos ser almas acordes con su fin, almas vigorosas que no retroceden, que no dudan y que se dan plenamente diciendo: «Tengo que ir al cielo; mi vida es una preparación para alcanzar la vida eterna» ¡Almas magnánimas! La *magnanimidad*, o grandeza de alma, es la forma primera que la virtud de la fortaleza infunde en un corazón cristiano. Seamos almas así. La ambición de los hombres por alcanzar el primer puesto es siempre corta, porque sus fines son materiales; debemos trascenderla, poniendo nuestros deseos y proyectos a la altura del fin querido por Dios.

Sin embargo, eso no es todo. Una vez que nuestros deseos están a la altura de la exigencia divina, hemos de poner manos a la obra para que nuestras actuaciones cotidianas alcancen el mismo nivel. Esto es obra de la virtud, una virtud que ha de crecer. Para cumplir con nuestros deberes de cristianos hemos de esforzarnos denodadamente. Este nuevo aspecto de la fortaleza se conoce con el nombre de *valentía cristiana*.

Para enfrentarnos a una tarea, empezarla por el principio y continuarla con energía, necesitamos de un alma valerosa, dueña de una gran virtud que le permita entregarse a dicha tarea según le indique su

conciencia. Las obras se llevan a cabo con coraje y todas son fruto del valor que, generosamente, se haya empleado en realizarlas.

El deber se nos presenta bajo un aspecto austero y difícil: la constancia. Tenemos distintas obligaciones: las de la vida interior, la familia, el trabajo profesional, las amistades y el apostolado. Nos vemos frente a una multitud de deberes, de tal modo que, a cada momento y sin tregua, nos encontramos con una tarea que realizar. Nada exige más esfuerzo que el ejercicio de la perseverancia. El que se muestra fiel a ella puede decir acertadamente: «He cumplido con mi deber». Este sentimiento del deber cumplido es la recompensa de las almas valerosas. Sin embargo, si carecemos de salud, no debemos exagerar ni empeñarnos en pesadas obligaciones. Hemos de tener en cuenta nuestras posibilidades —pues nos queda mucho por hacer—, además de pedir en la dirección espiritual el permiso que encauce nuestros propósitos. Hace falta mucho valor para tender hacia nuestro sublime fin del modo correcto, y lo necesitamos para perseverar sin fallos ni infidelidades en las cosas pequeñas. Por otra parte, este valor es santificador porque en esa lucha late el amor de Dios que nos da fuerzas. Y ese valor hace meritorios nuestros actos.

Hay otro aspecto más ingrato, más difícil y también más meritorio que el anterior, aunque parezca serlo menos. Cuando trabajamos vemos el fruto de nuestro esfuerzo, pero cuando sufrimos no vemos nada. En este caso no se trata de afrontar sino de *soportar*: soportar el dolor físico que nos impide dedicarnos a nuestras actividades preferidas; soportar

las penas del espíritu que provocan oscuridades en la fe, escrúpulos, cansancio, tristeza o angustia; penas que nuestro Señor experimentó en su agonía cuando dijo: «Triste está mi alma hasta la muerte»; penas del corazón que nos abruman al pensar en los que amamos, en los que nos faltan... La vida está llena de toda clase de penas: penas que proceden de nuestros pecados, de nuestras enfermedades, de las personas que nos rodean y que, justa o injustamente, están a nuestro cargo. Los obstáculos exteriores surgen ante nosotros y los enemigos nos vencen; sentimos el alma oprimida; están tendidas las trampas que nos arrastran al mal o hacia un bien menor. Necesitamos valor para soportar, para resistir, para mantenernos firmes, para *dominar el alma* a fin de que permanezca serena bajo la mirada de Dios, y, como dice nuestro Señor, para salvarla: «Con vuestra paciencia, salvaréis vuestras almas» (Lc 21,19). Y esa es la obra de la fortaleza: ayudarnos a llegar hasta el final sin flaquear, cumpliendo la voluntad de Dios, y merecer así la vida eterna.

Por último, hemos de subrayar que no sólo debemos tener grandes aspiraciones y trabajar y soportar las penas durante unos instantes, sino un minuto tras otro, a lo largo de toda la vida. La vida es larga y los obstáculos se renuevan. La virtud de la *perseverancia*, virtud del que no desfallece y que obra siempre, debe coronar a la fortaleza.

El Espíritu Santo pone la semilla de la fortaleza en el alma con la gracia santificante. Gracias a esta energía que es fruto del amor de Dios, y con el amor de Dios, podemos llegar hasta el martirio, acontecimiento supremo que puede presentarse en

una vida humana: el de dejarnos atravesar, quemar o arrancar los miembros sin una queja, con la mirada fija en el cielo.

3. Necesidad del don de fortaleza

Precisamente, lo excelso de nuestro fin y ese algo de mansedumbre que debe impregnar nuestra fortaleza para alcanzarlo suponen una fuente de dificultades y un motivo de flaqueza para el alma. Sabemos que la gracia es omnipotente y que no nos faltará jamás, pero no la poseemos con la certeza que tendrá en el cielo, pues está expuesta a nuestras debilidades y podemos perderla. Son tan grandes los peligros, y la tarea tan excelsa que hay razón para el temor. No somos capaces de mantener *solos* la orientación de nuestra vida, aunque contemos con la energía divina que nos proporciona la virtud de la fortaleza. Nuestra flaqueza supera a nuestros buenos deseos. Lo hemos experimentado todos cuando, tras recibir una luz nueva —después de una buena confesión o un retiro—, hicimos un propósito concreto que exigía valor. Después de pedir la ayuda divina, pusimos manos a la obra; pero fracasamos. Necesitábamos algo más, es decir, una mayor ayuda divina.

El Espíritu Santo se compadece de nuestra debilidad y, como no desea dejarnos únicamente con las fuerzas que nos otorga, las completa con un don. El don de fortaleza acude en ayuda de la virtud. El don no está basado en las energías que poseemos de un modo permanente —todavía somos dueños de des-

plegar nuestras velas—, sino que procede del Espíritu Santo. Y, cuando el Espíritu Santo se apodera de nosotros, nos vemos irresistiblemente impulsados y no sometidos ya a los avatares y titubeos de nuestro gobierno personal.

4. Efectos del don de fortaleza

El primer efecto lo vemos en el contraste de la actitud de los Apóstoles antes y después de recibir el Espíritu Santo. Si pretendiéramos describir a los seres más miedosos, más cobardes y más tímidos del mundo, no tendríamos más que mirar a los Apóstoles. Tienen miedo de todo. Pedro da la impresión de fuerte, pero todo en él es puro impulso. Echa mano a la espada y corta la oreja del soldado, y un momento después escapa de una criada. Se ausenta en el momento de la crucifixión: «Pedro le seguía de lejos» (Mc 14, 54), dice el Evangelio. Todos los apóstoles huyeron y, sin embargo, hemos de pensar que poseían la gracia divina, la fortaleza y el amor. Nuestro Señor les llamaba amigos, pero aún no habían recibido el Espíritu Santo. Una vez que lo reciben, los vemos llenos de valor. Aquellos pescadores que no sabían hablar ni comportarse se enfrentan ahora sin temor a los poderosos extranjeros: hablan con firmeza a una multitud hasta darle la vuelta como a un guante. Pedro, que tembló delante de una criada, no teme ni al Sumo Sacerdote. «No podemos dejar de anunciar, dice, lo que hemos visto y oído» (Hch 4, 20). Y también: «Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres» (Hch 5,

29). ¡Qué diferencia entre la virtud, con sus fracasos y sus dificultades, y el don que les comunicó esa fuerza! El Espíritu Santo se apoderó de aquellos hombres y los convirtió en leones. Y los condujo durante toda la vida. Al venir sobre ellos, y sobre San Pablo, nos otorgó la gran merced de la expansión del cristianismo y por eso hemos sido salvados. Ellos perdieron la vida, pero su sangre fue semilla de cristianos.

En vista de esa transformación nosotros podemos esperarlo todo. El principio de la fortaleza del Espíritu Santo es la omnipotencia de Dios. Decimos *Padre Todopoderoso*, pero el Hijo también es Todopoderoso, así como el Espíritu Santo que, con el don de fortaleza, comunica al alma toda su omnipotencia.

5. Características del don de fortaleza

1.ª Eficacia. El mismo poder que resucitó a nuestro Señor está a disposición del Espíritu Santo para resucitarnos de entre los muertos. Un muerto es menos que nada: ¿hay algo más inerte y más impotente que un cadáver? Nuestro Señor llegó a ser un cadáver y resucitó por el poder de Dios. Este hecho dio lugar a un gran devoción en San Pablo que, cuando se sentía flaquear, recobraba valor ante el pensamiento de un Dios muerto, ahora vivo, que es Cristo resucitado, gracias a cuya fortaleza se sabía capaz de todo. El Espíritu Santo pone a nuestro alcance ese poder: la fuerza que resucitó a nuestro Señor de entre los muertos. El Apóstol llegaba a la

conclusión de la resurreción de los cuerpos, pero también de las almas, que abandonarían todos sus pecados y debilidades, llegando a suprimirse así toda impotencia en la vida cristiana. El Espíritu vive siempre para hacernos pasar de la muerte a la vida y para hacernos avanzar a pesar de nuestros fallos.

2.ª Seguridad en la victoria. ¿Cuales son los frutos del don de fortaleza que, por omnipotencia de Dios, nos comunica el Espíritu Santo? Cuando las almas obtienen de Dios la fortaleza que le piden, adquieren una confianza absoluta que supera cualquier situación u obstáculo. Una confianza que las hace capaces de escapar a cualquier peligro y de llevar a cabo toda acción que consideren necesaria para su santidad. Si la fortaleza del Espíritu Santo está con nosotros, lo podemos todo. San Pablo decía: «Pues estoy convencido de que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni lo presente ni lo futuro, ni las potestades, ni la altura ni la profundidad, ni criatura alguna podrá separarnos del amor de Dios que está en Cristo Jesús, Señor nuestro» (Rom 8, 38-39). Confiaba plenamente en que, con la fortaleza de Dios, era capaz de superar todos los obstáculos y estar a la altura de su misión. En su humildad se reconocía miserable, pero añadía: «Todo lo puedo en Aquel que me conforta» (Fil 4, 13).

Gracias al don de fortaleza, ya no obramos como únicos dueños de nuestra vida, sino como instrumentos de la omnipotencia del Espíritu Santo. Lo vemos en el caso de Santa Juana de Arco, que es la

encarnación de este don. Jamás vaciló en atacar o en soportar, arrostrando y dominando. Su carrera se desarrolló entre los combates y los procesos, pero nada la perturbaba; confiaba en escapar del peligro y se lanzaba a la pelea. El don de fortaleza la acompañó hasta la muerte y, en el último momento, empuñó el crucifijo y murmuró: «Jesús».

3.ª Actitud victoriosa. Como consecuencia de nuestra docilidad a la acción del Espíritu Santo, nuestra actitud ante el deber y el sufrimiento se convierte en una actitud victoriosa. El alma sometida a la influencia del Espíritu de fortaleza camina por la vida dominándolo todo. Sólo con la virtud aún se dejaba vencer; ahora con el don cumple su tarea victoriosamente, persevera, supera los obstáculos y soporta el sufrimiento. Ese vigor crea en ella la seguridad de la victoria. Aún pueden existir ciertos flancos, debilidades y lagunas. Como todavía está en carne mortal, no ha alcanzado la santidad, pero vive serena, decidida, segura; y su vida es una serie de victorias. Eso no es fruto de la fortaleza humana, sino de su docilidad al Espíritu Santo al que se la pide, pues no confía en sí misma y sabe que determinadas veleidades le impedirán alcanzar sus objetivos. Piensa con San Pablo que «la debilidad de Dios es más fuerte que los hombres» (I Cor 1, 25) y está dispuesta a cumplir su destino.

Conclusión: necesitamos del espíritu de fortaleza para edificar en nosotros el hombre interior y llevar una vida sobrenatural intensa y profunda. Pidamos al Espíritu Santo que realice en nosotros esa obra, que no es otra que la preparación del hombre eterno

y la de hacernos vivir en la presencia de Dios. Esto se hará realidad siempre que seamos instrumentos, pinceles que el divino Artista usará para retocar los rasgos de nuestro hombre interior. ¡Pidámoslo!

¡Oh, Espíritu Santo, don del Padre y del Hijo!: concédenos ser fortalecidos con esa fortaleza que procede de Ti, a fin de que nos convirtamos en personas de vida interior y que con nuestros limitados medios consigamos la obra de arte que es un alma dedicada a Ti en la tierra y que mañana, en el cielo, será el alma de un santo.

IV. HAMBRE Y SED DE JUSTICIA

Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.

(Mt 5, 6)

Por justicia hemos de entender aquí *santidad,* auténtico significado de la palabra; y es adecuado llamar justicia a la santificación del alma que se va corrigiendo y haciéndose justa delante de Dios, porque, en definitiva, en eso consiste la santidad.

1. Relación entre el don y la bienaventuranza

Habitualmente, los teólogos nos presentan esta bienaventuranza como contenida en la actuación propia del don de fortaleza. En principio, no alcanzamos a comprender el nexo que las une. Sin embargo, hemos de hacer notar que los fuertes tienen buen apetito: hay una correspondencia entre la capacidad de llevar a cabo una obra, tanto material como espiritual, y el apetito o deseo. En el terreno espiritual los fuertes, los que son capaces de trabajar, tienen un apetito, es decir, hambre y sed de emplear sus fuerzas; son magnánimos y están llenos de

buenos deseos. Por lo tanto, el hecho de relacionar a los hambrientos de santidad con los fuertes según el Espíritu Santo no es una arbitrariedad.

Además, la fortaleza que infunde en nosotros el Espíritu Santo está en proporción con sus fines. ¿Qué es lo que proyecta? Escruta en lo más profundo de Dios y, al contemplar su infinita santidad, infunde en el alma un hambre y una sed de santidad infinita. Y de este modo se relacionan el don de fortaleza y la bienaventuranza.

2. Hambre y sed de santidad en nuestro Señor

Veamos en primer lugar lo que son esta hambre y esta sed en nuestro Señor y después en nosotros mismos.

El hambre y la sed son deseos *imperiosos* y violentos que exigen una pronta satisfacción. Además, son necesidades siempre *recurrentes*. Cuando las satisfacemos, nos liberamos durante unas horas, pero después reaparecen exigiendo nueva satisfacción.

Por último, al saciarnos experimentamos cierto *bienestar* físico, como el placer de una buena comida o el que sentimos al comer pan para calmar el hambre.

Éstas son las características del hambre y de la sed. Nuestro Señor no se refirió a ellas sin motivo.

Estudiemos ahora esa necesidad de santidad —de justicia— en nuestro modelo, nuestro Señor Jesucristo. Empleó las palabras «hambre y sed» para

describir su estado de ánimo, es decir, la fuerza con la que se entregaba a su obra.

Cuando, junto al pozo de Jacob, sus discípulos le rogaban que comiera, les respondió: «Yo tengo para comer un alimento que no conocéis» (Jn 4, 32), un alimento invisible, inmaterial. Y continuó: «Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y acabar su obra» (Jn 4, 34). Ese es su deseo, ardiente e ininterrumpido, que Él se vuelca en satisfacer, pero que da paso a nuevos deseos. No hay expresión más fuerte: la voluntad del Padre es su alimento, su comida cotidiana y necesaria, y no existe otra para Él. San Pablo escribe: «Al entrar en el mundo dice: "He aquí que vengo para hacer, oh Dios, tu voluntad"» (He 10, 5-7). Y, al dejar este mundo, nuestro Señor repitió: «No sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú» (Mt 14, 36). No da un paso sin tener presente la voluntad del Padre y está hambriento de ella.

A lo largo del Evangelio manifiesta su sed del cáliz, por primera vez con ocasión del anuncio de su pasión y muerte: cuando Santiago y Juan le piden su parte de gloria, nuestro Señor responde: «¿Podéis beber el cáliz que yo voy a beber?» (Mc 10, 38); en el momento de su prendimiento en Getsemaní, dice a Pedro: «El cáliz que el Padre me ha dado, ¿no voy a beberlo?» (Jn 18, 11); y en su agonía se encuentra de nuevo con ese cáliz, el cáliz de la voluntad del Padre. Durante la prueba siente un primer movimiento de rechazo, de tristeza y angustia: «Padre, si quieres aparta de mí ese cáliz...» Y, sin embargo, había venido a beberlo y se rehace diciendo: «No sea lo que yo quiero sino lo que quie-

res Tú» (Mc 14, 36). Y lo acepta. En la cruz pronuncia una palabra incomprensible: «*Sitio*, tengo sed». Tiene siempre sed del mismo cáliz. Y cuando sus verdugos pretenden calmarla ofreciéndole un brebaje, lo rechaza. Tiene sed del cáliz de amargura y sufrimiento que había de apurar para salvarnos. Y cuando lo bebió hasta las heces pudo decir: «*Consummatum est*, todo está consumado». He bebido el cáliz hasta el fondo y ya no me queda más que entregar mi vida.

Nuestro Señor tenía hambre y sed de esa justicia, del cumplimiento de los planes de Dios y especialmente de su pasión y muerte, a fin de reparar la ofensa a la santidad divina y para hacer de nuevo santa a la humanidad; un hambre y una sed de justicia, una imperiosa necesidad de santidad y de la santificación de nuestras almas, en la que Él cifró la consumación de su obra.

3. Hambre y sed de justicia en nosotros

¿Qué hemos de hacer para sentir también nosotros hambre y sed de justicia?

Es necesario que nuestro deseo sea imperioso. Si nuestra buena voluntad, nuestros buenos deseos, son débiles o intermitentes, sólo lograremos resultados modestos, suficientes para lograr la salvación y para llevar una vida interior aceptable, pero no para vivir una intensa vida cristiana en toda su extensión y en toda su profundidad. El Espíritu viene en nuestra ayuda proporcionándonos la seguridad que nos infunde al comunicarnos su propia forta-

leza y esa actitud enérgica que es como una parte del deseo de santidad.

Dice el Apóstol: «El amor de Cristo nos urge» (2 Cor 5, 14). Late en nosotros como un violento deseo que no nos deja tranquilos. Tenemos que luchar mucho para amar a Dios sobre todas las cosas y cumplir sin cesar su voluntad afanosamente. El Espíritu Santo nos inspira ese sentimiento y, al mismo tiempo que nos da la fortaleza, nos da también el deseo.

Este deseo de santidad es una actitud frecuente en los santos. La encontramos de un modo sorprendente en Santa Catalina de Siena, cuya hambre de santidad fue extraordinaria tanto en su vida contemplativa como en la activa: Santa Catalina era una sencilla joven, capaz de ir a las sociedades más dispares: al cadalso para consolar a un criminal o incluso a Avignon. Y, en medio de esa actividad exterior, perseguiría la santidad hasta el límite. Sentiría temor, a veces escrúpulos, y un intenso dolor ante la menor falta que hubiera podido cometer. Latía en ella una acuciante necesidad de perfección.

Esa necesidad acuciante debe *renacer* continuamente en nosotros. Hay almas que se enfervorizan durante algún tiempo y cuando cambian las circunstancias o el ambiente, se creen autorizadas a dejar que se apague su fervor. No es esta el hambre según el Espíritu Santo: la verdadera hambre es continuada y perseverante: «No os canséis de hacer el bien», dice San Pablo (2 Tes 3, 13). Es indiferente que estemos alegres o tristes, que se soliviante una pasión, que cambien las circunstancias externas que nos consuelan o nos afligen: el alma que lleva

en su interior la fortaleza del Espíritu Santo conserva siempre vivas su hambre y su sed; continúa siendo la misma porque no se apoya en sus propias fuerzas, sino en la fortaleza de Dios que le comunica el Espíritu Santo.

Llegados a este punto, deberíamos hacer examen de conciencia. Las negligencias, los errores, la inconstancia que nos impide hacer el bien a fondo y de una manera continuada son la consecuencia de no tener suficiente hambre de santidad. El Espíritu Santo nos la puede conceder, ya que llevamos en nuestro interior el don de fortaleza destinado a comunicárnosla. No podemos conseguirla por nosotros mismos, pero despleguemos nuestras velas, abramos nuestro corazón y sometámonos a la acción del Espíritu Santo para que nos comunique esa fuerza imperiosa y continuada.

La satisfacción de esa necesidad —que participa de todas las características del hambre— produce *alegría*. Cuando hemos obedecido a una moción del Espíritu Santo, cuando conseguimos perseverar en la lucha o llevamos a cabo una tarea más ardua, sentimos cierta alegría interior. El alma que acaba de hacer un esfuerzo o un sacrificio tiene una sensación de serenidad: ha calmado su sed por algún tiempo.

Así era como Santa Catalina, con su extraordinario esfuerzo por vencer la repugnancia que le producía una leprosa a la que cuidaba abnegadamente, calmaba su hambre de santidad. Entonces se sentía feliz y el Señor se le aparecía y le manifestaba su satisfacción bendiciendo de ese modo la serenidad de la santa. También nosotros, al final de una jor-

nada en la que hemos cumplido a conciencia nuestro deber, nos sentimos serenos, tranquilos, con la íntima alegría prometida a los que ponen sus afanes en obedecer a la voluntad divina.

Ante el deseo del Espíritu Santo por ayudarnos, sólo tenemos que invocarle y ponernos bajo su influencia para que nos conceda esa hambre y esa sed de justicia. De este modo, resolveremos fácilmente gran cantidad de problemas y venceremos una multitud de tentaciones que se nos presentan bajo la forma de las tres concupiscencias. En el terreno de la pobreza nos bastaba el impulso del Espíritu Santo para que la palabra *poco* nos llevara a desprendernos de todo. Y en el terreno de la santidad, al inspirarnos el hambre y la sed, el Espíritu Santo nos infundirá una especie de sexto sentido de visión sobrenatural que nos enseñará actuar ante nuestros deberes y ante los distintos obstáculos que se nos presenten.

Por otra parte, no podemos ser ilusos. Hay personas a las que su imaginación les hace sentir un hambre de santidad ficticia —no según el Espíritu Santo, sino a su gusto— y que, por esa razón, se convierten en tiranos de los demás. La verdadera hambre de santidad nunca sigue esa trayectoria. No podemos calificar de inspiración del Espíritu Santo el amor intransigente hacia una devoción o hacia una mortificación que contradiga a la prudencia o a la dirección espiritual. Eliminemos lo erróneo y conservemos lo acertado. «Probadlo todo, dice San Pablo, quedaos con lo bueno» (I Tes 5, 21). Si realmente nos ponemos bajo su influencia, el Espíritu Santo nos conducirá lejos, muy le-

jos, hasta la santidad, a través del cumplimiento de la voluntad de Dios.

4. Orientaciones prácticas

Profundicemos en lo que nos sugiere el hambre de santidad, esa hambre que procede del Espíritu Santo.

1.° Hambre y sed de la doctrina divina. A través de ella, Dios se abre paso en nuestro interior dándose a conocer para que le amemos. Esta doctrina está contenida en las enseñanzas del Nuevo Testamento y en el Magisterio de la Iglesia. Con la ayuda del Espíritu Santo, algunos santos han meditado sobre todo ello, y en sus detalladas explicaciones late aún la emoción que experimentaron al hacerlo. Esas lecciones nos dan a conocer a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo, la vida divina, la caridad con la que el Padre nos envía a su Hijo, nuestro Señor y su doble naturaleza, su Corazón adorable, los hechos de su vida, el drama de la Redención del que somos la causa, el Espíritu Santo y sus bondades, su influencia y cuidados, la Iglesia, los sacramentos, la Sagrada Escritura, las enseñanzas del Magisterio, la liturgia, los escritos de los doctores y de los santos, nuestro *Credo*, etc.

Este es el alimento que debemos apetecer, el alimento de la contemplación y de la auténtica caridad, con el que el alma encuentra a Dios en la medida de su formación. Aprovechemos todos los momentos para buscar ese alimento. Y, si estamos

cansados, alimentémonos de recuerdos. Meditemos los misterios del Rosario, que encierran la quientaesencia de la doctrina de la Revelación. Este alimento es santificador.

2.º *Hambre y sed de los sacramentos*. Gracias a ellos, nos llega y se renueva la gracia divina.

Hambre y sed del sacramento de la penitencia, que deriva directamente de la Cruz. Cada vez que nos acercamos a este sacramento estamos delante de la Cruz, y nuestro Señor, a través del sacerdote, nos entrega el alimento de una gracia especial que nos fortalece frente al pecado.

Hambre y sed de la Misa, donde nos encontramos con la presencia real de nuestro Señor en el momento de su inmolación. ¡Qué alimento para la participación en la santidad! Hambre y sed de la Misa, que acaba con la recepción, en el tabernáculo de nuestro cuerpo, de ese Pan, la Hostia del Calvario, abrasado por el Amor del Hijo de Dios. ¡Cómo hace crecer en nosotros la gracia santificante! «Yo soy el pan de vida» (Jn 6, 48), dijo el Señor. Si pretendemos llevar una vida santa, la que conduce a Dios, sintamos hambre de ese pan: alimento, fuente, maná oculto. «Tengo hambre», decía simplemente Santa Catalina, y Raimundo de Capua le administraba la Eucaristía. Si en algunas ocasiones nuestras comuniones son frías y dificultosas, es porque, en lugar de ser un deseo imperioso, nuestra hambre es escasa. ¿Qué más podemos esperar, si tenemos lo que poseen los bienaventurados cuando le contemplan cara a cara y se nutren de El? Deberíamos vivir toda nuestra vida de la recepción del

cuerpo de nuestro Señor, así como del deseo de recibirle de nuevo.

3.º Hambre y sed de la voluntad de Dios. Estamos regidos por la voluntad de Dios que se nos presenta bajo la forma de los Mandamientos, de los consejos que recibimos, de las insinuaciones de nuestra conciencia, etc. Pero no sabemos descubrirla a través de las ocupaciones o las personas que nos agradan o nos disgustan, de las contrariedades, o de las dificultades de la vida cotidiana. Si tuviéramos hambre de justicia, aceptaríamos esas pruebas como una suculenta comida que nos dejara totalmente saciados. El Espíritu Santo es capaz de infundirnos el ansia de reparación en todos sus aspectos. Nuestro Señor se enfrentó durante su vida oculta con problemas, disgustos, encargos u ocupaciones que eran su alimento y en todas las cosas, grandes o pequeñas, veía la voluntad de Dios.

El dolor y las contrariedades son voluntad de Dios; y esos sufrimientos, mensajeros de Dios, son dolorosos y suscitan en nosotros un sentimiento de disgusto y rechazo al que tratamos de sustraernos, mientras nos compadecemos de nosotros mismos. Un alma fuerte descubre en ellos la voluntad de Dios. Santa Teresa no concebía la vida sin padecimientos. «O sufrir o morir», decía.

El deseo de sufrimiento es difícil, incluso heroico. Un efecto palpable del don de fortaleza es el de no rechazarlo, sino al contrario: ansiarlo. Hay almas que se comportan así y llaman misericordia del Señor a las enfermedades. Ven en sus padecimientos una más íntima asociación con los de Cristo y

los anhelan. Esta actitud está por encima de nuestras fuerzas, pero ¿por qué no pedir el Espíritu Santo que nos la infunda?

4.º Hambre y sed de almas. Es este un nuevo alimento que se nos propone.

En primer lugar, hambre y sed de las almas de quienes nos rodean, almas a las que Dios ama profundamente y que tienen lagunas e insuficiencias como las nuestras. Sin embargo, Dios se complace en ellas y desea santificarlas, pues quiere su bien ante todo. Debemos tomar ejemplo y, reprimiendo todo sentimiento amargo o malsano, hacer surgir de nuestro interior manifestaciones de bondad y compasión, y rendirles cualquier servicio que las ayude en la obra de su santificación.

Después, hambre y sed de las almas de los desdichados que nos necesitan, en los que hemos de ver almas, adivinar lo que Dios desea para ellas y descubrir la misteriosa presencia de Cristo en el pobre y en el enfermo. Esforcémonos en hacerlo cada vez con mayor intensidad y, con la entrega incansable a estos desdichados, santificar las almas que nos envía o las almas a las que nos envía.

Así pues, contamos con abundantes ocasiones de experimentar y satisfacer el hambre y sed de santidad que el Evangelio nos presenta como una bienaventuranza y que nace de la actuación del don de fortaleza.

Sometámonos plenamente al soplo divino, que nos otorgará la fortaleza, la confianza y la seguridad en la victoria, y cuya huella será en nosotros el hambre de santidad y la sed de la voluntad de Dios.

No temamos profundizar en esa hambre dentro de los límites de la prudencia; el Espíritu Santo estará a nuestro lado para conducirnos a la verdad, a la justicia y a la santidad. Y cuando nos pida aceptaciones que exijan sacrificio, veremos nuestros esfuerzos recompensados, porque, como consta en el Evangelio, «bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados» (Mt 5, 6).

V. EL DON DE PIEDAD

«Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: «Abbá, Padre».

(Ga 4, 6)

Gracias al soplo del Espíritu Santo, el terreno está preparado. El don de temor ha liberado nuestra vida de las tres concupiscencias, y el de fortaleza —que hace nacer en nosotros el hambre y la sed de santidad— nos arma poderosamente para afrontar nuestras obligaciones cotidianas y los obstáculos que encontremos en su cumplimiento.

El Espíritu nos hace una nueva llamada con objeto de instaurar la paz, no ya interiormente —en lo que se refiere a las concupiscencias o a las obligaciones personales—, sino en un aspecto nuevo. Nos va a edificar en la paz y, así, nuestra única preocupación será la de elevarnos a la cumbre de nuestra vida interior con Dios.

1. Definición de la piedad

Esta nueva moción del Espíritu es el don de piedad, que producirá su efecto en el ámbito de las relaciones con los demás.

La virtud de la justicia da origen a la paz interior, pues armoniza nuestros actos con los derechos de los otros; gracias a ella, damos a cada uno lo suyo. Sin embargo, la justicia no lo es todo: existe también la caridad. Por otra parte, la justicia es el fundamento de la vida social y, en el orden sobrenatural, la base de la vida de la Iglesia y del mundo. Esta es una de las razones por las que decimos que un santo es justo: no debe nada a nadie, ha pagado todo y hace justicia a los derechos de los demás, incluidos los de Dios. Entre todos los derechos hay uno que es, efectivamente, el derecho supremo: el derecho de Dios. Dios es nuestro Creador y no existiríamos sin Él; nos conserva, es el Dueño de nuestra vida, nuestro Soberano Bienhechor y tiene unos derechos prioritarios. Por eso, en la virtud de la justicia existe una parte esencial que es la virtud de la religión, por la que rendimos justicia —en la medida de lo posible— al mismo Dios. En nuestra época se habla de ser justo sin tener en cuenta a Dios. ¡Qué gran error! La virtud de la religión es la justicia primordial.

Entre los distintos matices de la virtud de la religión destaca uno que tiene algo peculiarmente grato: la piedad. La piedad es una parte de la virtud de la religión por la que rendimos honor a Dios ofreciéndole nuestra devoción, nuestra oración, los sacrificios, los ayunos, la abstinencia, el respeto, el culto, es decir, todo el conjunto de deberes por los que le reconocemos como nuestro Soberano Señor. La piedad pone un matiz de ternura en la religión, pues en Dios se dirige al *Padre*. Va más lejos que la religión natural ordinaria; no ve los derechos de su

Dueño, de su Señor, sino los de su Padre; es una religión con corazón. A un padre no se le paga como a una persona cualquiera; frente a un padre no se emplea la justicia con todo lo que tiene de rigidez e indiferencia; aunque cumplamos nuestros deberes con Dios —deberes de cristianos como la asistencia a misa, la recepción de los sacramentos o la observancia de los mandamientos—, eso no es todo. Un hijo siempre está en deuda con su padre; en su fuero interno sabe que debe honrarle y venerarle: la piedad es el corazón de la virtud de la religión.

2. El don de piedad

El Espíritu divino se apodera de ese corazón de la religión y, con una nueva llamada a nuestro interior, nos infunde el don de piedad.

El Espíritu de piedad en nuestro Señor

Al hablar del Espíritu de piedad surge en nosotros la imagen del Hijo amado del Padre. La auténtica novedad del Evangelio, la original, es la revelación de la paternidad divina. En algunas religiones aparece un cierto sentido de esta paternidad, pero nuestro Señor Jesucristo experimentó profundamente y de un modo distinto el sentimiento de un hijo con respecto a su padre. Esto no tiene nada de sorprendente, puesto que es el Hijo consustancial al Padre. Según Tertuliano, nadie es más madre que

Dios, y nosotros podemos decir que nadie es más *hijo* que Jesucristo.

Este espíritu de piedad se manifiesta ya en el Señor cuando a los doce años responde a sus padres que le buscan: «¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?». Todo en su vida obedece a ese planteamiento. Acepta la autoridad de María y de José y «les estaba sujeto», pero, cuando se trata de su Padre, no conoce más que a Él.

Disponemos de numerosos rasgos del corazón filial y piadoso del Señor. San Mateo nos transmite aquella hermosa plegaria cuyo estilo, tan íntimo, parece proceder de San Juan: «Yo te alabo, Padre, porque has ocultado estas cosas a los sabios y prudentes y las has revelado a los pequeños... Sí, Padre, porque así lo has querido... Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre... Nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo quiera revelárselo... Venid a Mí todos los que estáis cargados, que yo os aliviaré... Mi yugo es suave y mi carga ligera» (Mt 11, 25-30).

¡Qué desbordamiento! «*Ita, Pater*», ¡Sí, Padre! Es la conmovedora expresión de la relación entre los corazones de un hijo y su padre y que esta otra frase ratifica: «Yo hago siempre lo que le agrada» (Jn 8, 29). «Sí, Padre, pues ello te agrada». Este culto de nuestro Señor por su Padre se adivina también en el Sermón de la Montaña, que es como una introducción al Evangelio de la doctrina de nuestro Señor Jesucristo. El nombre de su Padre aparece en todas las ocasiones. Cuando promulga la Nueva Ley, el principal artículo es la paternidad divina:

«Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48). Un Padre que hace lucir su sol sobre buenos y malos y llover sobre justos y pecadores. Si se trata de la oración, del modo de ayunar o de dar limosna, toda su enseñanza está encaminada al amor al Padre por piedad filial: «Cerrada la puerta, ora a tu Padre»; sin charlatanería: «Sabe vuestro Padre de qué tenéis necesidad»; sin hipocresía: «Tu Padre que ve en lo oculto, te recompensará» (Mt 6, 6; 8, 18).

El Verbo es el resplandor del Padre y sólo vive reflejándolo; recibe de Él la sustancia y se la devuelve como una imagen de la perfección de su rostro. Y esas perfecciones se traducen en la humanidad de nuestro Señor a través de sus reacciones filiales.

En el Sermón de la Cena Jesús dice: «Felipe, el que me ve a Mí, ve al Padre» (Jn 14,9). Y también: «Yo no estoy solo, porque el Padre está conmigo» (Jn 16, 32). En la oración sacerdotal encontramos un acento aún más filial que aparece lleno de veneración, de abandono y de confianza y que demuestra que nuestro Señor mantiene con su Padre unas relaciones de intimidad, respeto y amor, mientras cumple continuamente su voluntad. El Padre es el horizonte de su pensamiento, un horizonte que nunca desaparece de su vista.

En la parábola del hijo pródigo nos hace el retrato de ese Padre: un corazón lleno de compasión, de misericordia y de una infinita condescendencia. Por último, como testamento de esa actitud filial, nos enseña a decir su oración: «Padre nuestro que estás en los cielos». No quiere que veamos en Dios

otra cosa que lo que Él ve: la paternidad. El apelativo de Padre encierra todas las peticiones del *Padrenuestro* y en cada una deberíamos repetir: «Padre, venga a nosotros Tu reino... Padre, hágase Tu voluntad... Padre, danos hoy nuestro pan de cada día... Padre, perdona nuestras ofensas...» Es el grito que brota del corazón de nuestro Señor y que Él desea imprimir en los nuestros. Ésta es la gran revelación de la paternidad divina.

El Espíritu de piedad en nosotros

¿Cómo conseguir un corazón semejante al de nuestro Señor? Veamos: El Espíritu Santo es el Espíritu del Verbo, el Espíritu de nuestro Señor Jesucristo del que, en el momento de la promesa, nos dice: «No hablará por sí mismo, sino que hablará de lo que oiga; recibirá de lo mío y os lo anunciará» (Jn 16, 13-14). ¿Qué significa «recibirá de lo mío»? Evidentemente, lo que de más íntimo hay en nuestro Señor, lo más *suyo*: el sentido de su filiación divina. Esto es lo que recibirá el Espíritu para comunicárnoslo.

El espíritu de piedad tiene, pues, su origen en el envío de nuestro Señor. Como hijos de Dios regenerados, tenemos a nuestra disposición el Espíritu que el Hijo nos ha enviado y que clama en nosotros como clama en el fondo de su alma: «*Abba*, Padre». El Apóstol emplea ese término coloquial en la lengua siro-caldea —que indudablemente empleaba nuestro Señor— para conservar el matiz intraducible que adquiriría en su boca.

Hemos visto el origen, el modelo y la forma de actuar del don de piedad, un don que llega a formar en lo más íntimo de nuestras almas —con parte del acento que nuestro Señor ponía al pronunciarlo— el dulce nombre del Padre celestial.

3. La obra del don de piedad

Volvamos a nuestras obligaciones cotidianas, ahora sobrenaturalizadas con la sencillez de los medios divinos. Decíamos que el Espíritu Santo infunde el desprendimiento en nuestro corazón, donde graba una simple palabra: *poco*; infunde la fortaleza con el simple sentimiento del hambre de santidad: *tengo hambre*; y la piedad hace brotar de nuestro interior las palabras *Abba, Pater*.

Una pequeña moneda fabricada con un metal precioso puede equivaler a un lingote de un billón; el valor de un solo diamante puede superar el de un montón de gemas menos valiosas; con esa sencilla palabra, Padre, con la que el Espíritu Santo nos inspira la piedad, obtenemos más que el equivalente de toda la religión. La virtud de la religión aparece en un nivel superior en el que, bajo la inspiración del Espíritu Santo, el alma conoce y honra a Dios como a su Padre.

La virtud ordinaria de la religión nos hace esforzarnos en la piedad de un modo sincero, pero trabajoso. Llenamos nuestro día de ejercicios piadosos; cumplimos nuestros deberes con el cuidado y la actitud adecuada; este es un comportamiento meritorio e indispensable, fundamento —aunque pe-

noso— de nuestra vida cristiana; seguimos un camino surcado de dificultades, sin hablar de las omisiones, las distracciones, las oraciones apresuradas o acortadas, etc. Y sin embargo, ponemos toda nuestra buena voluntad. ¡Ah! si el Espíritu Santo nos infundiera algo del Hijo amado del Padre, de su amor, del énfasis que ponía en todo lo que hacía por Él; si imprimiera en nuestra alma ese Espíritu de piedad que era el alma de su vida... Entonces, su fuerza interior nos facilitaría lo que ahora resulta tan trabajoso; la oración parecería menos costosa y no nos pesarían las prácticas piadosas, pues nos encontraríamos en la intimidad del Padre. Nuestro corazón, plenamente filial, nos haría estar dispuestos a todo.

Todo esto nos lo puede proporcionar el Espíritu de piedad. Gracias a él avanzamos en un amor a Dios siempre más optimista, más soberano y más profundo. De ese amor nacerán la docilidad y la sensibilidad a las mociones del Espíritu, que de este modo podrá formar y moldear nuestro corazón como el de su modelo, Jesucristo, y convertirlo en el de un niño ocupado en las cosas de su padre: así renovamos interiormente nuestra piedad. Por otra parte, el don de piedad ya existe en nosotros desde el bautismo junto a la gracia santificante. Algunas veces hacemos uso de él, por ejemplo, cuando en la oración o en el momento de recibir alguna gracia especial, recogidos bajo una llamada divina y encerrados con el Padre en lo secreto, Él nos revela su rostro paternal. Se trata, pues, de mostrar la mayor docilidad y una gran sensibilidad.

A medida que adoptemos esta forma de culto en

espíritu y en verdad estaremos más libres de formulismos y de deberes cumplidos por obligación. Siguiendo el ejemplo de nuestro Señor Jesucristo, descubriremos el sentido de la paternidad en lo más profundo de nuestras oraciones y corresponderemos a su llamada siendo auténticas almas piadosas.

Después de las teologales, la de la religión es la virtud principal, pues debe poner en práctica las inspiraciones de la fe, la esperanza y la caridad. Su expresión es la alabanza de Dios y nada hay en nuestra vida que escape a su fundamento, pues todo lo hacemos para gloria de Dios: ese es el núcleo de nuestra espiritualidad. Pongamos, pues, en ella el sentido de nuestra filiación divina y de la bondad y misericordia de Dios, tal y como nos lo ha revelado nuestro Señor.

Cultivemos de un modo especial ese sentido de la filiación divina; no seamos tan activos, sino más contemplativos. Si perseveramos con docilidad, nuestro Señor nos concederá de *lo suyo*, y el sentido de la filiación convertirá nuestras almas haciéndonos afrontar con optimismo nuestros deberes con respecto a Él.

4. Efectos del don de piedad

El espíritu de piedad y la fraternidad humana.

La piedad no sólo facilita el esfuerzo por vivir la virtud de la religión: facilita también nuestras relaciones con los demás. Si adquirimos el sentido de nuestra filiación divina, consideraremos hermanos

nuestros a los demás (*los demás*, ¡qué término más duro!), hijos amados del mismo Padre.

En la piedad se encuentra el amor fraterno, dice San Pedro (II Pe 1, 7), y en ese concepto de la paternidad universal de Dios encontramos el sentido de la fraternidad. La justicia, por sí sola, es rígida; nos dice: toma lo tuyo y vete. Eso es justo, pero es duro. Sin embargo, cuando se dirige a los que considera hijos de Dios, se enternece y demuestra que tiene corazón. La piedad suaviza las relaciones sociales y extiende la paz de un extremo a otro, una paz generosa con Dios y con todos los hombres.

Cuando nos desprendamos de toda preocupación en relación con nuestras concupiscencias y con los derechos de otros, alcanzaremos la paz y, como dice la *Imitación*, podremos «volar libremente hacia Dios», descansar en las cosas divinas y elevarnos hasta la cumbre de la contemplación.

El alcance de la paternidad divina

La acción especial del Espíritu de piedad se extiende a todos los que participan de la filiación divina. «Yo doblo mis rodillas ante el Padre de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra» (Ef 3, 14-15). San Pablo ve que la paternidad divina alcanza al cielo, a la tierra y a cualquier lugar donde se pueda pronunciar la palabra Padre.

En el cielo: No llamamos Padre a nuestro Señor Jesucristo ni al Espíritu Santo. Y, sin embargo, son Padre en el sentido de que son un solo Dios con el

Padre, un solo Creador y un solo Bienhechor. Esto es ya una extensión de la paternidad en el cielo. El influjo de esta paternidad se extiende, además, a algunos santos, en primer lugar, a la Santísima Virgen. No hablamos de «paternidad» de la Santísima Virgen, sino de su «maternidad», que es universal. Ella participa en lugar preferente de la paternidad divina y tiene derecho a nuestra piedad filial; por eso la llamamos Madre de la Misericordia, Madre de la gracia divina, etc. La paternidad del Patriarca San José, patrón de la Iglesia universal, así como de gran número de santos fundadores, es reflejo de la paternidad divina. El don de piedad nos inspirará una actitud filial ante estos depositarios celestiales, y ese sentimiento debe traducirse en el culto que les ofrecemos.

En la tierra. Esta influencia de la paternidad divina se extiende también a la Iglesia y, especialmente, a aquel al que llamamos Santo Padre, en latín *Papa*: el padre grande, tierno y amado. El espíritu de piedad nos inspirará un culto filial hacia la Iglesia. No son piadosas las personas que no reconocen en ella a una Madre, y en su Primado a un Padre al que debemos un respeto filial. Las hay, incluso devotas, que, en desacuerdo con el Papa, manifiestan abiertamente sus críticas y recriminaciones. Las almas piadosas muestran hacia él una devoción filial; no actúan de ese modo, sino que aceptan su autoridad y sus directrices como venidas de un Padre en el que brilla el fulgor del Padre celestial.

La paternidad divina se extiende, además, no a

una persona, sino a la Sagrada Escritura, que se nos presenta, especialmente en el Nuevo Testamento, como la autoridad de nuestra fe y nos alimenta realmente como lo haría un *Padre*. En las palabras sagradas se manifiesta la bondad paternal de Dios. Debemos, pues, mostrar gran respeto y amor hacia ella, obedeciéndola con docilidad filial. Cometen un pecado grave quienes la interpretan desde un punto de vista humano, tratando de borrar el respeto que nos merece. Debemos aceptar sus palabras como si escucháramos la voz de Dios e incorporarlas a nuestra vida para hacer de ellas un foco de conocimiento, amor y conducta recta al servicio de Dios.

VI. BIENAVENTURADOS LOS MANSOS

> Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra.
>
> (*Mt 5, 4)*

La obra del don de piedad se traduce por la inspiración de la mansedumbre. Veamos cómo se relacionan el don y esta bienaventuranza, que encuentra su aplicación en las relaciones entre los hombres. Podemos y debemos ser mansos interiormente, pero esta virtud se refiere a los demás.

1. Justicia, piedad y mansedumbre

¿Cómo se regulan las relaciones con el prójimo? En primer lugar, por la virtud de la justicia, que se establece entre el debe y el haber, entre las deudas y los derechos, y de este modo impone la paz. El hombre, ser sociable, necesita de una justicia que le permita entablar relaciones con los demás, y esta virtud es muy útil para ese fin. Sin embargo, hay en la justicia algo de rígido que no toma en cuenta a las personas y únicamente busca la equidad entre las partes. Los que cobran no sienten gratitud, pues se trata de un acuerdo, y en estos casos las relacio-

nes sociales no van muy lejos, pues detrás de la justicia no existen lazos personales. El hecho de que en otra época nos encontráramos con ancianos servidores integrados en las familias se debía a razones de caridad y, por lo tanto, de una mayor atención a las personas.

El don de piedad viene en ayuda de la pobre justicia que, desde el punto de vista de la paz, es limitada e impotente. La piedad nos hace ver y nos remite a Dios como Padre. No es difícil darse cuenta de que ese Padre es un Padre común: no nuestro Padre a título individual, sino el Padre de todos. Nuestro Señor quiso que, al orar, no dijéramos Padre mío —como hacía Él, Hijo único—, sino Padre nuestro, Padre de todos nosotros. El *Paternoster* es una oración esencialmente colectiva. La persona que tiene ese sentimiento de la paternidad considera a la humanidad como una gran familia cuyos miembros se unen entre sí por el lazo más estrecho, el de primer grado, el que une a hijos del mismo padre, es decir, el de hermanos. Por eso, la Iglesia emplea la palabra *prójimo*, pues expresa la mayor proximidad.

Por lo tanto, nuestro trato con los demás se suavizará si vemos hermanos en los que nos rodean, en los que se relacionan con nosotros. En todos los comportamientos humanos reinarán la cordialidad y el ambiente de una familia unida bajo la autoridad de un padre y una madre. La piedad que manifestamos hacia nuestro Padre se extenderá a los hijos y, de este modo, la mansedumbre animará las relaciones humanas. No hay otro camino para resolver la cuestión social: cuando hayamos comprendido, captado, experimentado y gustado la paternidad di-

vina y nuestra común filiación, desaparecerán los conflictos, tanto entre las naciones como entre las distintas clases sociales.

Este espíritu fraternal se manifestaba en los primeros cristianos, que no formaban más que un solo corazón y una sola alma. Los paganos de entonces comentaban: «Mirad cómo se aman». Esta actitud, que ya no existe en el mundo, se conserva en las instituciones religiosas que, en cierta medida, representan lo que fue la comunidad primitiva.

Un profundo sentido de la filiación divina da paso al amor de fraternidad. Al ver expulsar de la costa a unos pobres emigrantes extranjeros un marinero corso exclamó indignado: «¿Es justo dejar hambrientos a los que tienen hambre? ¿No son hijos de Dios como nosotros?» Sin darse cuenta, el hombre repetía las palabras de San Pablo: «Los gentiles son coherederos y miembros de un mismo cuerpo» (Ef 3, 6). Nosotros decimos coherederos y San Pablo dice *concorporales*, cuerpos distintos en un mismo cuerpo.

La humanidad forma una familia sobre la que descansa la mirada del Padre celestial, cuyo amor se extiende a todos los hombres: «hace lucir el sol sobre buenos y sobre malos» (Mt 5, 45); tiene el deseo de que todos se salven, aunque haya quienes le rechacen; nos da los medios; quiere hacernos sus hijos predilectos dejándonos participar en su naturaleza y comunicándonos su vida. La humanidad entera forma una sola familia hecha de la misma materia. La mansedumbre ha de reinar entre sus miembros, en primer lugar en los corazones cuando controlen sus hábitos —la cólera, la indignación o

la violencia—, y después en las manifestaciones de bondad entre unos y otros.

De este modo, la piedad nos inspira el sentido de la filiación divina y la mansedumbre aparece como fruto del espíritu de piedad: la relación es patente.

2. La mansedumbre en el Señor como fruto del don de piedad

Este espíritu de mansedumbre alcanza su plenitud en nuestro Señor. Nadie ha sido más *Hijo* que Él, ni ha alcanzado su nivel en el plano de la piedad. Pero veamos cómo su profundo sentido de la paternidad divina se convierte en una infinita mansedumbre. «Aprended de Mí que soy manso» (Mt 11, 29), nos dice. Si hay un mandamiento que le es propio, es el de la caridad: «Amaos los unos a los otros». Su lección personal, su ejemplo, es la mansedumbre: aprende de Mí, de mi persona, de mi ejemplo, de lo que hago y de lo que digo. Basta contemplarle para recibir esa impresión.

Por supuesto, nuestro Señor era justo, el celo de su Padre le devoraba y cuando en el Templo tomó el látigo, realizó un acto de justicia. Pero, excepto en sus relaciones con los malvados escribas y fariseos, con el resto de los hombres mostró siempre una mansedumbre infinita. Si pudo decir: «¿Quién de vosotros puede acusarme de pecado?», también dijo a los que mejor le conocían: «Aprended de Mí que soy manso». Nadie pudo reprocharle nada: en el momento de su aparición en la vida pública, es decir, en su presentación en la Sinagoga de Naza-

reth. dijo estas palabras: «El Espíritu del Señor está sobre Mí», y por esto, «me ha enviado para evangelizar a los pobres, devolver la vista a los ciegos, dar libertad a los oprimidos...» (Lc 4, 18). Por esta razón, el Espíritu de Dios está sobre Él.

Confirmando esta mansedumbre, San Mateo le aplica estas palabras de Isaías: «He aquí a mi siervo, no gritará, no apagará la mecha que humea, no romperá la caña cascada» (Is 42, 14 y Mt 12, 18-20).

San Pablo experimentó en sí mismo la mansedumbre de Cristo. A pesar de su antigua impiedad, piensa que su caso es el ejemplo de lo que será la paciencia de Dios en la formación de los futuros elegidos. Su invocación suprema es : «Os ruego, por la *mansedumbre* de Cristo» (II Cor 10, 1). Cristo nos da la impresión de dulzura: es la imagen de la mansedumbre. No sólo su vida está en armonía con lo que Él mismo es, sino que desea infundir mansedumbre en las personas. Dice: «Os envío como corderos en medio de lobos» (Lc 10, 3). Así le saludó Juan Bautista: «He aquí el Cordero de Dios» (Jn 1, 29 y 36). Jesús envía a sus apóstoles sin armas y sin aparato para que, con su mansedumbre, conquisten el mundo. Y, en efecto, aunque son firmes en la exposición de la verdad, cuando se trata de sus personas los discípulos se dejan conducir mansamente hacia la muerte como en el caso de San Esteban: «Señor, no les tengas en cuenta este pecado» (Hch 7, 60). Nos parece escuchar el eco de la Cruz: «Padre, perdónalos». Por eso, nuestro Señor reprimió la indignación de Sus apóstoles, Juan y Santiago, que pretendían hacer bajar fuego del cielo sobre las ciudades que no le recibieron. Les

amonesta y, desde entonces, los llama «hijos del trueno». (Lc 9, 54; Mc 3, 17).

La huella de la mansedumbre aparece a lo largo de todo el Evangelio, un hecho que se comprende fácilmente: nuestro Señor, en su misma divinidad y en su alma humana, veía al Padre cara a cara. La inspiración del Espíritu Santo que llevaba en sí daba a su alma el sentido de la filiación y, de este modo, con su extremadamente manso comportamiento, cumplió la misión de reconciliar a los hijos con el Padre. En nosotros veía hermanos, hijos del Padre celestial, y con este dulcísimo sentimiento se entregó para salvarnos.

3. Práctica de la mansedumbre

La mansedumbre de nuestro Señor es un modelo que debemos imitar. Es frecuente, sin embargo, encontrar en personas piadosas un auténtico desconocimiento de esta virtud evangélica. Ciertas almas devotas se comportan con severidad, acritud o irritación, todo lo contrario del espíritu de mansedumbre. Y se trata de personas «piadosas», que no fallan en el cumplimiento de sus devociones: pero su piedad se convierte en veneno; esa no es la auténtica piedad. La auténtica piedad debe conmoverse ante la paternidad de Dios y verter en los demás parte de ese sentimiento. Si no es mansa, no llega al núcleo de la religión. La religión no es un conjunto de prácticas: no se detiene en lo material, sino que está dominada por la idea de un Padre que está en el cielo. La auténtica piedad se traduce en dulzura,

bondad y compasión hacia los demás; y, gracias a un autodominio que controla la indignación, la impaciencia o la cólera, da paso a nobles pensamientos y a una vida interior llena de mansedumbre.

Si somos fieles al espíritu de piedad que nos inclina hacia la mansedumbre, reformaremos nuestro interior, dominándonos para reprimir el empuje de la naturaleza. «La mansedumbre hace a las personas dueñas de ellas mismas», dice Santo Tomás.

No hemos de obedecer a los instintos, ni a esos pensamientos que cruzan por nuestra mente mostrándonos el aspecto más ingrato del prójimo: debemos ser capaces de reprimir un primer movimiento de antipatía, animosidad, violencia, indignación, cólera, impaciencia, etc... unos movimientos que se producen en las almas que tienen pasiones.

Y todas las tienen. Pongamos orden en nuestro interior haciendo reinar en él la mansedumbre, esa dulzura que es el resultado de poner en práctica el don de piedad que hemos recibido. Las personas que, aun siendo devotas, albergan sentimientos que las excitan en contra del prójimo, tienen en su interior un foco anti-fraternal. Por eso, y a pesar de sus prácticas religiosas, bajo la apariencia de piedad se transparenta su mal fondo. En primer lugar, la piedad debe corregir nuestro interior. Nuestro Señor dijo que el exterior carece de importancia y que «del interior del corazón de los hombres proceden las malas intenciones...» y todo lo demás (Mc 7, 21). No viviremos la mansedumbre con los demás sin este sereno dominio de nosotros mismos.

Al inspirarnos la mansedumbre, el don de piedad tiene, pues, como primer efecto el de destruir esos

malignos focos de acritud y aspereza, sustituyéndolos por dulces sentimientos llenos de bondad hacia los demás, del mismo modo que un buen fuego irradia su calor.

Una vez que el Espíritu Santo lleva a cabo en nosotros esta pacificación, nos impulsa a ser *mansos* hacia el exterior —por nuestro rostro, nuestro trato, nuestra actitud y nuestras palabras— como lo somos interiormente.

El programa de San Pablo era: «vence al mal con el bien (Rom 12, 21). En efecto, la prueba de nuestra mansedumbre radica en su encuentro con el mal, del que triunfamos por nuestra dulzura, siendo «corderos en medio de lobos». San Pedro decía: «Someteos, por el Señor, a toda humana autoridad» (IPe 2, 13). Si no abordamos a los demás de un modo altanero y nuestra actitud es la de una persona respetuosa y dócil, provocaremos en ellos idéntico comportamiento.

Oigamos esta frase: «Considerad a los demás como superiores» (Fil 2, 3), y así gozaremos de consideración, respeto y amistad. Hay quien se dirige a los demás en actitud distante, hablándole con cierta condescendencia, de un modo que impide despertar simpatías. Debemos empaparnos de una verdad: todos somos miembros de una misma familia. El Espíritu Santo nos inspirará esta convicción y la total mansedumbre con la que debemos comportarnos con nuestros hermanos, hijos todos del Padre celestial.

«Ayudaos mutuamente a llevar las cargas» (Ga 6,2). Somos compañeros de faena y cada uno llevamos nuestra carga: para unos consistirá en los sufri-

mientos interiores o exteriores; para otros, las dificultades del trabajo. Sepamos entrar en la intimidad de los demás para cargar con sus penas; hagámoslo con aquellos a los que se dirige nuestro apostolado y encontraremos hermanos y hermanas; tengamos ese espíritu fraternal que ha de ser público y patente; ejercitemos con el prójimo ese espíritu de mansedumbre que procede de la inspiración del don de piedad, ya que nos dirigimos hacia el mismo Padre que, en su amor, desea el bien de todos.

Si hacemos todo esto, poseeremos la tierra. Es la gran ambición: tener influencia, regir las conciencias, gozar del beneplácito de los hombres y poseer los corazones. La mansedumbre es el medio definitivo. Aunque los apóstoles no disponían de otro, triunfaron porque el Espíritu Santo estaba detrás de ellos; inspirada por la piedad, la mansedumbre es omnipotente. Si queremos poseer la pequeña parcela de nuestra comunidad y esa otra tierra que es el ámbito de nuestro apostolado o incluso la opinión favorable de nuestra ciudad, empleemos el medio eficaz de la mansedumbre. Lograremos poseer no sólo la tierra de aquí abajo, sino la otra que nos espera arriba. La piedad, con la mansedumbre que comunica, es útil para todo: tiene la promesa de la vida presente y de la futura: el cielo.

Los que han refrenado sus pasiones con la mansedumbre que brota del espíritu de piedad, que gozan del sentido de su filiación divina y que viven la fraternidad extendiendo dicha virtud a su alrededor, poseen desde ahora *la tierra de las almas* y después la tierra de los vivos, porque su piedad tiene la doble promesa de la vida presente y de la futura.

VII. EL DON DE CONSEJO

Habla, Señor, que tu siervo escucha.

La frase que nos introduce en este tema es aquella con la que el joven Samuel, a instancias de Helí, respondió al Señor. Y, a partir de entonces, Samuel fue un gran profeta (I Sam 3, 9-10). Y nuestro tema es, ahora, *el don de consejo*.

El don de consejo viene a nosotros bajo la forma de una locución divina. Dios nos habla y nos instruye interiormente y no exteriormente, como lo hace la Iglesia.

1. Lugar que ocupa el consejo en el organismo espiritual

Antes de hablar de lo que el Espíritu Santo nos inspira a través de este don, conviene situarlo en su ámbito.

Subrayemos que los dones que el Señor nos concede nos ayudan a evitar fallos en el ejercicio de las virtudes que, aun siendo sobrenaturales, participan de nuestra flaqueza. Por otra parte, las virtudes sig-

nifican grandes perfecciones de la naturaleza: la fe es una gran perfección para la inteligencia, a la que eleva a un plano superior a las fuerzas del espíritu; la esperanza y la caridad son grandes perfecciones para la voluntad, a la que atraen hacia los bienes eternos infundiéndole sentimientos de amistad con Dios; la prudencia desempeña también un importante papel, pues se adueña de los propósitos de la caridad transformándolos en realidades, sometiendo la voluntad al imperio de la justicia y regulando las pasiones con la fortaleza y la templanza.

La prudencia forma parte de las inspiraciones del amor de Dios: es la virtud de gobierno, el centro de la vida moral sobrenatural, la virtud que transforma el panorama del amor con los detalles, pues el amor se prueba con las obras.

Con respecto a los dones, el planteamiento es el mismo: el don de temor perfecciona la virtud de la templanza; el don de fortaleza perfecciona la virtud de la fortaleza; el don de piedad perfecciona la virtud de la justicia. Y, elevándonos más, el don de consejo perfecciona la virtud de la prudencia. Y más aún: los dones de entendimiento y de ciencia sirven a la virtud de la fe; y el don supremo de sabiduría perfecciona la virtud divina de la caridad.

En la práctica, dado que el don de consejo perfecciona la facultad de gobierno, debemos situarlo en el *centro* de la acción del Espíritu Santo en nuestras almas. Por encima está la contemplación; por debajo, la vida cotidiana; y, en el medio, el consejo deja pasar la luz de la contemplación sobre las normas prácticas desempeñando el mismo papel que la prudencia, aunque en un sentido más elevado. Rige

a otros dones inferiores (la fortaleza, la piedad, el temor), lo mismo que la prudencia a las virtudes de la religión, la justicia, la fortaleza y la templanza.

2. Las intervenciones del don de consejo

Aquí podríamos hacer una objeción. ¿Puede ser el consejo una inspiración? Nada hay más distinto a una *inspiración* que la prudencia, que se ocupa de adoptar decisiones y ponderar todas las alternativas con objeto de elegir la mejor. Un consejo suele ser largo y prolijo, lo menos parecido a una inspiración.

Esto es así, pero referido a los consejos que damos y no a los que recibimos. Si proceden de una persona cualificada, nos llegan ya madurados y los aceptamos al momento. Ahora bien, los que nos llegan del Espíritu del Padre y del Hijo son fruto del consejo de la Santísima Trinidad. El Espíritu Santo nos los da hechos, nos los inspira interiormente y nos los infunde en el corazón.

¿Existen unos consejos semejantes?

Contamos con la experiencia: Juana de Arco lo sabía muy bien cuando replicó a sus jueces: «Habéis estado en vuestro consejo y yo en el mío». Ciertamente, ella hablaba de sus voces, pero sus voces eran la voz de Dios y ella confrontaba los consejos de lo alto con los de los hombres. Todas las almas cristianas cuentan con ese tipo de ayuda.

El don de consejo es indispensable para avanzar en la vida espiritual. No basta con ser dueños de un carácter formado, curtido en la justicia y en la templanza: necesitamos de un gobierno general: las cir-

cunstancias de la vida se transforman, los planes se alteran; varía nuestro entorno; cambiamos con la edad; progresamos o retrocedemos; hemos de adaptar nuestra capacidad de fortaleza, de justicia y de templanza a una materia especialmente maleable, difícil de modelar según el arte de los santos. Solos somos incapaces de hacerlo.

Además, nuestra visión es corta; no va mucho *más allá* de nosotros mismos pues el amor propio, ese instrumento capaz de cegar nuestra mirada, nos oculta los caminos de la prudencia; la vida, las personas y las cosas giran incesantemente a nuestro alrededor; no vemos *bien*; o, si vemos bien, carecemos de la firmeza necesaria para imponernos nuestros propios juicios. A veces, si la tarea nos resulta demasiado difícil, *miramos de reojo*. Para ponerla de acuerdo con nuestros apegos y costumbres *trampeamos con la voluntad de Dios*. Esta suele ser la táctica que empleamos en el gobierno de nosotros mismos.

La virtud de la prudencia, incluso sobrenatural, se inserta en esta penosa forma de actuar: una vez que está en nuestras manos, somos dueños de manejarla llevando la iniciativa. La prudencia es, por supuesto, una perfección sobrenatural, pero nuestras pasiones y nuestras intenciones ocultas nos impiden obrar con sinceridad y perseverancia. Y, sin embargo, una vez conocido el propósito del amor de Dios, deberíamos orientarla inmediatamente de modo que hiciera posible su cumplimiento: esta es la exigencia de la virtud perfecta.

¿De dónde proceden los obstáculos a esta perfección?

Nuestro Señor nos dice: «La lámpara de tu cuerpo es el ojo. Por lo tanto, si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado; pero si tu ojo es malo, todo tu cuerpo estará en tinieblas» (Mt 6, 22-23). Nuestro cuerpo es la acción; nuestro ojo es la luz de la conciencia. Si nuestro ojo no está sano ¿cómo responderemos a las llamadas de la caridad: sí, si es sí; no, si es no? Este es el punto débil.

El Espíritu Santo acude en ayuda de nuestra flaqueza. Y es que hay un aspecto más consolador: no nos pasamos toda la vida trampeando; también tomamos decisiones francas, pues de otro modo no mereceríamos el nombre de cristianos. Cuando el Espíritu Santo ve debatirse al alma justa le da buenos consejos, unos consejos persuasivos, eficaces y tan insistentes que tienden a hacer realidad los deseos de Dios.

Esos consejos surgen en las circunstancias más ordinarias, pues la materia de los dones no tiene por qué ser obligatoriamente elevada. Por ejemplo: estamos bajo la influencia de una pasión como la cólera, y el Espíritu santo nos dice: contente, calla, domínate. Nos preguntamos qué hemos de decir a una persona: nos recogemos y se hace la luz: hay que decir esto, y no esto otro. ¡Hemos recibido un consejo de lo alto! Intentamos ir demasiado aprisa y algo nos detiene, nos lleva a reflexionar y a rezar antes de actuar: el consejo nos ha evitado caer en la precipitación. Si, por el contrario, tendemos a la indolencia, el consejo nos sacude.

En circunstancias más graves, en las que sufrimos pruebas, preocupaciones y cambios y nuestra vida se altera, nos recogemos en paz y oímos la di-

vina respuesta: «¿Por qué te inquietas? A cada día la basta su contrariedad» (Mt 6, 34). Y también: «Encomienda a Yaveh tu destino y Él te sostendrá» (Sal 55, 23). De repente, en el momento en que íbamos a adoptar una decisión desesperada, se hace la luz y, consolados, reemprendemos el camino.

A veces el Espíritu Santo nos sugiere y estimula; otras nos reprende apasionadamente: son los remordimientos; y en otras se convierte en juez: nos hace saber en nuestro interior lo que está bien y lo que está mal.

3. El don de consejo y la conciencia

Podríamos argüir: ¡aquí lo que habla es la conciencia y no el consejo!

¿Qué es la conciencia? Es el dictado de la recta razón, que, a su vez, es una participación de la luz de Dios. Ahora bien, esta voz de la conciencia se parece extraordinariamente a las inspiraciones del Espíritu Santo. Nuestra razón es recta cuando está bajo la influencia de la razón de Dios, pero en un alma divinizada por la gracia, en la que hay algo de la vida de Dios y que vive bajo el constante influjo del Espíritu Santo y de la gracia de Cristo, aún hay más: la inspiración propiamente dicha; y conciencia e inspiración forman un mismo bloque. En definitiva, es Dios quien ilumina nuestra conciencia y nos inspira. Para el alma divinizada, habitada por Dios —que ha creado en ella todo un organismo destinado a recibir sus inspiraciones— y abierta a sus dones, las inspiraciones del Espíritu Santo o, mejor

dicho, las inspiraciones del don de consejo se traducen en los dictados clarificadores de la conciencia. La filosofía por sí sola es incapaz de explicar toda la psicología sobrenatural de la conciencia. En el alma divinizada hay una compenetración entre la vida natural y la sobrenatural. La teología tiene en cuenta esta realidad total y discierne el elemento sobrenatural de la inspiración en las instigaciones que la conciencia impone con fuerza.

Nuestro Señor nos aseguró que el Espíritu Santo sería nuestra gran conciencia: «Yo rogaré al Padre y os enviará otro Paráclito... os recordará todas las cosas que os he dicho» (Jn 14, 16 y 26). Aparecerá de nuevo en la medida que lo necesitéis, bajo la forma de una sugerencia impalpable e invisible: la de consejo.

4. Práctica del don de consejo

Nos queda por ver el modo en que, en ciertos casos, el don de consejo nos sugiere determinadas frases de nuestro Señor que satisfacen las necesidades de nuestra vida cristiana.

Observemos nuestra vida. Nos reconocemos culpables, por ejemplo, de faltar a la caridad; sabemos que hacemos mal, pero, dada la animosidad que todavía sentimos, no podemos calmarnos ni lograr la paz necesaria para recibir a nuestro Señor. De repente, una frase resuena en nuestro interior: «Por tanto, si al presentar tu ofrenda en el altar recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar y ve primero a reconci-

liarte con tu hermano; después vuelve y presenta tu ofrenda» (Mt 5, 23-24). Dudábamos; nos faltaba valor. ¡Y ahora nos sentimos liberados! Gracias al Espíritu de consejo nos llega el impulso esclarecedor. Obedecemos el mandato del Evangelio y después vamos a comulgar.

Un alma tentada por el demonio se envanece frecuentemente a causa de sus buenas obras. Dice San Vicente Ferrer que el orgullo se enorgullece incluso de sus caídas. Después de la caída y de pedir perdón, el alma llega a pensar: ¡qué humilde he sido! Así, la legítima satisfacción que siente después de su buena obra se convierte en un acto de orgullo que la contamina. Quizás no lo advierte, pero de pronto recuerda esta frase: «Brille así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5, 16). Y comprende que no ha de tener más que una meta, que esa luz no debe brillar para su propia gloria y que no debe envanecerse de sus buenas obras. O también, en idénticas circunstancias: «Que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha» (Mt 6, 3). «Rezad al Señor en secreto, con la puerta cerrada, sin que nadie lo sepa... Si ayunáis, arreglaos para que no se advierta...» Nuestro Señor amaba la discreción en la buenas obras, es decir, la humildad. Y yo, ¿qué hago? ¡Si continúo por el camino del amor propio, perderé el fruto de mi acción!

Como consecuencia de nuestras torpezas o de nuestras faltas nos vemos expuestos a recibir reproches. En lugar de reconocer sencillamente nuestros errores, buscamos explicaciones, tratamos de justi-

ficarnos, de excusarnos en lugar de acusarnos. Y de nuevo oímos en el fondo de nuestro corazón las palabras del Señor: «Sea, pues, vuestra palabra: sí, sí; no, no»; y rectificamos, decimos las cosas como son y nos liberamos de nuestra doblez y de nuestro fariseísmo.

En otras ocasiones el alma tentada se dice: la persona que vive conmigo está llena de defectos, es desagradable y, además, no lo reconoce. Es irritante... no puedo resistirla. ¡Qué carga! Y, de repente, oye: «¿Por qué miras la paja del ojo de tu hermano y no adviertes la viga en el tuyo?» (Mt 7, 3). Entonces esa alma se dice: Esta persona es como yo: tiene sus defectos y yo los míos. Somos compañeros de enfermedad.

Veámosla ahora aquejada por problemas de salud o por el agotamiento, crisis externas o internas que le hacen sentir el peso de la vida y llegar a clamar: «Señor, ¿qué te he hecho?; esto es insoportable.» Y en su interior resuenan estas palabras: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mt 16, 24). Y el alma responde: He querido seguirte, Señor. Ya tengo lo que me anunciaste: una cruz que cargar, la renuncia. Comprendo y acepto porque has dicho: «Venid a mí todos los que estáis fatigados... tomad mi yugo... mi yugo es suave y mi carga ligera», y la llevo y Tú la llevas conmigo. Nuestro Señor hace brillar así la luz de su propia carga y nos da a conocer su misterio diciéndonos, como a San Pedro cuando huía del martirio: «Vuelvo a Roma para ser crucificado de nuevo». Volvamos, pues, a Roma y carguemos con nuestra cruz.

Habría que citar todo el Evangelio. El Espíritu Santo duplica con sus inspiraciones las luces de nuestra conciencia. Unas veces dulcemente: una insinuación, un murmullo, persuasivos e insistentes. Otras, cuando no escuchamos, con un duro reproche. Actúa así para que veamos claro en todas las circunstancias. El Evangelio nos instruye en general y, ante las dificultades, el Espíritu Santo nos recuerda sus enseñanzas oportunamente: «Él os recordará todas las cosas que os he dicho» (Jn 14, 26).

La obra del don de consejo es una realidad: seamos conscientes de ella. La gracia santificante nos comunica el don de consejo y nosotros tenemos la facultad de ser sensibles a sus inspiraciones. Convenzámonos de que estamos bajo su influencia y hagamos uso de él. Acostumbrémonos a recurrir a sus luces y, cuando las circunstancias lo exijan, recibiremos la ayuda oportuna.

5. Madre del Buen Consejo

La Santísima Virgen María es mediadora y la Iglesia la honra muy especialmente como mediadora de todas las gracias de las que nos ocupamos aquí. León XIII añadió a la Letanía la advocación, especialmente querida en la institución benedictina, de Madre del Buen Consejo.

La Santísima Virgen tiene el derecho y el poder de aconsejarnos directamente, pero puede influir también procurándonos los consejos del Espíritu Santo y pedirle que, cuando sea necesario, nos ilumine con sus inspiraciones.

¿Qué nos queda, pues, por hacer?

Tratemos de conseguir la ayuda de este don, pongámonos bajo la inspiración del Espíritu Santo y bajo la protección de la Virgen María. Ella nos recordará que debemos recurrir al Espíritu Santo e incluso le pedirá que acuda en nuestro socorro. De este modo tendremos doblemente garantizado el don: por nuestra parte, porque tenderemos nuestras velas al soplo del Espíritu Santo; y por parte de la Santísima Virgen, porque, además de concedernos sus favores, estimulará nuestros buenos deseos para que Él nos otorgue sus dones cuando los necesitemos.

VIII. BIENAVENTURADOS LOS MISERICORDIOSOS

Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia.

(Mt 5, 7)

1. Razones por las que consideramos la misericordia como efecto propio del don de consejo

Según San Agustín y Santo Tomás, la misericordia es el fruto propio del don de consejo, aunque no cabe duda de que sus frutos se extienden a otros campos además del de la misericordia. Como se demuestra a lo largo del Evangelio, el Espíritu Santo nos puede hacer toda clase de insinuaciones. El de consejo es un don director que rige las virtudes morales, la humildad, la castidad, la justicia, la piedad, la religión, etc. Los consejos del Espíritu Santo se extienden a todo orden de cosas. ¿Por qué relacionarlo especialmente con la misericordia?

En toda virtud —como en toda obra en general— hay un punto en el que se manifiesta su excelencia y en el que alcanza su culminación. Santo Tomás dice que la fortaleza no llega a su plenitud más que en el martirio. Y concluye que el martirio es el acto propio de esta virtud, aunque también sea

necesaria para resistir el dolor más insignificante. Paralelamente, la misericordia es el *efecto propio* del don de consejo, pues en él alcanza su plenitud.

2. ¿En qué consiste la misericordia?

Veámoslo primero por contraste. La misericordia no es la simple caridad fraterna cuyo efecto se extiende a todo: eso es benevolencia. La caridad es universal y hace el bien sin acepción de personas. Se puede hacer el bien a un superior jerárquico o a un rico, que, sin embargo, no son «pordioseros».

La misericordia no es tampoco la limosna. La limosna es un acto de misericordia; un alma misericordiosa es limosnera. Sabemos que hay siete obras de misericordia espirituales y siete corporales. Pero las corporales van con frecuencia más lejos del cuerpo y alcanzan el alma, que es espiritual.

La misericordia tampoco es la simple bondad, la cual constituye algo bastante más general.

La misericordia consiste en un sentimiento de piedad inspirado por la caridad que nos inclina hacia el *menesteroso*, el que carece de todo, tanto en el terreno material como en el espiritual. No hay misericordia sin menesterosos: personas que despiertan ese sentimiento, que debe ir regido por la prudencia y acompañado de la caridad para que su motor sea el amor de Dios. La misericordia es un aspecto excelente de la caridad fraterna y, en ella, el amor a los hermanos alcanza su plenitud. Para ser misericordioso hay que amar al prójimo *más* que para ser simplemente bondadoso o caritativo.

La misericordia se ocupa de toda clase de miserias, físicas, morales o intelectuales y se afana en remediarlas y en colmar el vacío que crean. Para remediar una gran miseria es necesario ser rico, poderoso e importante; en una persona amable un acto de bondad es un acto de caridad, pero no es un hecho difícil. Tratar de colmar un abismo o acudir en ayuda de un alma para sacarla de la miseria, exige un acto de caridad especial y excelente, que supone la existencia de abundantes tesoros de bondad con los que socorrer tan grandes males.

Por esta razón, según Santo Tomás, la misericordia es el acto más especial y característico de Dios. En efecto, Dios es el Ser Superior por excelencia: nada le falta; su riqueza y su bondad le inclinan a venir en ayuda de las pobres criaturas, ya que nuestra miseria atrae las generosas dádivas divinas. Todos somos miserables ante Dios, incluso los ángeles, con la excepción de los santos que ya están colmados. Todo tiene necesidad de Dios. Es preciso que Dios comunique el ser a todas las cosas y que satisfaga los anhelos de todo lo que existe. Es propio de Quien ha creado este mundo el inclinarse sobre él con un sentimiento de amor que es pura misericordia. Todas nuestras bondades no llegan a la nobleza de ese Amor que, al no necesitar de nada, se vuelca en el que necesita de todo para darle todo.

Vemos, por tanto, que la misericordia difiere de la mansedumbre. Esta nos ayuda a reprimir lo que hay en nosotros de rudo, torcido, malintencionado o irritable, para que sólo realicemos buenas acciones con respecto al prójimo, cualquiera que sea. En pri-

mer lugar, nos inspira el deseo de corregirnos antes a nosotros mismos, de depurar nuestras costumbres y dominar nuestras pasiones para luego acercarnos a los demás con dulzura y ganarnos sus corazones: se dirige, pues, a todo el mundo. Por el contrario, la misericordia es una forma de caridad que pretende acudir únicamente en ayuda de los menesterosos y, lo mismo que la mansedumbre no presupone la existencia de una miseria, indispensable para la misericordia, esta, a su vez, no nos exige corregirnos interiormente, algo que resulta imprescindible para la mansedumbre.

3. Relación entre la misericordia y el don de consejo

¿De qué modo nos hace misericordiosos el Espíritu Santo por medio del don de consejo? ¿Por qué la misericordia es el resultado propio de dicho don? Ahora lo comprenderemos fácilmente.

El don de consejo y la realidad de nuestra miseria

Al perfeccionar la prudencia, el don de consejo debe tener la primera cualidad de esta virtud, es decir, la de hacernos ver las cosas tal y como son, pero en profundidad. El hombre prudente recibe por su comportamiento el calificativo de justo. Ve el justo medio, la medida justa que ha de tomar. Se conoce a sí mismo con justicia: su temperamento, su carácter y sus pasiones, y las reprime; sus cualidades, y

se sirve de ellas. Y ve con justicia a todos aquellos con los que se relaciona.

¿Qué significa ver con justicia?

Ver con justicia es, ante todo, reconocer la miseria universal. La gran verdad es que somos todos una auténtica colección de miserables. No tenemos nada realmente bueno, nuestra naturaleza es limitada y, sin la misericordia de Dios, todas nuestras obras serían mediocres. Además, la humana es una naturaleza caída. Dios la había creado poderosa y recta en su justicia original, pero, a pesar de los dones recibidos, el hombre —que era dueño del futuro de la humanidad— pecó y se apartó de Dios. Ciertamente, nuestro Señor reparó la culpa con su sacrificio, pero todavía hay muchos que no se unen a Él y continúan hundidos en su miseria. Incluso en los cristianos perviven las malas tendencias, consecuencia de las heridas que provienen del pecado original.

Al reconciliarnos con Dios, Jesucristo nos ha hecho capaces de volver a vivir la vida divina. Sin embargo, aunque la falta haya sido reparada y el alma —con la ayuda de la gracia y el amor— pueda abrirse camino hacia la eterna bienaventuranza, continúa habiendo un foco de incendio. Las pasiones reprimidas siguen vivas y su ardor nos inflama con cosas perversas: la soberbia, la concupiscencia de la carne, la ira..., heridas que permanecen abiertas a fin de que tengamos que hacer más méritos para alcanzar el cielo.

Los que no han sido regenerados por el bautismo están en una situación aun más penosa; y los cristianos que han perdido la gracia participan en cierto

modo de este espantoso estado de miseria. Incluso los que hacen todo lo posible por permanecer en el amor tienen también su triste lote.

Lo decimos, y es cierto: la humanidad es una colección de miserables con nosotros a la cabeza. Dios nos ve y derrama su bondad sobre nosotros, tanto en lo espiritual como en lo material: «Hace salir el sol sobre buenos y sobre malos y hace llover sobre justos y pecadores» (Mt 5, 45). Sus bienes son superabundantes porque ve nuestra miseria, y sin ellos el mundo perdería su equilibrio. La sabiduría, la prudencia de Dios, brilla en su misericordia.

El Dios del Evangelio, la Sabiduría hecha carne, es la manifestación viviente de la misericordia divina; esta cualidad resplandece en la persona de nuestro Señor Jesucristo dándonos una prueba de su divinidad (poderoso argumento de la apologética). Si nuestro Señor Jesucristo no fuera Dios, ¿quién habría podido sugerir a los evangelistas, que debían describir a un Dios encarnado, que nos lo mostraran misericordioso, acertando al atribuirle precisamente una cualidad divina? Y, precisamente porque era Dios, nuestro Señor puso en práctica su divina misericordia en el más alto grado. Así manifestaba su prudencia y su maravillosa sabiduría.

El pasaje evangélico que de un modo más conmovedor describe la misericordia divina es, quizá, el de la mujer adúltera (Jn 8, 3-11). Los fariseos han sorprendido a la mujer y la llevan delante del Maestro para pedirle su opinión sobre la ley mosaica que ordena lapidar a las adúlteras. «Aquel de vosotros que esté sin pecado, arrójele la piedra el primero», dice el Señor a esos hipócritas que se alejan de in-

mediato uno detrás de otro. Luego se dirige a la mujer y añade: «Yo tampoco te condeno. Vete y no peques más».

Aquí vemos representada la escasa visión del hombre y la lucidez de nuestro Señor, que es Dios. Esas gentes son implacables: satisfechos por haber descubierto a la mujer, desean aplicarle el peso de la ley; no ven que, en el fondo, son más miserables que ella y sus culpas aún mayores; tienen la soberbia de espíritu, la hipocresía en materia religiosa y una absoluta falta de caridad; blancos por fuera, «como sepulcros», observan todo lo externo de la Ley y «filtran los mosquitos creyéndose puros». ¿No advierten esos sepulcros que están llenos de podredumbre? La pasión ha nublado su mirada; el hombre no sabe lo que es el hombre. ¡Insensatos!

Nuestro Señor «sabía lo que hay en el corazón de cada hombre» (Jn 2, 25). Veía en él su profunda miseria física y moral, su incapacidad para desear el bien y la posibilidad de buscar el mal. ¿Qué significa esta mujer ante ese océano de pobreza y miseria? Un *caso particular* de la ley universal; su falta es grave, pero Jesús no se escandaliza pues son más graves aún las de los fariseos que pretenden lapidarla. Jesús ve más allá. Ve el fondo de miseria que se oculta en cualquier corazón humano, en toda vida humana. Lo ve claramente, sin que nada quede escondido para Él, pues está plenamente asistido por el espíritu de consejo. Entonces se desinteresa de la pobre justicia humana y lo demuestra escribiendo en el suelo. ¿Qué sería? Lo ignoramos. Solamente sabemos de una ocasión en la que escribió y que escribió en la arena. Los acusadores se dan

cuenta de lo ridículo de su actitud y, pensando sin duda en las faltas que esconden en su interior, se retiran. Y entonces llega la frase de la misericordia: toda la misericordia de Jesús y todo su amor brillan en esa frase.

El Señor se dirigía preferentemente a los pecadores. Se alojó en casa de Zaqueo, un publicano, raza de marginados. También fue acusado de admitir la compañía de mujeres de mala vida. ¡El mismo Dios fabricándose semejante reputación! ¡Qué extraordinaria misericordia! Nos quedamos fascinados y, sin embargo ¡con qué claridad ve Dios!

La misericordia ve correctamente y, por lo tanto, extrema su prudencia; tiene todos los elementos de juicio, puede decir la verdad e indicar la conducta que hay que seguir. Entre todos los actos que inspira el don de consejo, la misericordia es la alhaja, la piedra preciosa. Si queremos ver claro y ser prudentes, seamos misericordiosos. Entonces nos conoceremos tal y como somos y conoceremos también a los que nos rodean. A través de la misericordia penetraremos en la miseria universal y captaremos mejor la chispa de bondad que Dios ha dejado en ella y que hemos de descubrir en los malvados, en los perversos y en los depravados.

Los criados preguntan al dueño del campo si deben arrancar la cizaña que ha sembrado el enemigo. «No; dejad que ambas crezcan juntas hasta la siega y luego las separaremos» (Mt 13, 24-30). Nuestro Señor muestra su piedad a causa de la chispa de luz que descubre en las voluntades más torcidas. En la cruz, delante de los crueles fariseos y ante la multitud que ha crucificado a su Rey, dice: «Padre, per-

dónales, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34). En toda maldad hay siempre un fondo de bien en el que apoyarse. Y toda alma posee un resorte secreto que la hace elevarse hacia la vida eterna.

Tratemos de ver como ve Cristo. Pidamos al Espíritu Santo que nos haga descubrir la miseria universal y la propia. Entonces no nos invadirá esa indignación farisaica que se apodera de las almas mediocres que no han recibido el don de consejo. Y ya no sentiremos desprecio por los otros, ni nos comportaremos de la forma despectiva y cruel con la que a veces tratamos a personas miserables sin ver el mal que les atormenta y que es la causa de su tremenda fealdad. Incluso si nos injurian, si nos quieren mal, comprenderemos que el motivo es la llaga secreta que les atormenta y sentiremos compasión de ellas.

Ya que el Espíritu Santo nos concede esta visión, dejémosle orientarnos en nuestras obras de misericordia.

Prudencia y misericordia

Como hemos visto, el don de consejo culmina divinamente la obra de la prudencia. Ahora bien, ¿qué nos aconseja esta virtud? Indudablemente, elegir el camino que mejor nos guíe hasta la salvación. Y el don de consejo pone en absoluta evidencia, de un modo plenamente divino, que ese camino es el de la *misericordia*.

No hay en todo el Evangelio un precepto más inculcado que ese: «Con la misma medida con que

midiereis, se os medirá... No juzguéis para que no seáis juzgados...» (Mt 7, 1-2). De este modo se nos advierte que el único medio de obtener misericordia es el de ser misericordiosos.

Un rey pide cuentas de sus denarios a uno de sus criados. Este no tiene con qué pagar y el amo le *perdona* toda la deuda. (Es la imagen de nuestra miseria ante un Dios que perdona nuestras culpas). Y he aquí, que este criado, liberado ya, se encuentra con un compañero que es también su deudor y le salta al cuello. El compañero a su vez pide perdón, pero el acreedor no le escucha y lo entrega a la justicia. Los testigos cuentan al amo lo ocurrido y éste expresa un severo juicio: Yo te perdoné la deuda y tú debiste hacer lo mismo con tu hermano. Y lo castiga como merece (Mt 18, 23-35).

Es la ley. Si somos misericordiosos, Él tendrá misericordia con nosotros. Se deduce que las personas avisadas, las almas prudentes, han de serlo también y seguir al pie de la letra las palabras del *Padrenuestro*: «Perdona nuestras ofensas así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden». A medida que se produzcan las injurias y las ofensas, los prudentes han de hacer acopio de misericordia para obtener el perdón del Padre. Es un motivo interesado, pero nuestro Señor ha considerado oportuno sugerírnoslo para que vivamos vigilantes.

La prudencia nos aconseja ser misericordiosos y esta práctica nos hará aún más prudentes. Gracias a la ayuda del Espíritu Santo con la que nos gobernamos a nosotros mismos, recibiremos el premio de las obras de misericordia que hayamos hecho. Si somos misericordiosos, Dios nos concederá una

más profunda gracia de consejo. Y entonces nos veremos aun más inclinados a la misericordia. Así, de la misericordia a la prudencia y de la prudencia a la misericordia, se cerrará una espiral sin fin que desembocará en un gran poder de dominio de nosotros mismos y en méritos innumerables.

La misericordia y la salvación de las almas

Para salvarnos necesitamos, no sólo obtener misericordia, sino también «buscar el reino de Dios y su justicia», extender ese reino y hacer reinar en los corazones el amor a Cristo. El don de consejo nos indicará el modo de conseguirlo; un modo que, por supuesto, es siempre el de la misericordia. Un nuevo lazo entre esta virtud y el don de consejo.

Los grandes políticos creen que el mejor modo de gobernar consiste en emplear la fuerza a tiempo. Para nosotros, el gran resorte será el de descubrir la miseria universal allí donde se oculte y colmar ese abismo con bondades sin fin. Incluso en el terreno sobrenatural los misericordiosos alcanzan unos resultados que la violencia no logra. El medio de reinar en los corazones es el de emplear frases compasivas, ser bueno, aún más bueno: en esto consiste la auténtica política. Aunque hemos de excluir la violencia, no hemos de desdeñar la autoridad y, por eso, la corrección fraterna se incluye entre las obras de misericordia. Pero, generalmente, las almas compasivas, abiertas a las miserias de los demás, acceden a los corazones a través de la mansedumbre y de las buenas obras. Dice Santo Tomás: «El

don de consejo inclina muy especialmente a las obras de misericordia»; nos infunde la compasión que ablanda los corazones y, una vez que ganamos los corazones, viene todo lo demás. Un apóstol del Salvador conduce a los pecadores al confesonario, a la comunión, a una vida cristiana seria y a la plenitud de la santidad a través de la misericordia. Abordemos a las personas sin fijarnos en sus faltas, aunque las veamos; remediemos en primer lugar las miserias corporales para entrar luego en la intimidad de esas personas; siendo compasivos reinaremos en los corazones y resucitaremos las almas. Y, salvando las almas, seremos salvados: Dios nos considerará siervos buenos y fieles.

Ser misericordioso significa, pues, ser bueno y prudente. Esto no tiene nada de sorprendente, pues el don de consejo nos inclina preferentemente hacia la misericordia.

* * *

El consejo del Espíritu Santo conoce el modo de orientar a las almas. En primer término, debemos ser hijos del Espíritu Santo y permanecer bajo la influencia del don de consejo. Mantengámonos en íntimo contacto con Él y nos comunicará el espíritu de misericordia dirigiéndonos en su ejercicio y haciéndonos seguir los cauces para llegar a ser buenos. Así, seguros de alcanzar un día misericordia, seremos prudentemente guiados por el camino de la salvación.

Dirijámonos al Espíritu Santo siempre que tengamos ocasión de ser misericordiosos y actuaremos

con justicia en nuestro propio interés y en el de los demás. Despleguemos nuestras velas para orientarlas en la dirección del divino soplo, y no iniciemos ni prosigamos una obra de misericordia sin haber recurrido insistentemente a su consejo.

IX. EL DON DE CIENCIA

> Lo invisible de Él es conocido mediante las criaturas; su eterno poder y divinidad.
>
> *(Rom 1, 20)*

1. Transición de los dones prácticos a los intelectuales

Hemos concluido la parte moral de nuestro estudio. Con el don de consejo ponemos punto final al aspecto práctico que significan en nuestra vida los dones de temor, piedad, fortaleza y consejo. Todos ellos constituyen una especie de intendencia destinada por el Espíritu Santo a poner paz en nuestro mundo interior. Así protegidas, las potencias superiores de nuestra alma —el entendimiento con la fe y la voluntad con la esperanza y la caridad— podrán desarrollarse en paz creciendo en el amor de Dios.

Ahora debemos remontarnos al origen del que proceden las inspiraciones del Espíritu Santo. Al elevarnos al principio mismo de la vida divina, renovaremos nuestras energías y, por medio de la fe y la caridad, entraremos en una más íntima relación con Dios: el Espíritu divino alimentará nuestra fe

con el entendimiento y la ciencia, y nuestra caridad con la sabiduría.

Vamos a tratar de penetrar, pues, en el reino de Dios, en un mundo espiritual regido por nuestro trato directo con Él. Al estudiar los dones prácticos, nos ocupábamos de las relaciones con los hombres y con nosotros mismos; tratábamos de captar toda la perfección que Dios ha puesto en ellos por la influencia del Espíritu Santo; y ahora vamos a contemplar la profundidad que, por el impulso del mismo Espíritu, han de alcanzar la fe y la caridad.

Las virtudes morales prácticas encuentran su principio rector en nuestras relaciones con Dios. Cuando dentro de ese orden moral tratamos de llevar a cabo una acción, damos una mayor cabida en nuestras vidas al amor divino: atendemos en primer lugar a sus exigencias y, obedeciéndolas, concretamos nuestro deber. Así se desarrolla el juego de nuestra vida cristiana en el terreno de las virtudes morales y en el de nuestras relaciones con los hombres y con nosotros mismos.

Nuestra vida teologal sigue otro ritmo. Con el impulso de la fe y de la caridad nos remontamos hasta la vida misma de Dios y llevamos a cabo las obras reservadas a Dios: conocerle tal y como Él es y amarle en proporción a ese conocimiento. Por misericordia de Dios —que nos hace participar de su naturaleza y de su poder— tratamos de vivir nuestra vida divina como hijos que imitan a su padre. Este es el papel que desempeñan la fe, la esperanza y la caridad.

La fe es la virtud que nos hace asentir a las verdades concernientes a Dios contenidas en la Revelación, especialmente en la de nuestro Señor Jesucristo. Convencidos por la fe de que Dios es tal y como nos lo enseña la Revelación, entramos en relación con Él por un acto análogo al de Dios al contemplarse a Sí mismo y semejante al de los ángeles y santos en el cielo. No hay dos verdaderos Dios: el del cielo y el del Evangelio. Y, cuando creemos en el Evangelio, entablamos una relación de conocimiento con el Dios del cielo. ¡Qué valioso bien representa esa luz sobre el que un día será nuestra dicha! Ya somos dueños de la sustancia de lo que esperamos y que la fe pone a nuestro alcance. Gracias a ella, nos apoyamos en el testimonio del mismo Dios, que es la Verdad. En el *Adoro te devote,* Santo Tomás canta: «Creo todo lo que ha dicho el Hijo de Dios».

Al ser una perfección de nuestra naturaleza humana —no podemos creer en contra de nuestra razón—, la fe recurre a argumentos que nos ayudan a creer. Eso es apologética, pero no fe. La filosofía y la apologética han de convencernos de que, al hacer un acto de fe, hacemos una cosa razonable, y nada más. Después *hay que creer*, y creer de un modo absoluto, porque el objeto de nuestra fe nos ha sido revelado. Tenemos el testimonio de Dios para motivarla: *Dios lo ha dicho*; y Dios, por medio de la gracia, confirma en nuestro interior que es así. Como afirma San Juan: «Quien cree en el Hijo de Dios tiene el testimonio en sí mismo». Un niño bauti-

zado, cuando llega a la edad de la razón, cree naturalmente como si estuviera a plena luz. El testimonio interior de Dios inclina nuestro corazón y nuestra mente a creer. Este testimonio es el verdadero motor de la fe.

Por otra parte, como la fe es una virtud para esta vida —durante la cual nos dirigimos al cielo—, lleva consigo cierta dosis de oscuridad; es como una lucecita que nos guiara en un lugar tenebroso: aún no hemos llegado a la patria de la luz, la contemplamos de lejos... Desde un punto de vista intelectual esta oscuridad nos deja insatisfechos, pues querríamos ver claramente; nos resulta penoso obedecer incesantemente a la fe a costa de actos repetidos de la voluntad, en lugar de gozar de plena luz. ¡Qué bueno sería ver! Sin embargo, no debemos ver, pues aún estamos en camino y hemos de merecer mientras lo recorremos.

De todo esto se deduce que en nuestra fe no hay dudas —nos adherimos a ella firmemente—, sino cierto titubeo; experimentamos un movimiento de vaivén y la mente no es capaz de quedarse fija en su objeto. (Santo Tomás emplea el término *cogitatio* para describir esa agitación, ese vaivén de nuestros pensamientos.) Esto explica que durante la oración nos veamos sometidos a las distracciones, a esas huidas de la mente que no hemos de atribuir únicamente al descuido, sino también al hecho de que no la hemos *fijado*. Nuestra contemplación no tiene nada que ver con la contemplación definitiva. Si, como los ángeles, pudiéramos contemplar la esencia divina, todo sería distinto, pero el objeto de nuestra contemplación tiene algo de desconcertante

para una mente hecha para ver, que intenta ver y no ve. En definitiva, la fe lleva en su naturaleza una parte de oscuridad, y nosotros hemos de asumir que sólo con su luz podemos ver a Dios ahora, que en el cielo recibiremos la luz de la gloria en una visión dichosa, y que en la tierra nos retienen las ataduras de nuestro cuerpo.

3. Necesidad de los dones de ciencia y de entendimiento

La fe plantea otras dos dificultades que la ciencia y el entendimiento tienen la misión de superar.

La primera estriba en que la fe, luz sobrenatural, *sobrehumana*, está enraizada en nuestra razón *humana*, a la que perfecciona, pero de la que recibe un contragolpe. Nuestra razón no está hecha para el infinito y debe adquirir sus conocimientos a través de los sentidos, a los que está unida. Los sentidos la informan sobre las cosas materiales, visibles, de las que debe extraer los conceptos más espirituales. Las cosas sensibles y las evidencias de nuestra razón relacionadas con lo visible y comprensible atraen nuestro espíritu y, absorbiéndolo, llegan a desviar su mirada. Tras el entendimiento, las criaturas atraen también nuestro corazón, que se apega a ellas considerándolas hermosas y buenas y, en consecuencia, se desvía del verdadero amor. Entonces, el papel de la pobre fe, que habla de cosas invisibles, se hace muy difícil. Pues bien, el don de ciencia viene a poner remedio a esa situación.

La segunda dificultad nace de la Revelación, de

sus dogmas; la forma humana en la que se expresan nos impide captarlos satisfactoriamente; la Sagrada Escritura trata de elevar nuestros pensamientos todo lo posible a fin de encerrar lo divino en conceptos humanos, pero no somos capaces de comprender perfectamente su lenguaje ni llegamos hasta el fondo. Si es difícil captar el significado de una parábola, más difícil aún es entrar en un misterio —el de la Encarnación, por ejemplo— a pesar de las explicaciones de la teología. Lo admiramos, vemos lo magnífico que sería comprender algo de él, pero somos incapaces de penetrar hasta la raíz que se oculta bajo la corteza de la letra. Nuestra fe está obstaculizada por unos conceptos de origen humano que no pueden expresar la realidad divina. De ahí se deduce la necesidad de un don que nos introduzca en el núcleo del misterio. Y este don es el de entendimiento.

4. El don de ciencia

Esa obsesión que incluso el creyente más sincero experimenta por las criaturas —objeto natural de su conocimiento— hace necesario el don de ciencia: vemos las cosas de este mundo, pero no a Dios, y nos sentimos atraídos por ellas y tentados de abandonar la contemplación divina.

¡Cómo ocupan nuestro pensamiento las criaturas y cómo nos dejamos atrapar por su falsa ciencia! Algunos creen que pueden explicarlas al margen de Dios porque poseen la ciencia equivocada de las criaturas; otros opinan que el hombre es intrínseca-

mente bueno, que no existe en él la culpa original, que no tiene por qué purificar su corazón y que, como la naturaleza es buena, podemos entregarnos a su atractivo con entera libertad y disfrutar de ella todo lo posible. Los hay que únicamente ven el mal y piensan que, si Dios existiera, no permitiría calamidades terribles como la guerra, la peste, el hambre, la miseria, las enfermedades y los sufrimientos de todas clases. Otros admiten la existencia de Dios, pero creen que ciertas cosas escapan a la divina Providencia, como la libertad y todo lo que depende de ella. De este modo pretenden sustraer al hombre y a la sociedad del gobierno divino.

El poder de seducción de la naturaleza es la causa de la fascinación que produce; la parte de bien que hay en ella nos atrae; tenemos ansias de felicidad y las criaturas nos dicen: nosotros somos la felicidad. Entonces sentimos la tentación de aferrarnos a ellas y de olvidarnos de Dios. ¿Acaso huimos completamente del materialismo? ¿Ocupan los bienes de este mundo un lugar preferente en nuestros pensamientos? Los tenemos siempre presentes y, al concederles demasiada importancia, apartamos nuestros pensamientos de Dios o, por lo menos, estos se vuelven más lejanos y confusos. A pesar del testimonio divino, el ansia de lo creado es un obstáculo para la fe en su camino hacia Dios. El hecho de que los objetos materiales nos atraen, cautivando nuestra alma y nuestro corazón, es una realidad.

El Espíritu Santo ve peligrar nuestra fe a causa de esas obsesiones: desea liberarnos y lo hace a través del don de ciencia. Esta es la razón de su existencia: la de hacernos concebir una idea adecuada

sobre las criaturas con objeto de que no supongan una traba, y a fin de que no obstaculicen nuestra fe, sino que sean un apoyo para ella.

5. Los dos aspectos del don de ciencia

Por medio de una primera moción del don de ciencia, el Espíritu Santo nos hará comprender interiormente el vacío, la insignificancia y la vacuidad de las criaturas, así como el gozo de rechazarlas. No es, por supuesto, la cumbre de la contemplación, pero es la primera etapa y, bajo su luz, las cosas que nos retenían aparecen sin valor alguno. Las grandes conversiones se operan gracias a ese sentimiento de la vanidad de los bienes de este mundo. Después de entregarse a los amores de esta tierra, San Agustín volvió a la fe a través de los deseos de felicidad que Dios había infundido en su alma; comprobó la escasa satisfacción que encontramos en este valle de lágrimas. ¡Es todo tan corto y son tan amargas las alegrías del pecador!

Este es, pues, el primer fruto del don de ciencia: hacernos conocer el vacío de las criaturas. Y nos va instruyendo a través de los acontecimientos de la vida, las desgracias y los duelos: un amigo que nos traiciona, una fortuna que desaparece, la muerte de una persona amada... nos enseñan lo que es el hombre. San Agustín perdió a Alipio, su amigo más querido, y las decepciones le acercaron a Dios hasta el punto de agradecerlas, como lo demuestran patentemente las *Confesiones*. ¡A aquellas decepciones debía su felicidad!

El alma que sabe que no ha de esperar nada de las criaturas adquiere la gran ciencia del Espíritu Santo. Nuestro Señor preparaba la santidad de Santa Catalina de Siena diciéndole: «Tú eres la que no eres».

El primer fruto de la ciencia que nos inspira el Espíritu Santo es, pues, el de conocer la brevedad, la pequeñez y la inutilidad de las cosas terrenas y su incapacidad para saciar nuestro corazón, ávido de felicidad. Cuando hayamos adquirido esa ciencia, estaremos libres de las ataduras de los bienes perecederos y podremos refugiarnos en Dios.

Las criaturas son nada, al menos *por sí mismas*. Sin embargo, son dueñas de lo que han recibido: existen, son hermosas, poseen belleza, bondad y valor. El mundo es reflejo de algo que le viene de fuera, y ese sentido de la belleza, el auténtico significado de dicho reflejo, es lo que nos enseña el don de ciencia: ese es el fruto de su inspiración.

Hemos de profundizar en lo que nos dicen las criaturas: «Los cielos pregonan la gloria de Dios» (Sal 19, 2). Contemplando los astros en el esplendor de una noche estrellada y ante ese maravilloso mundo, pensamos en que uno de ellos se levantará temprano, como a diario, para darnos luz y calor. Y pensamos también que todo ello es obra de una inteligencia infalible y que sus designios ocultan una bondad sin igual. El mundo se hace así transparente y nos descubre la inteligencia y bondad divinas.

En las acciones generosas de las almas vemos el reflejo de una belleza moral superior. Y, si son almas piadosas, nos ofrecen una forma de transparencia de Dios.

Lo mismo ocurre con la historia de la humanidad. La Providencia conduce todo a su fin, mantiene a flote al justo, castiga al malo y sostiene al débil. Esta conducta admirable, ignorada por muchos, transportaba de admiración a San Agustín: el consejo de Dios le manifestaba su sabiduría a través de los acontecimientos de la historia. Contemplando su propia vida y en lo que había desembocado, exclamaba: «Señor, Tu mano derecha me guió».

Ese es un fruto más del don de ciencia: hacernos ver la huella de Dios, su omnipotencia y su divinidad a través de las cosas creadas: la naturaleza, los acontecimientos, las almas y las cosas invisibles que nos desvelan.

6. El don de ciencia en nuestro Señor Jesucristo

Nuestro Señor poseía esa ciencia, como los demás dones, en grado sumo. Conocía la insignificancia de las cosas y oía alzarse la voz de la naturaleza proclamando a su Creador.

Cuando en el Evangelio nos describe al hombre que obtiene una cosecha tan abundante como para hacerle pensar en ampliar sus graneros y dedicarse luego a la buena vida, añade: «¡Insensato! Esta misma noche te pedirán tu alma. Y lo que has preparado, ¿para quién será?». En otra ocasión, hablando del fin del mundo, nos dice que llegará como un ladrón y nos muestra aniquiladas las ciudades de Sodoma y Gomorra. Tiene la visión de la vanidad de las cosas humanas, de la nada del mundo.

Jesús ve también a Dios a través de las criaturas: en el Sermón de la Montaña evoca a los pajarillos que ni siembran ni siegan o a los lirios del campo que tampoco hilan. Y trasciende este espectáculo a la imagen del Padre celestial cuya bondad para con todos los seres inferiores brilla a sus ojos.

Cuando Dios nos concede esta visión del mundo, todo conspira a favor de la fe. San Francisco de Asís —que incluso en su cuerpo se parecía al Señor— descubría cosas magníficas en el agua y en el fuego; pájaros y astros lo fascinaban y veía el rostro de su Padre celestial en todo lo creado.

Esta actitud es un regalo de Dios a las almas santas; la naturaleza es una ayuda en lugar de ser un obstáculo; la humanidad, con todos sus encantos, se convierte para ellas en motivo de alabanza al Señor. Ese es un fruto más del don de ciencia.

* * *

El espíritu de ciencia nos inspira, pues, una nueva visión de las criaturas. En primer lugar, al dejarnos ver su contingencia y su dependencia de Dios, nos demuestra su nada y su incapacidad para satisfacer nuestros anhelos; las criaturas no son nada por sí mismas. En segundo lugar, su perfección es un reflejo de la perfección de Dios. Si las consideramos así, estaremos protegidos de sus trampas y al mismo tiempo nos veremos conducidos por ellas hacia el Señor.

Esta ciencia es el inicio de la contemplación más elemental, no la más elevada. Una contemplación que, aunque se queda en el plano de las criaturas,

nos eleva para buscar el rostro del Señor, gracias a la comunicación del Espíritu de Dios que se refleja en ellas. El don de ciencia dota a nuestra fe de un movimiento vertical que, partiendo de las criaturas, nos dirige al Creador.

Entre los favores de la oración, Santa Teresa de Jesús distingue el que llama la primera oración *sobrenatural*: el recogimiento. Esto no significa que la meditación o la «simple oración de la fe», en palabras de Bossuet, no sea sobrenatural, sino que en la oración llamada de recogimiento no controlamos nuestros pensamientos y es Dios quien actúa en nosotros. Santa Teresa enseña que, tras salir de su castillo interior, el alma vagabundea por prados, entre flores... Después de sentir un desasosiego indefinible, oye el dulce silbido del Señor del castillo y, al volverse, se ve transportada hacia él en las alas de su mismo malestar. La santa nos describe sencillamente el efecto de la inspiración del Espíritu Santo correspondiente al don de ciencia. El Espíritu Santo, con quien debemos tener un trato íntimo, nos desprende de las criaturas, nos deja oír su llamada y, por medio del recogimiento, nos sitúa en el primer peldaño de los estados sobrenaturales de la oración.

Tales estados constituyen el más alto grado posible de unión con Dios en la tierra y son el origen por excelencia de ese don de ciencia que nos introduce en el jardín, que nos aparta de las criaturas y nos hace subir hacia Dios mostrándonos el reflejo de su belleza y su bondad en todas las cosas.

X. BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN

> Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados.
>
> *(Mt 5, 4)*

1. Lágrimas benditas

Las lágrimas que son un don del Espíritu Santo no son las que derraman los desdichados a causa de su dolor. Pensamos acertadamente que los que lloran en esta vida serán recompensados por Dios, pero, aun así, es preciso que esas lágrimas sean meritorias. No hay un diploma de consuelo para unas lágrimas que pueden ser de disgusto, de dolor, de desesperación o de amor propio herido. Esas lágrimas, derramadas por razones meramente naturales, no comportan recompensa. Es cierto que las penas merecen cuando las soportamos por amor a Dios; sin embargo, esas lágrimas —aunque meritorias para la fe— no son las mismas que las que son fruto del don de ciencia.

La ciencia que el Espíritu Santo inspira a los que amamos a Dios es la ciencia de la pequeñez, la insuficiencia y la corrupción de las criaturas. Se trata, en primer lugar, de un movimiento de rechazo hacia ellas; después, ese movimiento se orienta, lógica-

mente, hacia Dios. Esta segunda ciencia, que nos hace ver al Creador a través de las criaturas, es la auténtica ciencia de lo creado, la que nos hace elevar continuamente la mirada hacia Dios.

Al profundizar en la insuficiencia de las criaturas y en los bienes engañosos que representan, algunas almas se sienten impulsadas —por obra del Espíritu Santo— a descubrir que esa pequeñez y esa maldad las llevan a apartarnos de Dios. Tales almas saborean también la relación de las criaturas con Dios y, como dice San Pablo (Rom 1, 20), por ese camino pasan de las cosas visibles a las invisibles.

2. La bienaventuranza de los que lloran y el don de ciencia

El primer cometido de esta ciencia es, pues, el de hacernos experimentar la vacuidad de las criaturas y los males que nos acarrea su hechizo.

Hay almas que lloran ante este panorama: son las lágrimas de los conversos. Gracias a una moción del Espíritu Santo, comprenden que ciertas cosas insignificantes les han cautivado y que se han equivocado al buscar en ellas su felicidad. Entonces, se arrepienten de su aberración y lloran sus errores. Las personas que han profesado doctrinas falsas experimentan una gran amargura a causa de esas ideas, de esos criterios morales sin Dios, o de unos conceptos cargados de sensualidad a los que se adhirieron intelectualmente. Y lo que entonces reflejaron en sus escritos es ahora para ellos una fuente de lágrimas. Haciendo el relato de su conversión, el

P. Gratry nos dice que cuando, aún estudiante, vio desvanecerse todo lo que consideraba su felicidad, rompió a llorar exclamando: «¡Oh Dios, Dios!».

Junto a los intelectuales están todos los que se dejaron arrastrar por el corazón y se revolcaron en el fango. ¡Qué gritos, qué llantos al pensar en lo vergonzoso de sus caídas, en los años desperdiciados y también en el Dios al que han ofendido!, ese mismo Dios que les inspira tales sentimientos. Podríamos citar aquí las lágrimas de María Magdalena que, por otra parte, tenían un origen más complejo. Ella, tan miserable, lloró al ver en Cristo la resplandeciente belleza moral que procedía de la Santísima Trinidad. San Pedro, que sucumbió ante el miedo y prefirió salvar la vida antes que defender la de su Maestro, lloró amargamente su traición. Cada pecador que se convierte derrama esas lágrimas.

Nosotros mismos, aun careciendo de esas experiencias, experimentamos un sentimiento de tristeza que puede llegar a las lágrimas viendo que hemos estado apegados a unas frivolidades a las que podemos llegar a apegarnos de nuevo.

El Espíritu Santo nos inspira la ciencia de la vanidad de los falsos bienes, y debemos permanecer bajo su influencia: no evitar nuestras lágrimas, sino cultivarlas, porque son saludables y nos apartan del mal. Lloremos —no con lágrimas materiales, sino con las del corazón— nuestras infidelidades, el tiempo perdido... Son lágrimas puras que pueden formar parte de la oración; representan el primer paso, el comienzo de la oración sobrenatural de «recogimiento». Las «lágrimas» pertenecen a esta etapa.

Hay, además, otra clase de lágrimas: lloramos

cuando vemos con absoluta claridad la brevedad de la vida. Esto suele ocurrir con motivo de una desgracia, que nos derriba y nos muestra la vacuidad de la brillante fachada que ocultaba la realidad divina. Quizá con ocasión de un fallecimiento consideramos la brevedad de la vida y pensamos en la muerte. Entonces captamos la realidad de nuestra nada y, al comprender que todo acaba, nos invade un profundo sentimiento de melancolía. ¡Así que esto es la vida!, exclamamos. Esa magnífica persona gozaba de todo el encanto de la juventud, la fortuna y la belleza: todo ha desaparecido..., y mañana nos llegará el turno. ¿Qué soy yo? ¿Qué es el hombre? Y brotan las lágrimas, lágrimas que los conversos y las almas piadosas saben muy bien que proceden de Dios; en la tristeza que produce la insignificancia de las cosas creadas encuentran un motivo para apartarse de ellas y volcarse en Dios. Las lágrimas de los enlutados y de los desdichados son un fruto más de la ciencia que el Espíritu Santo nos inspira.

En la visión de la locura del mundo encontramos también el origen del llanto. Las almas que aman a Dios experimentan una infinita compasión ante la búsqueda universal del vacío. El mismo sentimiento del Señor cuando veía a las masas guiadas por los fariseos y se compadecía de ellas como de las ovejas sin pastor: «Siento compasión de esta gente» (Mc 8, 2). En esas palabras adivinamos una lágrima. Y en otra ocasión, contemplando la ciudad de Jerusalén desde el monte de los Olivos, lloró sobre ella: «¡Oh Jerusalén! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus pollue-

los... no quedará aquí piedra sobre piedra!»; unas lágrimas de dolor a causa de la impiedad y la ingratitud de su patria.

Están también las lágrimas de los apóstoles, de los que ansían convertir a las almas. Su deseo de hacer el bien les hace percibir en mayor medida la miseria de los pobres hombres. Santo Domingo lloraba con frecuencia y su rostro solía expresar cierta tristeza. Contemplando una ciudad, pensaba en los pecadores que albergaba, en los que sólo consideraban como verdaderos los bienes creados. Su compañero Bertrand de Garigue lloraba frecuentemente sus pecados, hasta que un día Santo Domingo le dijo: «Ya está bien; llora ahora por los pecados de los demás». Pensaba que no hay nada tan fecundo como el llanto por el pecado que hiere a las almas. Es la prueba de que se conoce bien ese mal y de una ardiente caridad, ávida de sacar del fango al pecador.

Hay lágrimas que nacen de las penas que Dios nos envía; penas físicas o morales que a veces duran mucho tiempo o no nos abandonan; enfermedades que nos impiden hacer el bien; el mal de los que amamos —en especial si ofende la ley divina— y que somos incapaces de remediar. También existe ahí una comunicación del don de ciencia. A la vista de nuestros padecimientos, palpamos la insignificancia de nuestro ser; vemos lo poco que contamos; que Dios no necesita de nosotros, y los sufrimientos de los que nos rodean nos muestran su pobreza y lo mucho que necesitan de Dios. Lloramos, y las lágrimas nos impulsan a volvernos hacia Él en busca de consuelo. Somos impotentes y sólo Dios podrá sal-

var de la miseria humana a los que amamos y a nosotros mismos.

Al hacer oración no hemos de temer llevar a ella nuestras circunstancias personales. El tema principal de la oración es Dios y, por eso, usamos un libro que nos habla de Él; leemos el Evangelio para escuchar sus palabras y descubrir sus perfecciones; pero también nosotros, nuestra miseria y la miseria de los demás constituyen unos excelentes temas de meditación. Esos pensamientos son el comienzo; nos introducirán en la oración y nuestras lágrimas se convertirán en gozo; son lágrimas saludables que nos acercan a Dios, porque brotan de un corazón que siente, hasta el dolor, la miseria de las criaturas.

He aquí un primer aspecto; un aspecto esencial de esta ciencia que invita a recorrer la vía purgativa, esa fase de la oración en la que, a través de un sentimiento de dolor, nos purificamos de nuestro desgraciado apego a las criaturas.

El Espíritu Santo nos inspira aún otro sentimiento con respecto a ellas. Es el segundo aspecto del don de ciencia: hacer que las criaturas transparenten el rostro de Dios: a la vista de los beneficios que recibimos nosotros y los que nos rodean, no podemos dudar de que Él se oculta tras el velo de las cosas a las que da esplendor.

Esto nos cautiva. Sin embargo, el alma puede sentir la influencia de Dios, pero no puede verle. Escucha su llamada, pero sólo puede esperarle. Y este es un nuevo motivo de dolor. El alma busca a Dios en la noche de los sentidos, sigue sus huellas suspirando como la Esposa que en el *Cantar de los Cantares* busca al Amado. Llora de angustia:

¿dónde estás, Señor, que no te veo? Es otra clase de oración caracterizada por unas lágrimas que no son ya de arrepentimiento, sino las lágrimas angustiadas del deseo. Vemos a Dios, pero de un modo incompleto. Lo sentimos, pero no podemos reunirnos con Él. Cuando la Santísima Virgen lo encontró en el Templo, le dirigió este reproche: «Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? Tu padre y yo, angustiados, andábamos buscándote» (Lc 2, 48). La Esposa busca a su Dios como la Madre a su Hijo: llorando.

Las lágrimas que derraman las almas incapaces de descubrir a Dios, a pesar de sus esfuerzos por conseguirlo, son también fruto del don de ciencia que nos da a conocer a Dios lo suficiente como para acercarnos a Él, pero sin revelarlo. Esta es la primera noche del alma. La Esposa busca al Amado en la noche, comprende que Dios está detrás de un velo translúcido, pero ella continúa encerrada en una especie de círculo sin más horizonte que las criaturas; vive en medio de la oscuridad; el Espíritu Santo le inspira el deseo de no apegarse al mundo; los sentidos le resultan inútiles; ve a las criaturas, pero sólo le importa Dios; y obliga a sus sentidos a permanecer en la noche. Es realmente doloroso tener sentidos y no valerse de ellos: criaturas engañosas, dice el alma, decidme dónde está el Dios que busco. Y llora.

3. El don de lágrimas y la experiencia cristiana

Estas cuestiones, aunque extraordinariamente elevadas, están presentes en nuestra vida. En algu-

nos momentos el alma conoce y saborea esa ciencia: las criaturas nos permitían ver a Dios lo suficiente como para desearlo, pero no lo bastante como para entregárnoslo; contemplábamos unas imágenes incapaces de colmar nuestros deseos. Los israelitas tampoco veían al Mesías más que a través de imágenes: el cordero pascual, la roca (que simboliza a Cristo de donde brota el agua viva: la gracia), etc.; pero, aunque el Mesías significaba para ellos la esperanza, se interponía un velo; del mismo modo, las criaturas nos revelan a Dios y nos lo velan. Esta búsqueda, llevada a cabo en el «valle de lágrimas», es una excelente oración, una búsqueda dolorosa mantenida por la esperanza de que el velo llegará a rasgarse y poseeremos a Dios.

Las lágrimas se relacionan, pues, con esta doble ciencia: la de la existencia efímera, la vanidad y la corrupción de las criaturas, y la capacidad de esas mismas criaturas para conducirnos a Dios.

En el alma de San Agustín florecen ambas ciencias. Ya convertido, pero aún catecúmeno, se sienta en un oscuro rincón de la catedral de Milán para escuchar las graves melodías de San Ambrosio; repasa su vida; piensa en la miseria que lo envolvía, en el pueblo persiguiendo a dioses falsos y también en las criaturas que le llevan a Dios: en su santa madre, en la que percibe cierto reflejo de la divinidad, y en San Ambrosio, que representa para él la santidad. Y rompe a llorar amargamente: «Aquellas lágrimas fueron buenas para mí», nos dice. Conducido por el Espíritu Santo empezaba una nueva vida, recogiéndose entre las lágrimas vertidas sobre la pequeñez de las cosas de la tierra y sobre su pro-

pia desgracia al entregarse a ellas; lágrimas de agradecimiento por los favores que Dios le concede y que le acercan a Él. Ahí captamos el poder de las gracias que el Espíritu Santo nos concede al inspirarnos la auténtica ciencia de las criaturas, mostrándonos su profunda vacuidad y la relatividad de su sentido. Y, con su luz, nos aparta de ellas para llevarnos al Creador.

XI. EL DON DE ENTENDIMIENTO

Justos son tus consejos; haz que los entienda y viva.

(Sal 119, 144)

1. Necesidad del don de entendimiento

El don de entendimiento es muy distinto del don de ciencia. Ambos responden a diferentes dificultades de nuestra fe.

Nuestra fe, que es la convicción de las cosas divinas infundidas en nosotros de un modo sobrenatural, está enraizada en una razón que tiene en las criaturas su objeto natural y que puede elevarse hacia Dios, aunque siempre en función de las criaturas. Así, la razón llama a Dios «Creador y Providente» y, como las criaturas están en la base de esa afirmación, se ve obligada a pasar de lo visible a lo invisible. De ahí la necesidad de un perfeccionamiento de esa fe que la aparte de la seducción de las criaturas y la ayude a descubrir en ellas un camino hacia Dios. El don de ciencia asegura tal perfeccionamiento.

Esta no es la única dificultad. Las cosas divinas son indescriptibles y Dios es inefable. La Encarnación, la Redención y, sobre todo, la Santísima

Trinidad, sobrepasan infinitamente nuestra razón. ¿Cristo? El misterio del Verbo encarnado nos abruma de tal modo que no podemos pensar en él sin estremecernos. El punto de vista de Dios sobre el comportamiento del mundo, la conducta de las almas, el mal que permite, la predestinación de los elegidos, etc., plantean problemas a la fe. Y, para alcanzar estos conocimientos, contamos solamente con el pobre lenguaje humano. ¿Cómo *expresar lo inexpresable*? Se deduce que Dios, al revelarse, ha de emplear conceptos humanos. Cuando estudiamos los términos en los que se contiene la fe, nos quedamos en la superficie del misterio, sobre todo si el uso ha desgastado su sentido o si, al no estar familiarizados con ellos, los tomamos en un sentido vulgar. De ahí la necesidad de un don nuevo que nos haga atravesar la corteza de la revelación para llegar hasta la médula: y este don es el de entendimiento.

2. Definición

El entendimiento es el sentido de lo divino, captado no en las criaturas, como hace la ciencia, sino en la revelación y en la doctrina de la Iglesia, que son ambas como una irradiación de Dios. El Espíritu Santo, para el que nada hay oculto, y «que escruta las profundidades de Dios», comunica una participación de su inteligencia y de su poder de comprensión a todos lo que forman un solo espíritu con Él por el amor; no se revela de nuevo, sino que hace brillar con luz nueva todo lo que ya ha sido revelado.

Hemos leído cientos de veces una frase del Evangelio sin llegar a captar su significado; por ejemplo, la siguiente: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito» (Jn 3, 16). La aceptábamos con una fe ciega, pero sin profundizar en ella. Y un día, al tomarla como tema de nuestra meditación, aparece ante nuestros ojos con una luz nueva: «Dios...» y nos detenemos, nos introducimos en su hermosura y grandeza infinitas. «Dios amó...» y la palabra amó referida a Dios nos parece tan bella... ¿Qué ama?: el mundo; ese mundo tan pequeño, tan insignificante y tan pecador. Lo ama tanto que le entrega —sí, *entrega*— a su Hijo único, que vive en la intimidad del conocimiento y amor del Padre y del Espíritu.

¡Qué amor insondable! Dios vive en el amor; ama a su Hijo profundamente y le entrega a una muerte en la cruz. ¿Por qué «a este mundo»? Porque lo ama: y así volvemos a ese amor vivo y misterioso. La frase es ahora clara y, como de un fruto maduro que se abre, brotan de ella unas ideas que no habíamos percibido.

Esto es obra del don de entendimiento. *Escruta a fondo*; supera el conocimiento de la fe, que busca, que se adhiere firmemente, pero que se detiene en la superficie, deslumbrada ante la magnitud de las cosas. Sigue siendo la fe, pero iluminada ahora por el entendimiento del Espíritu Santo. Gracias a este don, una fuerza secreta del entendimiento divino pasa a nuestra fe.

Esta manifestación del don de entendimiento no supone un simple aumento de los conocimientos ordinarios. Es un entendimiento *cordial*, que siente

más que ve, que nace del corazón tocado por el Espíritu Santo. Gracias a este gusto por las cosas divinas profundizamos aún más en los misterios de la fe: «Gustad y ved» (Sal 34, 9). El gusto y la mirada se aúnan en una mirada impregnada de amor. Gustamos, saboreamos cosas que ya conocíamos, pero que el Espíritu de amor, con el don de entendimiento, nos ayuda a captar. Así nos introducimos en el interior de los misterios. Este don era necesario para remediar la frialdad, la desatención y la escasa profundidad de nuestra fe, que ahora se encuentra completada por la irradiación del Espíritu Santo.

3. Manifestación del don de entendimiento

El don de entendimiento aparece de un modo palpable en ciertos momentos de la vida de Jesús, especialmente cuando instruye a sus apóstoles. El Evangelio nos muestra la continua lucha del Señor frente al entendimiento de los discípulos. Ellos creían en su Maestro, lo habían abandonado todo por Él y le demostraban sus sentimientos de devoción; sin embargo, ¡qué poco avanzaban en el conocimiento de los misterios divinos! Creían en un Mesías temporal, ilusión que conservaron hasta el fin. La madre de los hijos del Zebedeo, lo mismo que ellos, no veía en el reinado de Jesús más que dos buenos puestos para sus hijos. Y el Señor les responde: «No sabéis lo que pedís» (Mt 20, 22). Por medio de una parábola les describe el reino de Dios, pero los discípulos insisten: Explícanoslo, Señor. «¿Tampoco vosotros entendéis?», reprocha el Maestro.

En la Última Cena, después de la institución de la Eucaristía, le ruegan: «Muéstranos al Padre». Y Jesús responde: «Tanto tiempo que estoy con vosotros, ¿y no me has conocido, Felipe? El que me ve a mí, ve al Padre» (Jn 14, 9-10). Sin embargo, algo más adelante los discípulos le dicen: «Ahora sí que hablas claramente y no dices ninguna parábola». Indudablemente, habían recibido un chispazo del don de entendimiento. Pedro, a la pregunta del Señor: «¿También vosotros os queréis marchar?», responde: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna y nosotros hemos creído y sabemos que Tú eres el Santo de Dios». Sin embargo, no hablaba por sí mismo, sino que, como en otra ocasión, el Padre se lo había inspirado en un nuevo destello del Espíritu Santo. El don brilla con toda su fuerza en los Apóstoles después de Pentecostés; entonces los vemos ebrios del entendimiento de la Sagrada Escritura y de unos misterios divinos que predicaban con ardor.

También nosotros, como los apóstoles, materializamos la divinidad y el reino de Dios. Las pobres palabras que el Evangelio emplea para revelárnoslo van rodeadas de símbolos, y nosotros nos quedamos en la superficie o las aprovechamos para imaginar ideas extrañas sobre el reino de Dios, la vida cristiana o la santidad. ¡Cuántas almas permanecen en penumbra, sin vivir a fondo su vida cristiana, mientras dejan escapar las verdades más valiosas!

¿Qué podemos hacer?

En el entendimiento de las cosas divinas se dan diversos grados. Si deseamos lograr un conocimiento y un amor más intenso, tratemos de atrave-

sar la corteza que, bajo la apariencia de misterio, forman ciertos símbolos y signos que velan la presencia de Dios y su omnipotencia. Amamos en la medida que conocemos: la voluntad sigue al conocimiento. Si penetramos en los misterios del Amor, descubriremos a Dios tras los velos que lo ocultan. La caridad, guiada por la fe que mira con los ojos del corazón, es más fervorosa y más constante; y un intenso interés por el sentido divino de las Sagradas Escrituras nos dispone también para recibir el don de entendimiento.

Veamos cómo lo alcanzaba Santo Tomás a través de la oración. Meditemos, por ejemplo, el *Adoro te*: ¿Cómo llegar al fondo del misterio eucarístico? Ese misterio está velado; la mirada, detenida en las apariencias; la inteligencia, atónita. ¡Oh, si pudiéramos penetrar en el interior de la Eucaristía durante nuestras comuniones o delante del sagrario! Intentemos comprender cómo pasaba Santo Tomás de la fe al conocimiento: «Te adoro con devoción, Dios escondido, oculto verdaderamente bajo estas apariencias. A ti se somete mi corazón por completo, y se rinde totalmente al contemplarte». El alma desfallece: ese es el estado del creyente que contempla el sagrario y dice: ¡Es demasiado fuerte; duras son esas palabras!

«Al juzgar de Ti se equivocan la vista, el tacto y el gusto, pero basta con el oído para creer con firmeza; creo todo lo que ha dicho el Hijo de Dios; nada es más verdadero que esta palabra de verdad». Aquí están las causas de mis fallos: la vista —que me pone en contacto con todo—, el gusto y el tacto me confunden. Pero Tú has hablado: creo; tu pala-

bra es verdadera. Has dicho: «Esto es Mi Cuerpo». Es tu Cuerpo; no lo veo, pero me lo dice la Verdad misma y lo creo. De este modo profundiza el santo en el misterio.

«En la Cruz se escondía sólo la divinidad, pero aquí también se esconde la humanidad; creo y confieso ambas cosas, y pido lo que pidió el ladrón arrepentido». Siempre la fe afirmándose en contra de las dificultades.

«No veo las llagas como las vio Tomás, pero confieso que eres mi Dios; haz que yo crea más y más en Ti, que en Ti espere, que te ame». Sigue hablando el creyente: es la fe firme manifestándose como fe desnuda.

De repente, Santo Tomás se dirige a la Hostia Sagrada. «¡Oh, memorial de la muerte del Señor! Pan vivo que da la vida al hombre; concédele a mi alma que de ti viva, y que siempre saboree tu dulzura». Habla directamente y ya no expresa el esfuerzo por creer. Al contemplar el memorial de la muerte del Señor, entra en el corazón del Sacramento, en el centro del misterio. Pero aún ve las apariencias: el pan.

«Señor Jesús, bondadoso pelícano, límpiame, a mí, inmundo, con tu sangre, de la que una sola gota puede liberar de todos los crímenes al mundo entero». Santo Tomás avanza más todavía. Ve a Jesús derramando su sangre en la cruz; ve esa sangre de la que una sola gota puede salvar al mundo entero. Ya no se trata de fe desnuda; ahora es una fe que entra en el interior del misterio: una fe impregnada de conocimiento.

«Jesús, a quien ahora veo escondido, te ruego

que se cumpla lo que tanto ansío: que al mirar tu rostro ya no oculto, sea yo feliz viendo tu gloria». Señor, tengo sed de verte. Entre el deseo de ver a Jesús y la revelación de su Faz no hay más que un paso. Esta intensa fe está muy cerca de la puerta del cielo: basta que se descorra el velo y Jesús se mostrará.

Gracias al entendimiento, a la fe profunda, al gusto por lo divino, a esa mirada cordial, avanzamos hasta los límites del misterio. El peldaño siguiente sería el de la visión.

El don de entendimiento brilló especialmente en la vida y en la espiritualidad de Santa Catalina de Siena. Al hablarle, nuestro Señor lo hace como un maestro que presentara a sus alumnos unas verdades escuetas, pero plenamente evidentes. «Yo soy el que soy. Reconoce a tu Creador. Camina en mi presencia». Unas frases breves, sin razonamientos, palabras que revelan, que se entienden por intuición, captando de golpe su significado, como si el espíritu lo descubriera de un salto. En esas fórmulas descubrimos unos como axiomas de doctrina espiritual análogos a los filosóficos: el todo es mayor que la parte, es necesario que lo que es sea, etc. Sin embargo, la diferencia con los primeros principios de la razón estriba en que, en este caso, la intuición está velada. No vemos abiertamente, pero experimentamos continuamente. A través de un contacto que informa, pero que no deja ver, tenemos la certeza de unas inefables cosas divinas: nos adherimos por un gusto más que por el puro asentimiento de la fe desnuda.

4. Efectos del don de entendimiento

Podemos percatarnos de la serenidad que tal profundización proporciona a la fe. Cuando el Espíritu Santo nos envía la luz que nos lleva a la certeza, al sentido y al gusto por lo divino, nos sentimos serenos, tranquilos y firmes. Eso es la *quietud*. La fe no ha llegado aún a la visión beatífica, pero Dios nos envía un rayo de su luz; y no hay nada como el don de entendimiento para calmar al entendimiento.

Hasta este momento la oración era inquieta. Una lectura, una frase, una palabra, y se hace la calma: quedamos tranquilos durante unos días. Un pasaje del Evangelio que, de repente, se ilumina: «Si conocieras el don de Dios», o esta otra: «Es necesario que Él crezca y yo disminuya». Las conocíamos, pero ahora nos impresionan e influyen en nuestros actos. Estas intuiciones pueden surgir a propósito de casi todas las palabras de nuestro Salvador, de sus gestos, de sus actos, y a propósito de los sacramentos; nos conmueve la presencia de nuestro Señor en la Eucaristía, en el perdón de la Penitencia e incluso en la Unción de los enfermos. En todo eso descubrimos el maná oculto, la savia, la fuerza que necesitamos.

Cuando un alma vive habitualmente bajo la influencia del don de entendimiento, llega a lo que los místicos llaman oración de quietud, la oración del gusto por lo divino, como dice Santa Teresa. Serena y tranquila, bajo la inspiración del Espíritu Santo, el alma gusta y penetra en el sentido de la Sagrada Escritura, la doctrina de la Iglesia y el regalo divino de los sacramentos.

En esta profundización se dan grados marcados anticipadamente. Dios brilla en lo que nos ha revelado, especialmente en la Sagrada Escritura. Decimos que se refleja en las criaturas como en un espejo: sólo recibimos el rayo reflejado. Por eso decimos que, a través de las criaturas, subimos a Dios. En la revelación de Dios, el Hijo nos envía un rayo divino del Espíritu que incide directamente en nuestra fe para vivificarla.

Ahora bien, los objetos de la revelación no están todos situados en el mismo plano y algunos nos instruyen más que otros. Por ejemplo, determinadas parábolas del Evangelio nos presentan a Dios bajo un aspecto más cercano a las cosas de la tierra: un padre de familia, o un festín en el Reino. No vemos en ellas a Dios, su amor y sus atributos, con la misma claridad que en el Sermón de la Montaña, en el que las perfecciones del Padre se nos muestran directamente. San Juan nos transmite palabras y hechos con los que nuestro Señor se manifiesta o manifiesta al Padre con entera claridad: «Yo y el Padre somos uno» (Jn 10, 30). «El que me ve a mí, ve al Padre» (Jn 14, 9). Ahí palpamos el misterio de la Divinidad y de la Trinidad. Si meditamos atentamente el Sermón de la Cena —cuya parte más sublime es la revelación de la Santísima Trinidad— vemos que, de los cuatro evangelistas, San Juan es el que mejor nos desvela el misterio divino, el que nos hace penetrar con mayor profundidad *en el interior* de la fe.

Deberíamos seguir el sendero de luz que nos traza el apóstol empezando por las expresiones que están más a nuestro alcance, para remontarnos

luego a fórmulas más elevadas que se relacionan con los misterios de la divinidad. Por medio de esta gradual iluminación, y partiendo de las parábolas, llegaríamos a alcanzar la suprema revelación. Así se ha hablado de una oración *en espiral*, que adhiriéndose a las sucesivas manifestaciones divinas, llega a alzarse hasta las más elevadas para estar más cerca de Dios.

Esta es la oración según el don de entendimiento o el gusto de lo divino, en palabras de Santa Teresa. Adhirámonos a las lecciones del Maestro y el Espíritu Santo nos regirá con mayor precisión y nos comunicará algo de Él mismo. Si somos dóciles, lograremos entrar en la intimidad de Dios.

Empleemos nuestra inteligencia para colocarnos bajo la inspiración de la Luz de los corazones: nuestra fe ya no será investigadora o inquieta, sino serena, satisfecha y feliz; porque, aun permaneciendo entre las sombras del camino, dejará filtrar un rayito de la gloria que nos aguarda.

XII. BIENAVENTURADOS LOS LIMPIOS DE CORAZÓN

Bienaventurados los limpios de corazón,
porque ellos verán a Dios.

(*Mt 5, 8*)

Nuestros maestros relacionan el don de entendimiento con la limpieza de corazón. Para entenderlo, hemos de captar el sentido especial que adquiere el término «corazón limpio».

1. Nuestro corazón

Podemos entenderlo de dos modos. En principio, un corazón puro —en el que reina la virtud de la pureza— es el que está libre de afectos violentos o de pasiones amorosas desordenadas y, como consecuencia, se encuentra en la mejor disposición para recibir la palabra divina. «El malvado ha renunciado a ser cuerdo y a obrar bien», dice la Sagrada Escritura (Sal 35, 4). Los afectos malsanos repercuten en la inteligencia y, como nosotros juzgamos según las disposiciones de nuestro corazón, el hombre carnal, que no está adherido a las verdades divinas —porque hace un dios de sus placeres— no

es capaz de juzgar correctamente. Sin embargo, no podemos hablar con propiedad del don de entendimiento como remedio a la falta de pureza. Según Santo Tomás, este papel compete a los dones afectivos que operan en la parte apetitiva, especialmente al don de temor.

¿Qué entienden por pureza, pues, Santo Tomás y San Agustín? La palabra «corazón» tiene dos significados. Por una parte, se refiere al afecto, a la propensión a las cosas amables. Por otra, designa lo más profundo de nuestro ser. Este último aspecto es el que vamos a estudiar a continuación: el fondo del alma humana, su mentalidad profunda, la *mens* de los latinos, el espíritu y, especialmente, la inteligencia, que debe regir todo en el hombre, incluso la voluntad. Esto es una aparente paradoja, pero en realidad la inteligencia es el corazón del hombre, es decir, lo que hay en él de más profundo. Así pues, en ella hay que buscar esa bienaventurada limpieza de corazón, una pureza que, de hecho, lleva como consecuencia a la pureza de la voluntad y de los afectos.

La inteligencia humana puede no ser pura: dan lugar a ello las *imágenes* procedentes de los *sentidos* o el *error*. Según los Doctores de la Iglesia, la obra del Espíritu de entendimiento consiste en librarnos de los *fantasmas de la imaginación* que mezclamos con el objeto de nuestra fe y con los que envolvemos la persona de nuestro Dios, así como de los *errores* que podrían apartarnos, en la teoría y en la práctica, de la verdadera doctrina.

En determinados pasajes del Evangelio podemos descubrir esta acción purificadora. Jesús se aparece a los suyos en el lago de Genesareth (Mt 14, 25): en un primer momento le toman por un fantasma, pero Jesús les dice: «Soy yo». Pedro, profundamente emocionado, responde tímidamente: «Señor, *si* eres Tú, mándame que vaya a Ti sobre las aguas». No es una afirmación, pero su primera impresión ya ha cambiado. En ese grito hay más entendimiento que en el primero: «¡Es un fantasma!». Más tarde (Jn 21, 7), el Maestro se mostrará al borde del mismo lago y Juan dirá inmediatamente: «¡Es el Señor!». Aquí vemos la progresión gradual de la obra del don de entendimiento. «*¡Es un fantasma... Si eres Tú... Es el Señor!*».

Este es el modo de actuar del Espíritu Santo. Gracias a Él, nos desembarazamos de las ideas confusas o erróneas sobre las cosas divinas. Con un corazón puro las vemos, en la medida en que pueden ser vistas, tal y como son.

Como vicio opuesto al entendimiento tenemos la ceguera de espíritu. Es el estado del alma de los fariseos: «Son duros de cerviz», dijo de ellos San Esteban. Hombres cuyo espíritu está embotado por el orgullo; ciegos y guías de ciegos, porque no ven más que a ellos mismos, su excelencia y su poder sobre el pueblo. Nuestro Señor sembraba su doctrina, obraba milagros y, cuanto más se afirmaba, menos querían ver ellos. Una ceguera voluntaria e irremediable, que hace un dios de nuestro *yo*.

¿Pueden llegar a ser puros unos corazones como

esos? En la Sagrada Escritura tenemos ejemplos de grandes conversiones, pues Dios, en su misericordia y omnipotencia, ha transformado semejantes estados de alma. San Pablo, fariseo e hijo de fariseo, respirando únicamente persecución, gritará de repente: «Señor, ¿qué quieres que haga?». Es un milagro que nos muestra de un modo avasallador el poder del don de entendimiento y la bienaventurada pureza de corazón que sucede a la ceguera.

Con esa brusca acción de la luz que obra el milagro, contrasta la progresiva conversión de la buena voluntad que intenta instruirse y salir de su ceguera. También encontramos ejemplos en el Evangelio.

Veamos el conmovedor episodio del excelente fariseo Nicodemo (Jn 13, 1-21). Impresionado por la doctrina del Maestro, deseaba instruirse. No era muy valiente y fue a buscar de noche al Salvador. Sus primeras palabras recuerdan las capciosas de los fariseos: «Maestro, sabemos que has venido de parte de Dios, enviado como maestro, pues nadie puede hacer los prodigios que tú haces si no está Dios con él». En cualquier caso, trata de escapar de la ceguera de su raza. El Señor va a aclararlo todo, a purificar aquella mente de los burdos pensamientos que la embotan. «Quien no nace de nuevo, no puede ver el Reino de Dios». Nicodemo no entiende la frase, en la que no ve más que el sentido literal. «¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Acaso puede entrar de nuevo en el seno de su madre y después nacer?». Nuestro Señor empieza a revelarle el misterio: «Quien no nace del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios». Y le explica cómo se puede nacer del Espí-

ritu: «El viento sopla donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo nacido del Espíritu». Nicodemo entiende cada vez menos: «¿Cómo puede ser eso?». Nuestro Señor le da nuevas explicaciones y dice las palabras definitivas: «Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que crea en él no muera, sino que tenga vida eterna». En el Evangelio no consta el resultado de aquella entrevista, pero sabemos que Nicodemo y José de Arimatea se opusieron a la muerte del Salvador y que la Iglesia, en su martirologio, lo cuenta entre sus santos.

En el capítulo siguiente del mismo Evangelio (Jn 4, 1) tenemos un ejemplo parecido de esa falta de entendimiento acompañada de un matiz de malicia y coquetería: se trata del episodio de la Samaritana. El Señor, sentado al borde del pozo, le dice simplemente: «Dame de beber». La mujer responde: «¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?». Jesús insiste: «Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice dame de beber, tú le habrías pedido y él te habría dado agua viva».

Ella no quiere comprender: «Señor, no tienes con qué sacarla y el pozo es hondo; ¿de dónde sacas el agua viva?». Es la ceguera del espíritu que no entiende y que, en cierto modo, no quiere entender. «¿Eres acaso tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio este pozo?».

Jesús le responde afirmando su misión pública y le revela el misterio de la gracia: «Todo el que bebe de esta agua tendrá sed otra vez, pero quien beba

del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás, sino que el agua que yo le daré será en él una fuente que salta hasta la vida eterna». Entonces ella, sin duda bromeando, le replica: «Señor, dame de esa agua para que no tenga sed ni haya de venir hasta aquí para sacarla». Jesús le dice: «Anda, llama a tu marido y vuelve aquí». «No tengo marido». «Bien has dicho, responde Jesús, tuviste cinco maridos y el que ahora tienes no es tu marido. En esto has dicho la verdad». Le dice la mujer: «Señor, veo que eres profeta». Y añade: «Nuestros padres adoraron a Dios en este monte y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar donde se ha de adorar». «Créeme, mujer: llega la hora en que ni en este monte ni en Jerusalén adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salvación procede de los judíos. Pero llega la hora, y es esta, en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque así son los adoradores que el Padre busca. Dios es espíritu, y los que le adoran han de adorarle en espíritu y en verdad».

La samaritana comprende: «Sé que el Mesías, el llamado Cristo, está al llegar. Cuando él venga nos manifestará todo». La mujer no se esperaba la frase siguiente: «Yo soy, el que habla contigo». Deja su cántaro y va a buscar a sus amigos: «Venid a ver a un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho. ¿No será este el Cristo?». Por fin, su entendimiento está purificado del error, pero ¡qué admirable paciencia la de nuestro Señor para llevar la luz a ese corazón!

La maravillosa historia continúa. No hay que

creer que esas cosas no ocurren, sino que, por la vida de la gracia, se repiten en las almas cristianas que intentan profundizar en el misterio divino. La Iglesia lleva a cabo una incesante obra de purificación en su continuo ascenso hacia la pura luz.

Nuestras mentes parecen espejos deformantes. Sin embargo, nuestra inteligencia —aunque lleve en ella la herida de la ignorancia— está hecha para la verdad. Tiene tendencia a deformar los objetos, sobre todo cuando sale de su terreno familiar y entra en el espiritual, mejor dicho, en el mundo sobrenatural. A él trasladamos nuestras imaginaciones y nuestro modo de ser, que son el fruto de nuestros criterios personales y de vulgares pasiones. De ello se siguen fatalmente las deformaciones, que pueden llegar a ser considerables si a ellas añadimos cierta dosis de mala voluntad. La historia de la teología así lo constata, especialmente en el caso de los herejes.

3. La necesaria obra de purificación

Entre las modernas herejías destacan dos directamente relacionadas con la cuestión de nuestra vida sobrenatural: el jansenismo y el quietismo. Esos dos errores nos permiten insistir en nuestra cuestión doctrinal.

Los jansenistas pudieron tener razón al reaccionar inicialmente contra el deterioro de las costumbres, los desórdenes y los grandes escándalos de la corte; pero se hicieron una imagen terrible de Dios. No veían en Él más que al Juez, restringiendo todo

lo posible la salvación que vino a traer a los hombres. Estos excesos estaban justificados por el temperamento de los jansenistas. Por otra parte, convirtieron su afán por reformar las costumbres en una cuestión personal en la que buscaban su propia gloria. Causaron en Francia unos estragos que duraron hasta mediados del siglo pasado, oprimiendo y asustando a las conciencias y cerrando las puertas del cielo a las almas. Sus mentes cayeron en un error manifiesto y no entendieron las enseñanzas de la Iglesia.

Felizmente, esta herejía ya ha muerto, pero aún quedan restos en algunos espíritus. Hay almas piadosas que tienden a una severidad opresiva y escrupulosa; este rigor exagerado, contrario a la verdad y a la caridad, es perjudicial. Otras personas se erigen siempre en jueces y censores. Asimismo hay directores espirituales que, con las mejores intenciones, nos presentan continuamente a un Dios severo, cuando, sobre todo, Dios es misericordioso. ¡Ay, si su Dios fuera el verdadero!

El quietismo es todo lo contrario. Los quietistas se pierden en el amor y, para ellos, el pecado no existe. Al amar a Dios con un amor absolutamente desinteresado, renuncian incluso a la esperanza, incluso al cielo; lo contrario —piensan— sería una impureza. Se abandonan, descansan plenamente en Dios sin correspondencia alguna por su parte. Estos herejes no ven más que la bondad, la dulzura y la misericordia divinas. Eso no lo han aprendido en la Sagrada Escritura. Es cierto que nuestro Señor es misericordioso, pero también ha dicho: «Velad, porque no sabéis cuándo volverá el señor de la

casa» (Mc 13, 35). Y nos describe a las vírgenes necias a la puerta del paraíso.

Ambos crasos errores pueden influirnos en la práctica, aunque nuestra inteligencia esté firmemente adherida a la doctrina. Entre los cristianos, incluso entre religiosos y religiosas, hay mentalidades tan amplias, que sienten la tentación de descansar plenamente en el Señor en medio de una falsa quietud, mientras olvidan sus deberes de estado y las obligaciones concretas que impone la auténtica caridad.

Debemos purificar nuestra alma de esos graves errores, fantasmas de la imaginación, pues nos privan del profundo conocimiento de la enseñanza divina, la única verdadera. Tales cegueras serían perjudiciales para la caridad, ya que la auténtica fe no puede existir sin ella. También serían perjudiciales para las costumbres, pues obligan a las almas a cometer pecados inexistentes, a vivir en medio de la confusión e incluso en la desesperación. O bien, a causa del exceso contrario, a caer en faltas cuyo alcance ignoran y a descuidar sus deberes.

Hay más ejemplos: los protestantes tratan de espiritualizarlo todo y, al tratar de apartarse de cualquier idolatría, no encuentran nada que satisfaga su corazón. Sus templos, en especial los antiguos, son de una frialdad decepcionante. Su Dios es duro; su Evangelio, seco. A sus hijos les inculcan rígidos principios morales vacíos de amor. ¿Acaso no tienen corazón? No son esos los adoradores en espíritu y en verdad que el Padre desea.

¿Es posible que se produzca en nosotros cierta materialización? ¡Cuántos cristianos se enmohecen

en medio de unas devociones exclusivamente materiales! Conocemos a personas devotas, incapaces de descubrir una cofradía, un escapulario u oír hablar de una peregrinación sin sentir un deseo acuciante. Es su modo de entender la religión. Por supuesto, la Iglesia bendice las medallas, aprueba las cofradías y santifica todo lo que no es fetichismo, pues sabe que el corazón humano necesita apoyarse en cosas concretas y materializarlo todo. Nuestro Señor materializó su doctrina en parábolas, y su gracia en los sacramentos. La Iglesia aprueba esos socorros externos de la piedad, pero no son el fundamento de la religión. Pueden ser útiles en el caso de niños o de personas sencillas, como una ayuda para llevarlos a una mayor intimidad en el culto. Pero hay que ver las prioridades de la Iglesia, el lugar que ocupa la Santísima Trinidad con los *Gloria* al final de cada salmo y los veinticinco domingos que le son dedicados, y el que se atribuye a la Encarnación y a la Redención. Se trata de misterios, del interior de los misterios, aunque permita preparar belenes, via crucis o imágenes, a fin de satisfacer las necesidades de nuestra naturaleza humana, formada de alma y cuerpo.

Si nuestra religión se limitara al materialismo de los signos y de los símbolos, sería ininteligible. Esas prácticas nos sirven en la medida en que nos ayudan a encontrar a Dios, pero no hagamos de la religión una cuestión de devociones: también en este terreno podemos cometer errores y dar paso a esos fantasmas del espíritu de los que hemos de purificarnos.

Y aún hay más: San Pedro no entendía el miste-

rio de la Cruz y, cuando nuestro Señor habló de su Pasión, intentó disuadirle. El Salvador se vio obligado a decir: «Apártate de mí, Satanás, que no sientes las cosas que son de Dios» (Mc 8, 33).

San Pedro tiene sus imitadores. Las palabras de la Sagrada Escritura nos revelan la vía dolorosa del Calvario, pero hay almas que no las comprenden y tratan de sustituirlas por otros preceptos en los que la naturaleza encuentre acomodo. Y así, vemos personas piadosas cuyas ideas no coinciden con el misterio de la Pasión. Este error procede de nuestro rechazo hacia el sufrimiento y es fruto de las ideas y ejemplos del mundo.

4. El corazón limpio

Para vivir libre del error y para ver con claridad, el alma ha de ser dócil al espíritu de entendimiento que la empuja a fortalecerse en el santuario de la auténtica caridad, a amar a Dios sobre todas las cosas y a una entrega plena para acceder así a la comprensión de las verdades de la fe. Cuando salga de ese santuario de amor y unión con Dios, no irá sola: el Espíritu de Amor la acompañará y le dará un entendimiento profundo y experimental de las verdades de la fe; le mostrará la misericordia del Señor y también su justicia; infundirá en ella el deseo de la Cruz poniendo de relieve las palabras «negarse a sí mismo, tomar la cruz»; le hará ver a un Salvador que no es sólo humano, sino que posee la majestad de Dios, pues si decimos: *cor Jesu bonitatis infinitae*, también decimos: *cor Jesu majestatis infinitae*.

Guiada por un profundo entendimiento, el alma caminará hacia la salvación sin temor, con confianza y amor. Cuando el Espíritu está presente, la caridad está iluminada y el hombre es perfecto. Cuando falta el Espíritu, el alma está sujeta al error. El Espíritu no sólo hace conocer, sino que guía en la práctica, porque se ama lo que se conoce y como se conoce. El alma que ve a través del Espíritu es un alma liberada.

La fe, la fe firme y sin sombras, es fruto del don de entendimiento. Nada hay más valioso que esa fe liberada que nos pone a la altura de nuestros deberes y de las dificultades que surgirán en su cumplimiento. El alma así iluminada sobre su deber —un deber que expresan el Evangelio y la Sagrada Escritura —es incapaz de contener su impulso.

Para alcanzar esa cumbre, hay que pasar por las pruebas de la *noche del alma*. No hay nada tan duro como tener que renunciar a una idea querida, a una imagen amada y familiar o a unos criterios a los que hemos unido nuestra personalidad y nuestro orgullo. Uno de los efectos del don de entendimiento es el de desprendernos de nuestras ideas personales para profundizar en la palabra de Dios bajo todas sus formas, tal y como es en realidad y no como querríamos que fuera. Cuando tiene lugar esa purificación, el alma siente que le arrancan su inteligencia natural, los hábitos de su mente, su íntima manera de ser, una parte de su persona; es decir, lo que de más profundo guarda en su corazón: su pensamiento. Y, cuando el Espíritu Santo opera en nuestro entendimiento esas purificaciones, nos hace sentir que lo que era la luz de nuestros ojos ya no

existe. Incluso nos quita lo que parecía elevarnos hacia Dios: las ideas, las imágenes imperfectas que se unían a nuestra fe en una impura alianza.

Este estado se conoce como la noche del alma. El espíritu, humillado, hundido en las tinieblas, ha de renunciar a sus ideas preferidas —que han sido ocasiones de error— y a la búsqueda de imágenes para adherirse a la verdad pura y desnuda. Con el fin de darnos su enseñanza, el Espíritu Santo nos arranca nuestras opiniones personales sobre la doctrina o la devoción, unas ideas que nacen generalmente del amor propio, del carácter o de las pasiones. Entonces, parece que nos arrancan la luz de los ojos. Pero los que tienen el coraje de llevar a cabo esa renuncia gozan de un corazón puro y de un espíritu libre de falsas imágenes y de los errores del amor propio. Contemplan al verdadero Dios y se elevan a las cumbres de la fe con una visión más profunda. Desde ese momento, adoran a Dios en espíritu, en una sabrosa experiencia; y en ese gustar de Dios tienen un conocimiento más intenso de Él. Es el preludio de la luz de la gloria y de la visión divina. El don de entendimiento no está ausente de esta visión y da al alma del bienaventurado una penetración más íntima y profunda de los misterios de Dios contemplados en la Esencia divina. En el cielo el Espíritu Santo continuará purificando ese entendimiento beatificado, sin errores o imágenes, y sin ignorancia, *a nescientia;* y contribuirá a hacerlo penetrar más profundamente en la Esencia divina, en ese Verbo que será la recompensa y la gloria de los elegidos.

XIII. EL DON DE SABIDURÍA

¡Oh, profundidad de la riqueza
y de la sabiduría de Dios.

(Rom 11, 33)

1. Punto de partida

Antes de introducirnos en la suprema región accesible en esta tierra a nuestra inteligencia —guiada e impulsada por el Espíritu Santo—, y antes de hablar del don de sabiduría, que nos hace entrar definitivamente en la intimidad de Dios, tratemos de alcanzar el estado que crean en nosotros los dones de ciencia y de entendimiento: el de la fe, *fides*; no la simple virtud de la fe, sino la fe *perfeccionada* por un efecto especial del don de entendimiento al que atribuimos también el nombre de *fe*. El ejercicio habitual de este luminoso don conduce la virtud de la fe a su perfección última y dichosa, fruto sabroso que permite al alma gozar de la divina certeza. Dicho fruto es la fe por excelencia, fe firme y bien asentada que ya no sufre los vaivenes iniciales, sino que camina hacia su objeto con un asentimiento lleno de luz. Bajo la acción de Dios la oscuridad de la fe está surcada de relámpagos y son tales las delicias en ese estado que la noche es una luminaria

(Sal 139, 12). Gracias a esa luz, el alma siente, capta a Dios a través de las criaturas y de la revelación: esta fe es un mar de delicias para el amor.

Con los dones de entendimiento iluminando su alma y guiada por una fe que ya no busca, la caridad se encuentra en su elemento. Los santos que disfrutan de esos dones gozan de una oración de recogimiento y de quietud. Por medio del don de ciencia, el alma conoce la insignificancia de las criaturas y se aparta de ellas; ve a Dios y se eleva hacia El. Descargada del peso de las criaturas, la fe se hace lúcida y alegre y, una vez disipadas por el don de entendimiento las nubes de la imaginación que le impedían reconocer a Dios y liberada de los errores del amor propio, se introduce en el mundo de las revelaciones divinas. En este estado, gracias a un sentimiento del corazón que es una luz, un gusto por lo divino, la fe penetra hasta el fondo en el significado de los misterios de la religión. Es este un estado de felicidad para el alma que lo experimenta.

Ya hemos advertido que esta iluminación de la noche de la fe va acompañada de dolorosos desgarramientos. Es preciso renunciar a las costumbres queridas, a la luz de los ojos. ¡La noche de los sentidos, condenados a permanecer en silencio, ellos, tan despiertos! ¡La noche de la mente, condenada a no razonar, ella, tan razonadora! A pesar de tales desgarramientos, se hace la luz del Espíritu Santo, el viento disipa las nubes y luce el sol. La divina luz ilumina las penas del alma, que se siente feliz al saberse en contacto con el verdadero Dios; feliz en su amor que, apoyado en la gracia de Cristo e ilumi-

nado por los dones de ciencia y entendimiento, se inclina a creer firmemente y con absoluta certeza.

2. Necesidad del don de sabiduría

¿Es esta la meta de nuestra vida de amor en la tierra? No, a pesar de esas luces, la caridad aún tiene una necesidad. San Pablo lo explica así: «La caridad no acaba jamás» (I Cor 13, 8). La fe y la esperanza cesarán cuando entremos en el cielo; sin embargo, la caridad que vive en nuestra alma —que es inmortal— no cesará. La fe desaparecerá ante la visión y la esperanza ante la posesión; pero el amor es tan real en ausencia del objeto amado como en su presencia. Con el mismo amor que el alma ama a Dios en la tierra, lo amará en el cielo; sólo cambiará una cosa: aquí, la caridad está guiada por la luz de la fe; en el cielo estará guiada por la visión perfecta. Aunque exista una diferencia considerable en relación con el conocimiento de Dios, es la misma caridad: en el cielo, caridad exaltada, consumada; aquí, gracias a la fe que la conduce hasta su término definitivo, caridad en camino.

¿Por qué, pues, sufre el corazón del cristiano en esta tierra? La razón es clara: desde ahora, la caridad está hecha para el cielo, a la medida del cielo, a la medida de un Dios visto cara a cara en su belleza fascinadora. La caridad tiene virtualidades infinitas que no puede desplegar aquí abajo aunque cuente con la ayuda de los dones de ciencia y de entendimiento. Nuestras ideas con respecto a Dios nacen de lo creado, de lo limitado y finito. La caridad de

la tierra desearía contemplar a un Dios infinito en su infinitud y, sin embargo, le conoce de un modo imperfecto. «¡Oh, grandeza y profundidad de las riquezas de Dios!».

Nuestro amor ansía, pues, ver a Dios cara a cara. Nuestra fe —fruto del entendimiento—, por muy firme que sea, no nos lo puede mostrar así; por lo tanto, hay en la caridad un espacio de amor que no queda colmado.

En definitiva, la caridad en la tierra es amor de Dios sobre todas las cosas. Al observar a las criaturas que amamos, comprendemos que Dios las supera y que ninguna es comparable con Él. Sin embargo, existe ahí un aspecto negativo, pues no se trata del amor por un infinito visible que se perciba en la inmensidad de su fascinación. En consecuencia, ese amor permanece insatisfecho, puesto que no hace más que seguir a la fe, aunque esté iluminada por unos dones que la fortalecen, derriban los obstáculos y le muestran su objeto en todo su valor. ¿Qué ha de hacer, pues, esa caridad prisionera de la fe? El que ama a Dios, atormentado por la desproporción entre la limitada luz que le guía y el instinto infinito de su caridad, se dirigirá a su propio corazón buscando en él un gesto de amor que escape al abrazo, a la camisa de fuerza de la fe. ¡Ah, si fuera posible encontrar en la tierra una luz que nos permitiera sentir lo divino, no negativamente, sino de un modo positivo!

En su caridad, en su virtud de la caridad, el alma no será capaz de encontrar esa luz: la caridad no es luz, sino amor, y está hecha para seguir a la fe. Sin embargo, más allá de la caridad está el Creador: «El

amor de Dios se ha derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado» (Rom 5, 5). El Espíritu Santo mora en el interior de las almas santas, y esta caridad —que es algo de Él mismo y que lo representa en el corazón del hombre— es su campo de acción: la cuida, la rodea de atenciones, la mueve sin cesar. Y encuentra el modo de proporcionarle en la tierra una luz que, en cierto modo, supera a la de la fe.

El Espíritu Santo ve a Dios cara a cara, íntimamente. Para El, Dios no tiene esa altura y esa profundidad inaccesibles que extasiaban a San Pablo y que, por ser Dios, también le son propias. Y, por medio de una inspiración, de un impulso, transmite al alma en la que mora algo de esa visión cara a cara, que es la razón de su felicidad. Nosotros disponemos de un don que nos permite recibir esas mociones: el don de sabiduría.

3. Objeto y obra de la sabiduría

La inspiración de la sabiduría no es otra cosa que una moción del Espíritu Santo que, a través del corazón, nos comunica una especie de experiencia de la visión celestial.

Vivimos en el ámbito de la fe: la fe concreta el objeto de nuestro amor, pero el Espíritu Santo nos infunde un conocimiento experimental de ese objeto que nos permite penetrar, sentir —no con los ojos del cuerpo, sino del corazón— el infinito de Dios, ese «sobre todas las cosas» que es la ley de la caridad: es la oscura experiencia de la inmensa pro-

fundidad de la divinidad. Bajo esta inspiración, el alma se precipita, hasta hundirse, en un intenso sentimiento del *todo* de Dios; en cierta medida, experimenta a Dios por encima de lo que la fe —aun ayudada por el don de entendimiento— le revela en términos concretos. En medio de ese sentimiento, el alma se prosterna en actitud de adoración ante el exceso divino. A pesar de creer, renuncia a emplear las expresiones de la fe y a detenerse en sus conceptos, hasta perderse en un intenso sentido de la trascendencia divina. No ve, pero ese sentimiento del corazón, esa experiencia, equivale a una visión, porque es una participación de la visión del Espíritu Santo que le confirma que eso que siente es la verdad.

Cuando tomamos como tema de oración una verdad suprema de nuestra fe, por ejemplo: «Soy el que soy» o «Dios es Amor», y el don de entendimiento nos desvela su sentido, penetramos aún más en él repitiendo: Dios *es*; yo, nada, pura nada. Él es, eternamente, inexorablemente. Él es el que es... De pronto, continuando en esa línea, experimentamos la necesidad de sumirnos en un sentimiento de adoración ante Aquel cuya grandeza nos ha sido revelada así; las palabras de la Sagrada Escritura desaparecen del primer plano de un conocimiento a la altura de la fe; desaparecen también los conceptos que la expresan; y, como desde un trampolín, el entendimiento se sumerge en el Ser de Dios. Ya no hay más que adoración, un *amen*, un movimiento del alma que se pierde en Dios, que renuncia momentáneamente a cualquier concepto concreto, incluso a los que la han conducido a esta actitud.

Este es, pues, el don de sabiduría: el Espíritu divino nos empuja a hacer un acto de entendimiento digno del Ser de Dios, de su trascendencia. No es ya un acto de la inteligencia que piensa acertadamente, sino de la inteligencia que renuncia a pensar, a comprender. En el cielo pensaremos y veremos la luz de la gloria; aquí estamos sometidos al abrazo de la fe, del que escapamos sumiéndonos en la adoración.

Esta es la única actitud del espíritu acorde con la grandeza divina: no hablamos ni pensamos, pero nuestra actividad intelectual proclama: «¡Oh, profundidad de las riquezas divinas!».

Hasta aquí puede conducirnos el espíritu de sabiduría. Es un encantamiento fugitivo, un vuelo del espíritu, un rápido salto que sólo dura unos instantes e inmediatamente volvemos al campo de la fe. Después recomenzamos. Como dice San Francisco de Sales, tomamos tierra en el terreno de la fe, un buen pensamiento nos reanima y, haciendo acopio de fuerzas, remontamos de nuevo.

Esta situación no puede durar, pues es propia de los elegidos: nos lleva al estado de los que ven a Dios, estado angélico que no es soportable en esta tierra; y, sin embargo, gracias a Dios, existe. Hemos experimentado la necesidad de renunciar a las criaturas, a cualquier descripción de Dios, y hemos sentido una especie de éxtasis de «salir de todo». No es el éxtasis —que es un estado extraordinario—, sino una completa salida de lo creado. No vemos, pues la hora del cara a cara no ha llegado todavía. Sin embargo, comprendemos que Dios supera absolutamente a toda criatura, comprobamos nuestra peque-

ñez, nos abruma la magnitud de Sus atributos, tenemos la intensa sensación de su infinito y, rendidos, caemos en adoración.

Este es el acto más sublime, el más cercano a la visión de los elegidos. Llegamos a él renunciando a los recursos propios de la mente humana y a los perfeccionamientos que la enriquecen, en un abandono total, para convertirnos en seres que se sumen en adoración delante del Ser divino.

¡Qué dolor nos produce obtener semejante luz del Espíritu Santo! En efecto, es necesario que nuestro espíritu se disloque interiormente, que se dilate hasta el desgarramiento para entrar en contacto con el Infinito de Aquel que es. Hay un momento terrible al que los místicos llaman «la noche oscura»; todo lo que fue luz para nuestros ojos ya no está. Debemos renunciar a los procesos naturales de la mente, a la evidencia, aniquilar ese acto de nuestro espíritu que se complace en lo que ve. Es doloroso, pero ese dolor engendra alegría; esa docilidad plena, que llega hasta el límite de la renuncia y de las fuerzas del alma, rinde a Dios el único homenaje adecuado a su majestad.

4. Saludables efectos del don de sabiduría

Cuando el alma se abisma así en Dios, goza en la caridad. Es un movimiento casi infinito: no sabemos hasta dónde puede llegar el alma en esta adoración; el abismo no tiene fondo. La caridad se eleva a grados cada vez más altos, inconmensurables, el alma se siente feliz por haber encontrado la luz

acorde con la intensidad de su deseo. El alma se dilata hasta alcanzar el infinito de Dios, puede decirse que lo toca, y da testimonio hundiéndose en él; aunque no esté consumado, es el amor en su grado más alto: entonces somos adoradores «en espíritu y en verdad».

La caridad encuentra una «información» sobre Dios al nivel de su instinto. El espíritu del creyente, animado por el don de sabiduría, habla a su corazón del Amado y de todo lo que es. ¡La caridad es feliz! Cuando la sabiduría se comunicó con su entendimiento, encontró lo que pedía en vano a la fe explícita. Llega a vivir esos momentos de gozo que experimenta el alma de los santos cuando el entendimiento se abisma ante la majestad divina y que son los más deliciosos que el amor pueda experimentar en este mundo.

Cuando en la oración tratamos de nuestro Señor Jesucristo, de la Eucaristía o de cualquier otro tema de este estilo, no podemos sustraernos a lo creado. Nuestro Señor es hombre y, sin embargo, como es Dios, la sabiduría nos lleva a ver en Él una sublimidad inaudita gracias al conocimiento experimental del que antes carecíamos. Así, las palabras del *Gloria*: *Tu solus Sanctus, tu solus Dominus, tu solus Altissimus*, me mueven hacia lo que hace a Cristo tan *Santo*, tan *Señor* y tan *Altísimo* y, siguiendo este movimiento, lo culmino y me postro ante el Salvador en actitud de adoración. En este tipo de oración, la sabiduría nos instruye de un modo inefable en la divinidad de Cristo y no en su humanidad, que no es el objeto directo de la sabiduría. Nadie puede sentir un amor a la altura de la divinidad del Señor

si no se abisma en ella adorándola: *Adoro te, latens deitas*. Te adoro, Divinidad escondida.

Sin embargo, el terreno de elección, el objeto predestinado de la sabiduría, es la Santísima Trinidad. La Trinidad está en todas partes, pero de un modo especial en las almas santas. De algún modo, está en ellas más atenta a su obra de amor, más rica en dones que inciden en la naturaleza y en la gracia. El alma, por su parte, la recibe en su interior como a una amiga a la que ofrece su corazón como un «hogar», una morada. Este es un tema recurrente en la oración de los santos. La Santísima Trinidad ocupa esas almas capaces de conocerla y poseerla, donde se encuentra como en casa.

5. La oración de unión

Los santos consideran a Dios así: substancialmente presente en ellos. Pensemos en nosotros mismos a la luz de la fe y de la caridad sobrenatural: la ciencia elimina los obstáculos; con una palabra, el entendimiento nos revela quién es Dios, pero sobre todo nos unimos a Él por la inspiración de la sabiduría, llegando, por así decir, hasta tocarle. La fe no es capaz de hacerlo, pues está fatalmente rodeada de las ideas que usa y se expresa por una representación humana: frases, conceptos, etc. Si el ser de las cosas estuviera inteligiblemente en el entendimiento, no tendríamos necesidad de las ideas. Cuando nos dirigimos a Dios con la fe, lo suponemos distante, pero cuando el don de sabiduría provoca en el alma un movimiento sin ideas concretas,

el obstáculo desaparece y llegamos a sumirnos en el Dios que mora en nuestro interior. Entonces se produce entre el alma y Dios un contacto en el que ya no hay ideas, ni representaciones que nos separen: ya no hay más que un alma en adoración y el Dios infinito, sustancialmente presente, objeto de unión y experiencia inmediatas. Ésta es la *oración de unión* de la que Santa Teresa de Jesús salía segura de haber tenido a Dios dentro de ella. Únicamente la sabiduría nos conduce a esa unión.

Podríamos pensar que estas cosas sólo son propias de ciertas almas elevadas, como Santa Catalina o Santa Teresa. Sin embargo, nosotros, en estado de gracia, somos dueños de todos los dones —incluida la sabiduría— y tenemos la capacidad de experimentarlas también. Han sido hechas para nosotros, forman parte del poder de la gracia habitual y están destinadas a desarrollarla.

El estado de oración no es una vía extraordinaria, como lo son el éxtasis, el rapto o las gracias *gratis datae*. Nosotros mismos, que buscamos la unión con Dios, ¿no habremos estado, sin saberlo, en ese estado de oración de unión? ¿No hemos experimentado alguna vez, quizás después de comulgar, ese aniquilamiento delante de Dios presente en nuestro interior? En ese momento la proximidad del Señor pone nuestra alma en movimiento: Dios está ahí. Sin tratar de comprender, nos absorbe el íntimo sentimiento de su presencia inmediata y, gracias a la disposición del alma y al poder de nuestro amor, nos ponemos en contacto con Él.

Esas cosas ocurren, pero nos resulta difícil captar su valor, su dignidad y su existencia normal en

nuestras vidas porque no les damos importancia. Quizá nos decimos: es una gracia, un incidente en mi vida espiritual; y, sin embargo, ¿por qué no desear repetir esa experiencia? Añadimos: es imprescindible que Dios me lleve a esa situación. Y lo hará, pero nosotros debemos disponernos para recibir semejante favor.

Si nuestra vida discurre el la práctica de las virtudes morales infusas con los dones que las acompañan, será una vida llena de paz. Si llegamos al conocimiento de las cosas divinas por el don de entendimiento, estamos en el umbral de la oración de unión y sólo hemos de franquearlo. Y, puesto que el don de sabiduría nos capacita para responder a esta maravillosa inspiración, no es una temeridad esperar que se produzca de nuevo. El error estaría en buscar en ello la glotonería espiritual de «apegarse a los juegos de la fisonomía de Dios» en lugar de a Dios mismo, y convertirlo en un placer; o pretender acceder a terrenos elevados mientras no cumplimos los Mandamientos. Pero, si el Espíritu Santo nos ha purificado, elevado, hecho subir hasta sus cumbres, ¿por qué —si el Espíritu Santo nos da la fuerza— no ofrecer a Dios el homenaje supremo de anonadarnos ante Él con todo el corazón y toda el alma? No temamos pretender esos favores. No se trata de ambición ni de imaginación: la misericordia de Dios nos concede los medios, unos medios que forman parte de una vida cristiana santa, normal.

XIV. BIENAVENTURADOS LOS PACÍFICOS

Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios.

(Mt 5, 9)

Los pacíficos son aquellos que en primer lugar llevan la paz en su interior y luego la transmiten alrededor. Nuestros mentores relacionan esta bienaventuranza con el don de sabiduría. Los pacíficos son los sabios según el Espíritu Santo.

1. Relación entre esta bienaventuranza y el don de sabiduría

Según la Sagrada Escritura, el sabio tiene la facultad de caer en una profunda adoración, sin palabras ni pensamientos, ante la grandeza divina. No sólo la adora sino que al experimentarla, saborea íntimamente la realidad del «todo Dios», pues en el fondo de su alma mora ese Dios soberano. Esta es la situación: cuando contempla a ese Dios tan grande y tan próximo en el que reside todo el bien, su amor alcanza el punto culminante en esta tierra. Y no en el sentimiento —que puede sufrir pruebas

dolorosas— sino, gracias a un sublime impulso de amor, en la voluntad.

Este tipo de contemplación ha sido calificada por algún autor de *circular*. En la contemplación vertical el alma se eleva hacia Dios —muy por encima de nosotros— desde el plano de las criaturas. En la contemplación en espiral el alma avanzaba, mediante sucesivas iluminaciones, de claridad en claridad, de fe en fe, de *fide in fidem* . Ahora únicamente aparece la grandeza de Dios; el alma ya no avanza: está delante del «Todo» divino. Al haber conseguido acceder a Él, no avanza ni retrocede: sus pensamientos giran en círculo alrededor de su centro eterno.

Este es el fruto del don de sabiduría: la experiencia, el sentido de la grandeza de Dios y de su presencia, alimentan la caridad. En el cielo, salvo la visión plena y la inalterabilidad, no gozaremos de nada más.

Ahora bien, la vida continúa aquí con todas sus dificultades. Así como el Señor y sus apóstoles tuvieron que descender del Tabor después de la Transfiguración, también nosotros, después de la contemplación más elevada, tendremos que volver a la vida cotidiana y a nuestra relación con el mundo. Cuando bajaba del Tabor, el Señor se encontró con un pobre poseso y lo sanó (Mc 9). Esas son las dos caras de nuestra vida.

El don de sabiduría se relaciona con ambas: además de producir el efecto de elevar nuestra contemplación hasta ese grado sublime, es un don espléndidamente aplicable a nuestra vida ordinaria. Según San Agustín y Santo Tomás, la sabiduría no sólo

nos induce a contemplar a Dios, sino también a *consultarle* para obtener de Él orientaciones prácticas. ¿Qué desea el alma que ha experimentado ese «todo» de Dios? Su deseo es que «Dios sea todo en todos» (I Cor 15, 28). De esta unión surge la regla suprema: cuando el alma vuelve a su vida cotidiana, lleva consigo, como fruto de su visión del «todo» de Dios, este impulso del Espíritu Santo: «Que Dios sea todo en todos». ¿Qué hará entonces? Se dedicará a poner en orden todas las cosas, a colocarlas en su lugar, empezando por los pensamientos, los afectos y los deseos.

Ahora juzgará desde un punto de vista nuevo todo lo que los dones de entendimiento y de ciencia ya le habían aclarado. El orden será mayor, pues también la luz es mayor; así las criaturas que obstaculizaban la fe ocuparán el lugar adecuado.

El don de sabiduría influirá en nuestros consejos; con su ayuda, la prudencia será más imperiosa y clarividente: el alma sale de la unión divina con el afán de una absoluta verdad moral, necesita criterios correctos y desea que la prudencia dicte sus decisiones en perfecto acuerdo con las exigencias del «todo» de Dios.

En un plano inferior, la sabiduría ejercerá su influencia en el terreno de la justicia y de la mansedumbre, de la religión y de la piedad, así como en la lucha de la fortaleza para resistir y atacar. Y, en un plano más inferior aún, ayudará al temor en su lucha contra las tres concupiscencias. El alma que está imbuida del «todo» de Dios y de su derecho absoluto tiene una mayor luz y una mayor fortaleza para ordenar ese mundo inferior. En sus relaciones

con el mundo, relaciones de justicia y apostolado, actuará empujada por esa necesidad de ordenar todo frente al «todo» de Dios. Será apostólica en extremo; cuando vea que un alma ignora los derechos de Dios, redoblará su abnegación olvidándose de sí misma y le prodigará toda clase de cuidados materiales y de pruebas de amor, transmitiéndole así parte del sentimiento que tiene del «todo» de Dios que ha de reinar en todas las almas.

El alma que ha subido a la montaña de la sabiduría y se ha encontrado allí con la magnitud de las perfecciones divinas no tiene más meta que la gloria de Dios: ¡el amor de Dios que se extiende por todas partes!

En consecuencia, para esta alma todo está en orden, tanto dentro como fuera de ella. Ve las cosas, sus propios sentimientos, sus acciones y todo lo que le rodea como a seres capaces del «todo» de Dios, sin otro valor que el de la medida en que reflejan la infinitud divina. Y, por lo tanto, reina en ella la absoluta serenidad del orden

El orden no puede reinar donde las cosas no están en su sitio. Si los seres están mal colocados, se rebelan hasta encontrar su centro y su equilibrio. Pero, si reina el orden —como en una vivienda donde cada cosa responde al proyecto de un arquitecto competente—, todo es solidez y serenidad. Así es el edificio de nuestra vida cuando está regulada por la exigencia del «todo» de Dios. El orden es estabilidad; no hay chirridos ni reclamaciones y, si algo gime en nosotros, no tenemos más que contemplar el «todo» de Dios para calmar nuestra tristeza.

Un orden sereno es la paz. Así, el que tiene todo

regulado cuida el orden en la caridad y en los hechos: vive en paz. Y, del mismo modo que lo propio de un fuego es irradiar calor, el alma para quien Dios es su todo, que se esfuerza por disponerlo todo en ese sentido y que ha encontrado la paz, la irradia a su alrededor; resulta ser un mensajero de paz para los demás. Hay almas así, almas que irradian la paz. Son los pacíficos.

2. El Rey pacífico

Solamente hay Uno que sea la encarnación de la paz: el «Rey pacífico», nuestro Señor Jesucristo. ¡Qué paz la de su alma! Incluso cuando el celo le devora, incluso en sus enfrentamientos con los fariseos, no pierde nunca la paz interior. En sus relaciones con los más pobres, en el conjunto de su vida, en todos sus actos brillaba la paz porque el Padre estaba siempre con Él. Vivía una perfecta intimidad con Dios por su Persona, por su divinidad, por su humanidad, por la visión gloriosa y por el don de sabiduría que poseía y que le permitía experimentar el «todo» de Dios. En su corazón no había más que un deseo: poseer la paz y difundirla. Calmó las tormentas en el lago, calmó las almas de los pecadores y calmó la inquietud de sus discípulos. Sólo los que no querían calmarse ignoraron su paz. Puesto que debía morir, fue necesario que hubiera malvados para crucificarle.

Situémonos frente a nuestro modelo: es Dios, pero tiene una naturaleza humana. Nuestro modelo tiene las perfecciones divinas y también las propias

de su humanidad. Su sabiduría es la sabiduría de Dios y también la sabiduría humana en su grado máximo. Es la encarnación de la paz: la posee y la difunde. ¡Qué espectáculo de paz es el Evangelio! Siguiendo al Maestro deseamos acudir al manantial de donde extrae esa paz: la sabiduría. Nuestro Señor tenía la experiencia continua e inmediata de la presencia de Dios en Él y del «todo» de Dios. Por la paz que derramaba, más que por sus milagros y sus afirmaciones, demostraba que era el Hijo de Dios. Dios es el gran Pacífico que «hace salir el sol sobre buenos y malos y hace llover sobre justos y pecadores» (Mt 5, 45). Es paciente, generoso y manso, y el Hijo de Dios refleja esas perfecciones. Es el Rey de la paz y se le reconoce por ese signo más que por el atributo de su misericordia, tan característico de su divinidad.

Si nuestras almas han entrado en el don de sabiduría para encontrar a Dios; si han salido de él con la convicción de que Dios lo es todo y todo en su vida está dispuesto según ese principio, seremos saludados con el título de *hijos de Dios*. No somos más que hijos adoptivos, pero tenemos con el Hijo Unico el parecido, el aire de familia que nos da el ser pacíficos. Nada nos hace pensar más en Dios y en su único Hijo que un alma pacífica, serenada por la paz divina. Ningún interior se parece al de Jesucristo como el de esta alma. Y ese interior se exterioriza. Refiriéndose a los primeros cristianos se decía: Ved cómo se aman; de los pacíficos se dirá: son hijos de Dios.

* * *

Hemos estudiado los siete dones del Espíritu Santo y siete bienaventuranzas[2]. Contemplemos ahora en un golpe de vista nuestra subida: El Espíritu Santo llama bienaventurado al hombre que «busca emprender tus subidas» (cfr. Sal 84, 6). Hemos partido del escalón más bajo. Por el don de temor nos sabíamos al comienzo; al otro extremo se situaba el don de sabiduría, que nos conducía ya hacia esos esplendores, pues «el temor del Señor es el principio de la sabiduría» (Sal 111, 10).

Hemos ido ascendiendo ayudados por la fortaleza, que nos hacía aptos para cumplir nuestros deberes de ataque y resistencia. Llegamos a la piedad con sus sublimes acentos de la religión y, por la mansedumbre, que es el principio de la paz, alcanzamos la cumbre de la vida práctica: el consejo. Y nos hemos elevado hasta la contemplación.

La ciencia nos hace entrar en Dios apartándonos de las criaturas ante la visión de su insignificancia y permitiéndonos percibirle a través de ellas.

El entendimiento nos hace penetrar en la irradiación de la Sagrada Escritura y de la doctrina de la Iglesia, conduciéndonos hasta el verdadero Dios.

De este modo, hemos ido acercándonos a El a través de círculos concéntricos. Con la sabiduría termina nuestra ascensión: hemos llegado al término, a la cumbre del orden sobrenatural alcanzada con las sucesivas ayudas del Espíritu Santo. Gra-

---

[2] Hay una octava bienaventuranza que no corresponde a ningún don en particular. Es más bien una confirmación de todos ellos.

cias a la sabiduría poseemos al que es la explicación de todo y podremos extender los beneficios de esta unión mediante el orden que establecemos en nuestro interior y en nuestro entorno.

Dios, el Gran Sabio, ordena todo de un modo maravilloso. Ha dispuesto admirablemente el organismo de nuestra vida espiritual —la gracia, las virtudes y los dones— para que podamos ascender hacia Él y ser mejores. Si Dios ha hecho grandes maravillas en el orden natural, más grandes las ha hecho en el sobrenatural, en particular la maravilla que son los santos. Volvámonos, pues, hacia Él para darle gracias y prometerle que haremos todo lo posible por permanecer en su presencia y llevar a la práctica las orientaciones, los pensamientos, los deseos y las luces que, a través de esos medios, ha puesto en nuestro interior.

XV. EL PROGRESO ESPIRITUAL

La senda de los justos es como la luz de la aurora que aumenta hasta llegar al pleno día.

(Pr 4, 18)

1. La ley del progreso

Hemos contemplado el admirable organismo de dones y virtudes que el Espíritu Santo crea en el alma del justo. Ahora el hombre interior está incorporado a Cristo, del que nos viene la luz, la vida y el movimiento. Como Cabeza del justo, el Salvador le estimula sin cesar mediante la gracia y los sacramentos, que son como una ampliación de su Cuerpo (instrumento de las maravillas que realizó a lo largo de su vida). En primera línea de dichas gracias figuran el Magisterio de la Iglesia, la liturgia, la doctrina y el ejemplo de los santos. Toda la vida de la Iglesia es vivificante para los que permanecen en ella, y todas sus maravillosas orientaciones cristianas proceden de nuestro Cristo vivo en el cielo. Desde el seno de su gloria nos envía el Espíritu Santo, que se nos da en persona y que es como el corazón de nuestra vida sobrenatural, de la que Cristo es el principio. Vivimos bajo la continua influencia de esas dos Personas divinas que actúan en

nosotros siempre que estemos en gracia. Seamos conscientes de ese dinamismo divino.

La gracia santificante es como un injerto cargado de vida divina e insertado en el tallo de nuestra naturaleza para perfeccionar su savia, divinizar su energía y hacerle dar magníficos frutos. Cristo, al infundir la gracia en el alma, la ha dotado de unos órganos que son las virtudes teologales: la fe, que nos pone en contacto con el verdadero Dios; la esperanza, que nos hace buscar nuestro bien en El; y la caridad que, por el anhelo del corazón, se apodera de ese bien y aspira a gozar de su presencia en una unión perfecta.

Bajo su influencia, la prudencia gobierna las otras virtudes particulares infundidas en nuestras potencias para someterlas a Dios: la justicia, que da a cada uno lo suyo; la fortaleza y la templanza, que gobiernan las pasiones violentas y las bajas concupiscencias.

El Espíritu Santo interviene personalmente con una nueva ayuda: vigila nuestras flaquezas y nos estimula incesantemente para infundirnos el deseo de lo más santo. Y lo hace a través de unos dones que están latentes en nuestro interior, de unas facultades sensibles que activa con sus inspiraciones personales, siempre que estemos atentos y seamos dóciles a obedecer sus inspiraciones.

¡Nada hay tan hermoso, tan fuerte y grande, nada tan potente como el alma del justo! Le ha sido concedido todo lo necesario para que camine hacia esa vida eterna que tiene ya en sustancia en medio de la oscuridad de la fe: *fides, sperandarum substantia rerum* (He 11, 1)

¿Cuál es la ley de esa vida eterna iniciada aquí con las fuerzas que han puesto a nuestra disposición nuestros dos Maestros y también el Padre que les envía?

Es la ley del progreso: estamos llamados a la perfección. Nuestra vida debe ser como la luz que nace con la aurora, se refuerza, aumenta y sigue progresando hasta alcanzar el pleno día. ¡Una luz siempre en crecimiento! ¡Un camino también por el que avanzamos! El camino de los hijos de Dios es como una luz que se va acrecentando.

2. ¿Cómo avanzar en gracia y en amor?

¿En qué consiste ese progreso? ¿Cómo puede avanzar un alma hacia esa vida eterna que anhela incesantemente?

En el orden natural, el progreso moral, artístico o de cualquier otro tipo, se consigue gracias a la repetición de actos. Realizados conscientemente, y como si tuvieran impulso propio, los actos van formando poco a poco unos hábitos que los facilitan. Por lo tanto, gracias a los actos repetidos progresamos en nuestros hábitos, de tal modo que llegamos a realizar, fácil y naturalmente, cosas que antes nos resultaban complicadas o inaccesibles.

Ahora bien, es imposible lograr ese crecimiento en el orden sobrenatural por la simple repetición de actos, con el *único* esfuerzo de la voluntad, pues lo sobrenatural viene de Dios. Lo mismo que, por mucho pensarlo, no podemos añadir un codo a nuestra estatura, no podemos, sólo con nuestro esfuerzo,

crecer en vida sobrenatural. La gracia es un don de Dios, tanto en sus grados como por su concesión; es una participación en la vida divina que está *fuera de nuestro alcance*. Esto debería hacernos humildes y, si obramos el bien, decir con San Pablo: «Por la gracia de Dios soy lo que soy» (I Cor 15, 10).

Entonces ¿no hay que hacer nada más que esperar? Al contrario: hay que ser activos. Si el hombre honesto, el artista, etc. progresan gracias a su esfuerzo, el cristiano progresa gracias a sus méritos: podemos *merecer*. Es decir, plantear a Dios un cierto derecho a recibir ese aumento en vida sobrenatural. No podemos iniciar el movimiento hacia la santidad con nuestras propias fuerzas, pero sí merecer el crecimiento en la vida divina. El Maestro recompensa con una gran riqueza al que hace fructificar sus talentos.

Existen dos clases de méritos: el de conveniencia *(de congruo)* y el de estricta justicia *(de condigno)*.

Un hombre honesto que ignora la ley de Dios, pero que vive razonablemente, ¿merece en estricta justicia un bien de orden sobrenatural? No: no puede plantear a Dios un derecho a la gracia porque no está en el ámbito de la vida divina. Pero es *conveniente* que reciba una recompensa. *Conviene* que, con el hombre que hace lo que puede, Dios haga también lo que puede. En justicia, este hombre no merece un salario divino, pero sí las misericordias del Señor. Este es el mérito de los pecadores, el fruto de sus obras buenas. Unas obras que no comprometen a Dios, pero que le disponen, por así decir, a conceder su gracia misericordiosa. Eso no significa que el pecador sea capaz de acceder por sí

solo a la salvación, pues únicamente una intervención de lo alto puede llevarle a la gracia; sin embargo, el que hace lo que puede atrae infaliblemente la infinita bondad de Dios, siempre dispuesto a manifestarla. Tal es el mérito de conveniencia.

El caso de las almas en estado de gracia es diferente. Tienen una base de divinidad que es la participación en la vida divina. El cristiano santificado por la gracia es hijo de Dios; sus actos llevan una perfección sobrenatural, fruto de la vida misma de Dios, que le capacita para recibir una participación más elevada en la vida divina. Es el mérito en estricta justicia, que hace digna a la persona de recibir el crecimiento en la caridad; el mérito del que ha hecho fructificar sus talentos y tiene derecho a su premio.

Por cada lucha, por cada acción realizada en estado de gracia y por amor de Dios, una recompensa. Ahí radica el secreto del avance en el terreno espiritual. Al presentar esas obras obtenemos, con toda justicia, una recompensa divina que no puede ser otra que el crecimiento en la vida espiritual iniciada en nosotros.

La causa del mérito no es el acto en sí, en su pura materialidad, ni la dificultad ni el esfuerzo que cuesta: es el fundamento de gracia, la trascendencia, el destino sobrenatural de nuestras obras a la recompensa divina. Esto, y no el esfuerzo, es lo que nos hace dignos de gloria de Dios. Creemos —equivocadamente— que el sacrificio o las dificultades son motivo de un mérito mayor. Y el motivo de un mayor mérito es un amor más grande. Realizar con gran amor un acto insignificante, como hay tantos

en la vida cristiana, es más meritorio que emprender una obra difícil con escasa caridad. El mérito de nuestros actos está en lo que Dios pone en ellos: «Cuando coronas nuestros méritos, coronas Tu propia gloria».

3. La finalidad del mérito

Entonces, ¿qué merecemos en justicia?

Por cada uno de nuestros actos llevados a cabo en estado de gracia, la vida eterna. Un solo acto de caridad, aunque durase el tiempo de un suspiro de amor a Dios, merece *la vida eterna*. Cada uno de los actos hechos así a lo largo de una existencia merece la vida eterna: forman el tesoro que «no corroe la polilla» (Mt 6, 20). De este modo nos hacemos con unos sacos repletos de piedras preciosas, cada una de las cuales puede comprar la vida eterna.

Así, la acumulación de obras buenas forma una creciente carga de méritos para la eternidad. Dice San Pablo que una leve tribulación (sufrida por amor) produce un peso eterno de gloria (II Cor 4, 17). Pues, ¿qué será si se acumulan esos pesos? Este pensamiento ha de infundirnos confianza cuando veamos que nuestros pecados veniales son un contrapeso de todos nuestros actos de amor.

Sin embargo, el que puede lo más, puede lo menos. Si Dios nos da el cielo por cada uno de nuestros actos meritorios, con mayor razón acrecentará en nosotros la vida eterna en la actualidad. Y así, por cada una de nuestras buenas obras merecere-

mos un aumento de gracia, un crecimiento en la caridad. San Pablo dice: «Os voy a mostrar un camino más excelente... la caridad» (I Cor 12, 31). La caridad es como un camino que avanza desplazándose y que nos hace avanzar con ella.

4. Cómo crece la caridad

¿Cómo pueden crecer la caridad y la gracia, y con ellas la vida eterna que inician? El crecimiento no puede llevarse a cabo por el objeto, pues ese objeto no puede hacerse mayor en nosotros: es el mismo Dios. Un único grado de gracia nos da derecho a poseer la vida eterna plenamente. No tendremos una vida eterna mayor o menor. Entonces, ¿cómo entender ese progreso?

La gracia, la caridad y las virtudes que se derivan de ellas son como injertos en nuestra naturaleza; pueden estar más o menos profundamente arraigados y las potencias naturales del alma pueden someterse en mayor o menor grado y adecuarse más o menos al ideal divino.

En la naturaleza, los injertos prenden mejor o peor y ¡cuántos grados entre ambos extremos! Si prenden bien, atraen toda la savia de la planta, que en ese caso fructificará perfectamente. Si prenden peor, nacerán unos brotes más o menos fuertes: si son fuertes, absorberán toda la savia y el injerto morirá; y si son débiles, no beneficiarán a la planta injertada, aunque tampoco la secarán.

Este ejemplo nos permite seguir la obra de la gracia en nuestra alma. La gracia y la caridad pro-

gresan cuando arraigan en nuestra salvaje naturaleza. Si la someten completamente, nada les escapa, todos nuestros actos se realizan en virtud de la gracia y adquieren calidad; en este caso, el injerto ha prendido espléndidamente. Puede haber algunos hechos menudos que escapan a esta fuerza divina y que proceden del amor propio: pecados veniales e imperfecciones que no impiden el florecimiento de la virtud porque, a pesar de todo, prima el amor de Dios. Solamente el pecado mortal, que extrae para sí la savia en beneficio de la naturaleza pecadora, puede detener la vida de la gracia y de la caridad.

Si esto es así, cada vez que hacemos un acto en caridad y con las virtudes y los dones, merecemos un nuevo arraigo de la gracia; nuestra naturaleza está dominada y la savia de nuestras energías naturales pasa más abundantemente a la vida sobrenatural. Con la continua repetición de tales actos, la naturaleza cae finalmente bajo la influencia divina: no hay en nosotros una fibra —decía San Francisco de Sales— que no vibre por Dios. El injerto divino atrae hacia sí todas las fuerzas antes de lanzarlas a la vida en la que han de fructificar.

5. Papel de los actos habituales de amor en este crecimiento. El acto más intenso

Sin embargo, solemos hacer actos de amor bastante débiles y rutinarios: no pensamos vivamente en Dios y, por torpeza, nuestra caridad no es ardiente. Esos actos hechos con negligencia carecen de fuerza, y las virtudes, aunque respetadas, pier-

den vigor por el peso de la naturaleza. Dada la gracia que poseemos, los actos de virtud deberían ser más perfectos y más fervorosos. ¿Disminuyen esas buenas acciones, aunque relajadas, nuestro tesoro interior? No. No hay nada perdido. Nuestros actos no siempre responden a un amor actual de Dios, pero en el justo, en quien está la gracia, todo es por amor de Dios excepto el pecado. No abdicamos de ese amor, pues hemos decidido que sea el motor de nuestros actos. En el momento en que uno de ellos no es pecaminoso, hay en él un sabor de virtud y tiene un mérito divino. Y ¿qué merece? ¿Qué aumento de gracia y caridad corresponde a un acto tan insignificante? No nos da un aumento notable, actual, pero nos *dispone* a recibirlo. No es que produzca un mayor grado de caridad, sino una nueva disposición, una preparación para el crecimiento. Esto no supone una pérdida, sino que, al contrario, acrecienta ese misterioso potencial de vida que se acumula en nuestro corazón preparando una *eclosión* más perfecta, un sensible aumento del amor. Estos actos capitalizan sus fuerzas en el fondo del alma y enriquecen, por lo tanto, el organismo sobrenatural. Para los que aman realmente a Dios, nada se pierde, incluso lo que se realiza negligentemente, siempre que sea un acto de virtud. Si estamos en gracia, todo lo que no es pecado nos acerca a Dios o nos prepara para una mayor unión.

Como consecuencia de la repetición de actos buenos, llegará un día en que, cuando tengamos que demostrar un amor de Dios más grande —perdonar una ofensa, cuidar a un enfermo o cumplir una obligación que exija todo nuestro esfuerzo—, estare-

mos espontáneamente a la altura de nuestro deber. Brotará de nuestra alma un intenso acto de caridad que habremos preparado así de antemano y seremos dignos de recibir un grado superior de gracia. A menudo, este aumento de amor tendrá lugar durante la comunión. ¿Acaso no es la Eucaristía el sacramento que nutre la vida divina en nosotros? El alimento material hace crecer el cuerpo, la comunión enriquece el alma. En esa comunión nos daremos enteramente, nos dejaremos comer por el que comemos y obtendremos definitivamente, en virtud de los actos meritorios anteriores, un nuevo grado de amor que, si no retrocedemos, habremos adquirido para siempre.

6. El pecado venial no disminuye la caridad

Hay algo más que debilidades: existe el pecado venial. Tenemos el terrible poder de detener el misterioso trasvase de la savia humana en el injerto divino: podemos perder la vida sobrenatural por el pecado mortal. Ya sabemos que el pecado venial no destruye la gracia, pero ¿la disminuye? Ningún pecado venial puede hacernos perder el grado de caridad que hemos alcanzado con nuestros méritos. El pecado venial se relaciona con aspectos de la santidad que no están *necesariamente ligados* a la caridad. Se refiere a cierto modo de oración, a una actitud, a un acto de caridad, a un conjunto de cosas que no son indispensables en la vida sobrenatural y que podemos omitir sin perder el amor de Dios o cometer sin arruinarlo. Por una distracción en la

oración o por un gesto de impaciencia no perdemos la gracia.

Esto es una sana doctrina. La caridad mira a Dios, nuestro fin: el pecado se refiere a los medios. Si el medio está esencialmente ligado a la caridad, de tal modo que sea objeto de un mandamiento, no podemos ir contra el medio sin ir también contra el fin; no podemos decir que amamos a Dios si no cumplimos su voluntad. Sin embargo, la causa de las faltas pequeñas no está relacionada con la caridad del mismo modo; no es *incompatible* con el fin divino del amor. Indudablemente, no podemos decir que amamos a Dios al cometer un pecado venial, pero ni siquiera entonces dejamos de amarle sobre todas las cosas. No sería justo que, por culpa de una falta leve, perdiéramos el tesoro adquirido gracias a una serie de obras buenas, o quizá por un acto heroico: esto sería desproporcionado. Los dones de Dios no tienen retroceso. Si no le ofendemos mortalmente, conservamos la gracia en el grado que habíamos adquirido por nuestros méritos y por la misericordia de Dios.

Sin embargo, el pecado venial no es inofensivo. Da lugar a penosas *disposiciones*. Son como brotes que crecen al pie de la planta y disminuyen el vigor del injerto. Si esos brotes se multiplican, acaban por agotar la planta; y, si aparece uno más fuerte, acaba con la vida de todo el injerto. El pecado venial *dispone* para el pecado mortal, disminuye la actividad sobrenatural de los hábitos virtuosos y es un peligro para la vida de la gracia.

¿Hasta dónde llegará el crecimiento de la vida divina en la tierra? Aunque no tiene límite, no es infinito, sino indefinido. En primer lugar, no tiene límite en la caridad, que es una emanación del amor que Dios tiene por Él mismo y por nosotros. Nuestra caridad es un reflejo, pequeño pero auténtico, del amor del Espíritu Santo, y sus aspiraciones son infinitas, pues se dirigen al mismo Dios que es infinito.

Tampoco hay límite en la capacidad de nuestra alma. Nuestro corazón no es como una vasija rígida: puede dilatarse sin medida, y gracias a los actos de amor, acrecienta sin cesar su poder de amar. El alma amante está dominada por un deseo de infinito, busca el bien perfecto: el Dios vivo. Cada aumento de gracia dilata la capacidad sin límite de nuestra voluntad en lugar de colmarla. Así, vemos que ciertos santos (Santo Domingo, Santa Teresa o Santa Catalina de Siena) crecían siempre en amor y anhelaban amar más todavía. Cuanto más bebemos de esa fuente, más sed tenemos. Al contrario de lo que ocurre con el alimento material, cuanto más se consume el alimento espiritual más se desea y mejor se asimila.

No hay tampoco límite en la fuerza que mueve al amor. La caridad, las virtudes y los dones nos mantienen bajo la moción del Espíritu Santo cuya virtud es infinita. Cuanto más nos mueve, más puede movernos. También en este aspecto el crecimiento de la vida divina es inconmensurable.

Ya hemos dicho que este crecimiento se debe al

mérito, ese crecimiento constante, como «la luz que aumenta hasta el pleno día». Hemos pasado de la oscuridad a la luz, caminamos hacia ese pleno día que colma de felicidad a los elegidos en la gloria del Dios vivo.

Esta es nuestra vida. No nos limitemos a proponérnosla. ¡Dirijámonos hacia ella! No nos detengamos jamás. Dios nos concede enormes recursos para llegar a la cumbre. No tengamos nada más en el corazón, puesto que estamos divinamente preparados para lograr ese crecimiento, para alcanzar la plenitud de Cristo.

La vida, para nosotros, no debe tener más sentido que crecer en el amor a Dios: creer más y esperar más para amar más. Santo Tomás decía: «haz que cada día crea más en Ti, que en Ti espere, que Te ame». Este es el sentido profundo y definitivo de la vida. Felices nosotros, que lo hemos descubierto; ahora hemos de caminar hacia Dios por esa vía divina; conocemos los medios para lograr ese progreso y poseemos los recursos que exige nuestro caminar. Progresemos, avancemos hacia el Señor, objeto de nuestro amor. Que nuestra vida crezca como la luz que aumenta «hasta que lleguemos al pleno día» (Pr 4, 18).